



7000 metros

Diario de supervivencia

2 meses solo en la cumbre del Aconcagua

Mientras lucha denodadamente por sobrevivir en la cima del Aconcagua, la montaña más alta de América, Fernando Garrido escribe su diario íntimo, en el que refleja minuciosamente los detalles de su proeza. Enfrentándose a problemas de oxígeno, vientos huracanados de hasta 200 kilómetros por hora y temperaturas que descienden hasta los 45 grados bajo cero, el montañero logra permanecer 66 días en la cumbre y batir el récord mundial.

Este libro es un apasionante testimonio de la sed humana de aventuras. «Arriesgarme es mi modo de vivir», dice Fernando Garrido. Emprende una hazaña única de supervivencia humana en las grandes alturas. En condiciones totalmente inadecuadas para la vida, hasta la mínima tarea de proveerse de agua constituye un esfuerzo sobrehumano. Las enfermedades, las alucinaciones, los imprevistos, forman parte de la vida cotidiana, así como las dificultades para alimentarse y la desesperante soledad. El aventurero solitario plasma con espontaneidad sus temores, sus dudas, su capacidad para suplir con ingenio lo que no posee en medios, sus ansias por regresar a la civilización.

En el Aconcagua, una de las moles más peligrosas del mundo, que se ha cobrado más de un centenar de víctimas, Fernando Garrido escribe, refugiado en una pequeña tienda de lona, las páginas de este diario, que reflejan fielmente una historia real que rescata todo el sabor de la aventura.

cruzpampa
editores



Fernando Garrido

7000 metros. Diario de supervivencia

cruzpampa
editores

Fernando Garrido

7000 metros

Diario de Supervivencia

2 meses solo en la cumbre del Aconcagua



Récord mundial de
permanencia en altura

cruzpampa
editores

Fernando Garrido

Nacido en España en 1958. Es Guía de Alta Montaña de la Unión Internacional (UIAGM) y Profesor diplomado de la Escuela Española de Esquí. En 1979 subió por primera vez al Aconcagua en invierno, y desde entonces se especializó en ascensiones en solitario y en invierno. En 1982 asciende en solitario al Annapurna III (7.555 m.) en el Himalaya del Nepal, e intenta el Momhil Sar (7.342 m.), en el Karakorum de Pakistán, hasta los 6.800m. En 1986 permanece 2 meses en solitario, haciendo una prueba de resistencia, en la cumbre del Aconcagua (6.959 m.) sobre lo que trata este libro. Record del mundo de permanencia en altura que se mantiene hasta la actualidad. En 1988 asciende el Cho Oyu (8.201 m.) en invierno y en solitario (primera mundial invernal en solitario a un 8.000). En el 2.002 vuelve a ascender a su cumbre guiando una exp. de Aragón Aventura. Ha estado tres veces en el Everest (8.848 m.), una desde el Tibet, por una ruta parcialmente nueva de la pared norte (Couloir Hornbein) hasta los 8.700 m. sin oxígeno, otra en invierno y en solitario desde Nepal hasta los 7.800m y de nuevo en 2.003 como asesor técnico de un grupo expedicionario. Ha ascendido también el Shisha Pangma Central (8.008m.) en 1996. Desde 1.998 ha guiado personalmente numerosas expediciones al Aconcagua, Lenin, Muztag Ata, Gyachi Kang, McKinley, etc. Actualmente trabaja como guía en Aragón Aventura y coordina el Departamento de Salidas Extraeuropeas.

7000 METROS
DIARIO DE SUPERVIVENCIA

2 MESES SOLO EN LA CUMBRE
DEL ACONCAGUA

FERNANDO GARRIDO

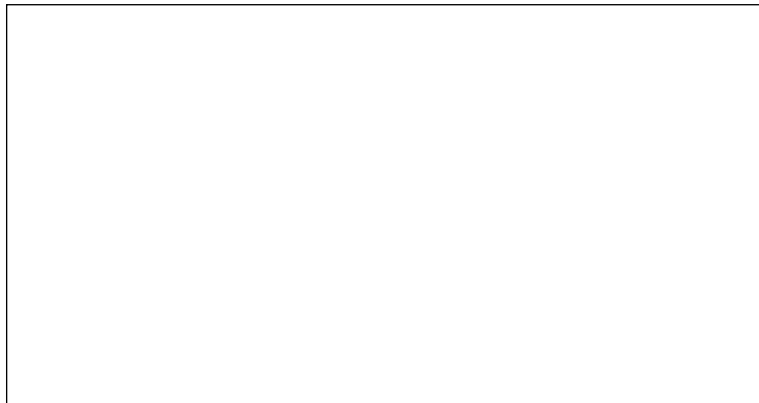
7000 METROS DIARIO DE SUPERVIVENCIA

2 MESES SOLO EN LA CUMBRE
DEL ACONCAGUA

*Récord mundial
de permanencia en la altura*

cruzpampa
EDITORES





© *Cruz Pampa Editores*

ISBN 978-987-25512-5-4

1ª edición: Enero de 2014 (1000 ejemplares)

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Diseño de interior y de tapa: *Cruz Pampa Editores*

www.cruzpampaeditores.com.ar

cruzpampaeditores@gmail.com

Foto de tapa: *Glaciar de los Polacos, vertiente Este del cerro Aconcagua.*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Me gustaría que leyese despacio este libro.
Que te imagines mentalmente lo que intento describir.
Que compartas conmigo la experiencia de vivir
dos meses a 7000 metros de altura.

SE LO DEDICO A PAPÁ, MAMÁ Y DANIEL.

CONTENIDO

PALABRAS DEL EDITOR	9
PRÓLOGO: unos años después.....	11
PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN	15

PRIMERA PARTE

La Cumbre y el Abismo.....	17
Primer Intermedio	47

SEGUNDA PARTE

En la Cima.....	59
Segundo intermedio.....	93

TERCERA PARTE

Sueños de Triunfo.....	105
Epílogo	165

APENDICE I - PLANTEAMIENTO MEDICO	173
a) ¿Qué es el mal de altura?.....	175
Problemas de la altitud.....	176
Patología de la alta montaña	177
b) La experiencia desde el punto de vista médico	179
c) Peculiaridades del Aconcagua.....	184
d) Colaboradores médicos	185

APENDICE II - LISTA DE MATERIALES	187
a) Equipo personal	189
b) Material de montaña.....	190
c) Utensilios de cocina.....	191
d) Fotografía	191
e) Material de radiocomunicación y eléctrico	191
f) Material médico.....	192
g) Alimentación.....	196

h) Raciones para los dos meses en la cumbre	197
i) Cajita de reparaciones.....	199
j) Otros	199
AGRADECIMIENTOS	201
RESUMEN BIOGRÁFICO	205

PALABRAS DEL EDITOR

Es una gran alegría para *Cruz Pampa* presentar esta obra de Fernando Garrido. Es innegable que muchos nos hemos formado en el montañismo leyendo este libro y era realmente una pena que estuviera agotado e inaccesible a las nuevas generaciones.

7000 metros. Diario de supervivencia es un sueño hecho realidad, tan bien narrado que fueron inspiración para muchos. Yo mismo lo he leído y releído varias veces antes de mi primer ascenso al Aconcagua, la “Pequeña Guía” que complementaba el libro original de 1986 fue usada como referencia fundamental ya que era el único material de lectura disponible en aquel tiempo. Realmente fue muy útil hasta que el libro se agotó.

Mi humilde primer ascenso por la ruta normal plagado de nevadas, fuertes vientos y bajas temperaturas fue posible gracias a todo lo que había leído. Fue después de ese primer ascenso cuando admiré profundamente al hombre que supo resistir “todo” durante dos meses en la cumbre del Aconcagua. Además su ascenso del Cho Oyu en invierno evidencian el talento de este montañero.

Con estos antecedentes conocí personalmente a Fernando en una Expedición al Lenin Peak de 7150 m.s.n.m. en Pamir (Kyrgyzstan) en el año 2001. En ese mes que compartimos en la montaña comprobamos que la imagen que teníamos del “hombre de los libros” era la misma que en la realidad. Un hombre hecho y derecho y un excepcional montañero. El duro ascenso, las adversas condiciones meteorológicas y las dos o tres charlas -llenas de enseñanzas- que mantuvimos en los campamentos de altura hacen que estos recuerdos no se borren con el paso de los años.

Agradecemos a Fernando Garrido por la confianza que nos brinda al autorizarnos a re-editar esta obra que ha sido una *best seller* de los libros de aventuras.

Pablo Minteguía - Editor

PRÓLOGO: *unos años después...*

Escribo estas líneas 26 años después de mi aventura en el Aconcagua y de haber escrito el libro. La verdad es que me daba pena que ya no estuviera en las tiendas desde hace tiempo pues me encontraba mucha gente que aún se acordaba (los de ya cierta edad....) y no podían conseguirlo. Cuando mis amigos de Cruz Pampa Editores de Buenos Aires me propusieron volverlo a editar enseguida les dije que si y nos pusimos con el proyecto.

Desde que lo escribí no había vuelto a leerlo. Ahora lo he leído despacio. Es todo tan lejano....Me ha recordado muchas cosas que ya tenía olvidadas....He vuelto a revivir esa experiencia tan extrema y esos momentos límite que pasé allí arriba. Fue la aventura mas dura de mi vida y donde más me la jugué..... Siempre me han preguntado si volvería a hacerlo y siempre he contestado (incluso cuando aún era joven) que no. Creo que son cosas que solo se hacen una vez.

Da que pensar que, después de tantos años, nadie lo haya repetido. Sigo siendo la persona que mas tiempo ha estado y a mayor altura... ¿Es que no hay nadie tan loco? Ojalá en el futuro se siga experimentando en este terreno del límite de la capacidad de supervivencia del ser humano en grandes alturas.

Otra cosa que siempre me preguntan es porqué lo hice. A mi siempre me ha atraído el mundo de la altura. En 1.979 fue mi primera experiencia cuando estuve en el Aconcagua en invierno. La altura ha sido mi vida, primero como retos personales y ahora como profesión. También siempre me ha gustado ir a la montaña en solitario. Si puedo elegir prefiero mil veces ir con amigos (¡y es mas seguro!), pero si no se puede también disfruto yendo solo. Cuando voy solo la relación con

la montaña es mas directa y mas fuerte. Casualmente cayó en mis manos el libro (creo que estaba editado en italiano) del médico francés Nicolás Jaeger que estuvo 60 días a casi 6.700 metros de altura en la cumbre del Huascarán (Perú). Ese libro me impresionó. En esa experiencia se juntaba el mundo de la altura con la vivencia en solitario. Era como una especie de “ermitaño moderno”. Allí empezó todo.

Lo de la palabra “record” vino después pues no era mi primera intención. Después vi que me podía interesar en vistas de intentar conseguir espónsores. Cuando fui tuve muy pocas ayudas y casi nadie se enteró. Me lo pagué casi todo yo, con presupuesto ínfimo y hasta con material prestado. Fue todo muy “artesanal”. Cuando ya llevaba un mes en la cumbre del Aconcagua el periodista José María García se enteró que había un joven aragonés allí arriba y logró contactar con los radioaficionados de Santiago de Chile con los que hablaba yo cuando podía. Fue muy emocionante la primera comunicación con España. A raíz de esto el tema fue haciéndose noticia y tomó unas dimensiones que ninguno hubiéramos esperado.

Ahora que he vuelto a leer el libro me veo cambiado. Ese era otro Fernando... muy extremo... que buscaba siempre la experiencia tope. Ahora soy mas tranquilo y me conformo con menos. He visto en ciertas partes del libro un estilo “dramático” y “heroico” con el que ahora no me identifico. Pero ahora no voy a contradecir a ese Fernando, o sea que se queda como estaba. También hay algún detalle que introdujeron los de la primera editorial y que yo no llegué ni a leer....Fue justo cuando murieron mis padres y mi hermano Daniel....El libro tenía que salir y yo no tuve ánimos de dar el vistazo final. Repito que se queda tal cual.

En el ámbito personal también mi vida cambió después de un tiempo. Con Maribel lo dejamos ya hace 20 años y me vine a vivir a mi querida Jaca en el Pirineo Aragonés. Aquí conocí a Marta y formamos una familia con el resultado de nuestra preciosa hija Sofía (¿sabéis que significa “sabiduría?”). Escribí otro libro sobre el Himalaya y fui dejando la enseñanza del esquí para concentrarme en la labor de guía de montaña. Me siento muy afortunado de poder seguir en el mundo

de las grandes alturas (aunque ya no salga en los periódicos....) no ya buscando mi reto personal si no cuidando de la gente que acompaño. Si se pudiera firmar un papel para jubilarme subiendo montañas lo haría ahora mismo.

Espero les guste el libro.

Fernando Garrido

Jaca, 12 de junio de 2012

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Aconcagua.... reino de silencio y desolación... fascinación de la altura y peligro de muerte.... rocas traicioneras, paredes abruptas, abismos insondables que parecen hundirse hasta las mismas puertas del infierno...

El Aconcagua es una montaña trágica. Desde la vertiente sur también es una montaña bella, con su sucesión de acantilados superpuestos cubiertos de nieve. Sin embargo, si se la mira desde cualquier otro ángulo, no resulta especialmente bonita. Pero aun así, sus aristas, sus planicies, sus ventisqueros, ejercen una enorme fascinación sobre los montañeros.

Aquí no hay señal de vida. Ni una brizna de hierba. Todo es soledad blanca, encubriendo el peligro que acecha a cada paso. Los andinistas saben que el Aconcagua no es particularmente difícil de escalar, pero las condiciones de supervivencia son tan extremadas que, en poco tiempo, la energía humana se ve diezmada y comienzan los dolores, las depresiones anímicas, las alucinaciones. Es cuando aumenta el margen de error y los riesgos se multiplican: el Aconcagua tiene una trágica lista de víctimas desde que, en 1883, el primer ser humano se decidió a escalarlo. Fue el alemán Paul Güssfeld, quien intentó infructuosamente coronar la cima por la vertiente norte.

Esta montaña de 6.962 metros se halla en territorio argentino, dentro de la provincia de Mendoza. Pertenece a la cordillera de los Andes, que actúa como frontera natural entre Argentina y Chile y recorre buena parte del continente suramericano. Hay quienes consideran que fue bautizada por los indios aymará como KON KAWA, que significa «monte nevado».

Otra hipótesis sugiere que su denominación proviene del río que corre en sus proximidades y al que los indios araucanos llamaban

ACONCA-HUE, «que viene del otro lado de la montaña». Sin embargo, los más recientes estudios etnológicos se inclinan por la expresión quechua AKON-KAHUAK, que significa «centinela de piedra». Es una metáfora feliz para definir su hieratismo inmutable.

Existen diversos caminos para coronar esta montaña. En la experiencia que describo en este libro se ha elegido la llamada «ruta normal».

Porque de lo que aquí trataremos, fundamentalmente, no es tanto de los avatares de una dramática ascensión como del deseo de probar el límite de la resistencia humana: sobrevivir en soledad el mayor tiempo posible en la cumbre del Aconcagua.

La intimidad de esta experiencia de supervivencia a 7.000 metros es lo que he intentado reflejar, del modo más fiel posible, en este libro, en el que también se incluyen diversos apéndices e informaciones objetivas que pueden resultar útiles a otros aventureros sedientos de montañas y riesgos.

Yo no soy escritor; se trata de mi primera experiencia en este campo. Soy un hombre de pocas palabras, mis amigos me lo dicen. Pero a lo largo de la experiencia me tomé con gran ilusión el esfuerzo de «traducir» lo que veía y sentía, con la esperanza de poder compartir las sensaciones vividas. Por eso pensé que el mejor modo de transmitir el sabor de esta aventura era desde dentro, es decir, desde el diario personal que, a modo de cuaderno de bitácora, fui escribiendo en la montaña con las manos heladas. Sería feliz si pudiera lograr que supiese a viento, a nieve, al placer de la victoria.

PRIMERA PARTE

LA CUMBRE Y EL ABISMO

1 de noviembre

Ascendía pesadamente, avanzando con dificultad. La nieve estaba fresca. El viento parecía una lluvia de polvo blanco horizontal que azotaba mi cara y mi cuerpo, como castigándome por atreverme a desafiar su reino, invadiendo la comarca en la que se enseñoreaba. Al fin pude llegar a unos 6.100 metros, y pensé que podía instalar mi tienda cerca de la rimaya. Escribo esta palabra y pienso que es un término técnico que debo explicar: se trata de una grieta muy profunda que se forma en las laderas de las montañas, y que separa el glaciar de la montaña en sí. Es una grieta horizontal, como la boca de un tiburón, que a veces se extiende varios kilómetros en las laderas de la montaña. Tallé una pequeña plataforma en la nieve, alisando el suelo para poder instalar mi pequeña tienda en un lugar más protegido y aguardar hasta el día siguiente. Los durísimos esfuerzos del día, la creciente sensación de malestar por la falta de oxígeno, se disiparon parcialmente ante la contemplación del anochecer; hay pocas cosas más bonitas que la caída del sol entre las altas montañas. Olvidé todo ante la sensación de sentirme tan cerca del cielo; pensé que podría tocar las nubes de jirones rojizos con sólo estirar los brazos.

Durante la noche nevó intensamente, y al amanecer me puse en marcha. Recogí la tienda con la intención de seguir avanzando por la arista sur y llegar a la cumbre. Tenía todo para conseguirlo, voluntad, fuerza física y la potente ambición de coronar la montaña. Al reanudar la marcha llegué hasta el borde de la rimaya que me había servido de protección la noche anterior. Si quería seguir adelante era preciso atravesarla de alguna manera. Me asomé y vi que se cortaba abruptamente hacia un oscuro abismo. ¿Cómo evitarlo y pasar al otro lado ...? El ancho de la grieta era de unos cinco o seis metros. Entonces descubrí un posible paso, una especie de puente que unía los dos bordes, formado por la nieve acumulada durante la noche. No me lo pensé

dos veces y fui hacia él. Me acerqué y confirmé mis cálculos: parecía bastante resistente. Me alenté a mí mismo a avanzar; después de todo, no tenía otra posibilidad.

Sólo di un par de pasos. El puente de nieve se desplomó junto conmigo y, rodando y girando, caímos unos cuarenta metros por la oscura garganta de la rimaya. Atontado por el golpe, mi primera reacción fue maldecir y luego preguntarme si aquello sería el final. Traté de recuperar el control de la situación. Me hallaba parcialmente enterrado en la nieve, medio cabeza abajo, pero... ¡estaba vivo! Intenté desatascar la cabeza, pero resultaba imposible. Me concentré en los brazos. Podía moverlos libremente, lo que significaba que estaban sanos. Apoyándome en ellos, hurgando con las manos en la nieve por encima de mi nuca, logré desenterrar la cabeza. Miré a mi alrededor. Todo se veía en penumbra, salvo la claridad del cielo, allá en lo alto, como una ráfaga azul que simbolizaba la lejana libertad.

Me desprendí de la mochila y busqué mi martillo de hielo para ayudarme en la faena de liberar el resto de mi cuerpo aprisionado por la nieve. No lo encontré, de modo que me puse a escarbar con las manos. Primero pude desatascar una pierna, luego la otra. Bien, nada estaba roto, pero sí magullado. Y de pronto, cuando me felicitaba por mi buena suerte en aquellas heladas tinieblas, oí un ruido ensordecedor muy cerca de mí. Instintivamente elevé la cabeza, tratando de distinguir en la oscuridad, y no tardé en adivinar que el puente se había desplomado sólo en parte y que el resto se iba desmoronando poco a poco, exactamente sobre donde me encontraba. Era una lluvia de grandes trozos de nieve que se desprendían hacia el abismo. Sólo atiné a trepar y trepar, para salir de aquella trampa mortal.

Tomé mi mochila, me incorporé y retrocedí rápidamente hacia ninguna parte. Un minuto después, el lugar en el que había estado semienterrado se hallaba oculto por los grandes bloques de nieve que seguían cayendo. Tenía que salir de aquella rimaya si quería salvar la vida, pero ¿cómo? En ese momento descubrí que la nieve que caía iba formando una pendiente y comencé a trepar por ella, tratando de salir

a la superficie, mientras a mi alrededor una lluvia de muerte blanca caía desde cuarenta metros de altura...

¿Por qué inicio mis anotaciones en este diario con un recuerdo trágico?... ¿Se trata de un presentimiento? No creo demasiado en los presentimientos. Estoy convencido de que la intuición nos sirve a los montañeros para sobrevivir, y no para transmitimos vaticinios funestos.

Nunca es bueno pensar en cosas trágicas. Aunque no sería sincero si las ocultara, y este diario de la expedición debe ser un reflejo fiel de lo que sucede. Este recuerdo regresó a mis sueños de anoche, o mejor dicho, cuando desperté esta mañana mi mente aún se hallaba en aquel foso oscuro bombardeado por los trozos de nieve que caían desde lo alto. Aquél fue el momento en que más cerca estuve de la muerte, es verdad, pero sucedió hace tanto tiempo... Y en todo caso, no fue aquí, en el Aconcagua, sino cuando intenté escalar en solitario el Yerupajá (6.634 metros), una montaña que pertenece a la cordillera de Perú. ¿Por qué vuelve ahora, desde el olvido, justamente el día en que me dispongo a iniciar el ascenso al Aconcagua?

¿Es posible que sea un anuncio del miedo? ¿Será que el lógico miedo ante lo que me aguarda activa en mi mente el recuerdo de uno de los momentos en que pasé más miedo en la montaña? Puede ser. Me resulta increíble que la gente piense que cuando te embarcas en una aventura peligrosa no sientes miedo, como si pertenecieras a otro planeta o algo así. Yo siento miedo como cualquier otro ser humano, y desde luego la idea de la muerte no me gusta nada. Que arriesgues tu vida no quiere decir que la valores de un modo diferente del de los demás. Por el contrario, tal vez porque la aprecias es por lo que piensas que debes disfrutarla a tope. En todo caso, lo que haces es no pensar en el miedo que sientes.

No sé si este diario formará parte de la experiencia de disfrutar. No será fácil escribirlo un día tras otro. Mi intención es que sea un testimonio de la ascensión que estamos por iniciar, y que refleje todo lo que sucede de la manera más fiel posible. También espero que muestre mis sensaciones, mis cambios psicológicos, mis aciertos y errores,

en fin, que sea como un espejo; pero no sé si podré sacarlo adelante, porque como no soy escritor, no me resulta fácil traducir en palabras lo que llevo dentro.

Se me ocurre que la solución sería hallar un método que me ayudara a hacer estas anotaciones. ¿Todas las mañanas, antes de comenzar la faena?... ¡En ese momento hay tanto que hacer! ,Por las noches? No sé, llegas tan cansado... Bien, ya veré, lo iré haciendo cuando pueda. ¿Qué haré, una página al día? No, porque hoy es el primer día y llevo ya varias enrollado, escribiendo y escribiendo sin detenerme, y en cambio puede haber días en los que no tenga nada que decir. Me temo que esto del método no va mucho conmigo.

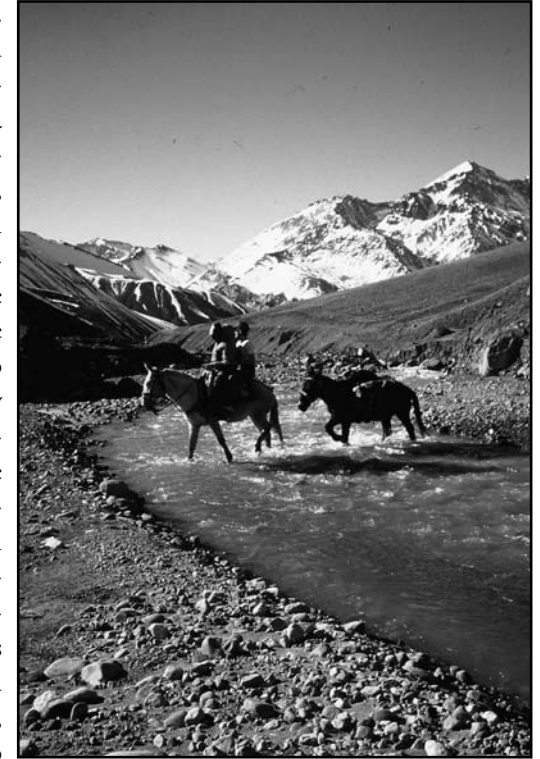
Sin embargo, lo que sí debería hacer es reflejar lo que sucede fuera de mi cabeza, los hechos objetivos. Por ejemplo, debo decir que casi no he dormido la noche pasada. Hace unos minutos que se ha iniciado el día. La luz ha comenzado a filtrarse, rescatando de la oscuridad el perfil de los objetos y las formas. Me apetece este momento de silencio en el que los demás duermen o intentan hacerlo luchando contra el frío. Se supone que yo también tendría que estar durmiendo, descansando mi cuerpo para predisponerlo adecuadamente al esfuerzo que nos aguarda, pero anoche todos estábamos tensos y malhumorados... ¡Hay tanto que hacer! Como soy muy minucioso, he revisado una y otra vez los bultos y pertrechos. Creo que el exceso de responsabilidades me ha robado buena parte del sueño de esta noche.

No podré seguir escribiendo mucho más. Tendré que despertar a todos y aprovechar la luz del día para ponernos en marcha. Nuestro gran aliciente es la luz del día...

¡El día! ¡Al fin ha llegado el día! Hoy iniciaremos la ascensión al Aconcagua. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Voy a explicar dónde es «aquí»: estamos alojados en el cuartel de la Compañía de Esquiadores, en Puente del Inca, en la provincia argentina de Mendoza. Amablemente, los militares argentinos se han ofrecido a prestarnos mulas para que podamos trasladar toda nuestra carga.

Puente del Inca.

El lugar recibe su nombre de un puente natural de piedra que los antiguos habitantes de esta zona, los incas, utilizaban para pasar. Hay también un balneario de aguas termales que alguna vez poseyó gran animación y que hoy está abandonado. Según me contaron, a comienzos de siglo era bien visto entre la aristocracia argentina venir a disfrutar de sus aguas, pero hoy, su silueta desdibujada, sus escenarios como de película de terror, las huellas de vida humana enterradas en el polvo del tiempo, producen una impresión fantasmal; debido a las características de las aguas de la zona, aquí todo se solidifica en poco tiempo, de modo que las antiguas bañeras del balneario están ahora recubiertas de roca, como grandes animales prehistóricos petrificados. Si dejas un objeto en esas aguas durante algún tiempo (alambres con diversas formas, muñecos de plástico, ceniceros) se van recubriendo de una capa rocosa. La gente de aquí lo hace y luego vende a los turistas las piedras de extrañas formas.



Cruzando el Río Horcones hacia el campamento base. El escaso caudal del río se debe a que todavía no ha comenzado el deshielo.

Estoy hablando en plural y debo explicarlo. Deseo hacerlo, ahora que, mientras escribo, observo a mi lado a Maribel perdiendo su última batalla con el sueño. Maribel Vila Nasarre es mi novia, y junto con Lucho y Misael Alvial (Miza), los porteadores chilenos, nos disponemos a atacar el gran coloso blanco del Aconcagua. ¿Nos disponemos?... ¡Sí! ¡El momento ha llegado!... Adiós, intentaré seguir luego.

Creo que si reanudo estas anotaciones varias veces en un mismo día va a resultar un poco fatigoso despedirme cada vez como si estuviera en una comunicación de radioaficionados. Será mejor que lo suprima.

Han transcurrido varias horas desde que he tomado el diario por primera vez. Tal como amenacé, desperté a todo el mundo, pero pronto el malhumor quedó atrás, porque el día era primaveral, con una luz muy brillante que es bastante frecuente en Suramérica. Entre nosotros abundaban las sonrisas, los buenos deseos y las esperanzas; nos sentíamos en la plenitud de nuestras facultades.

Abandonamos la Compañía de Esquiadores. Hemos salido muy temprano con tres militares montados en mulas, seis mulas más con la carga, y nosotros andando, pues no hay mulas suficientes. Éste es el mejor punto de partida para atacar el Aconcagua. Se respira un aire de expedición, de entusiasmo. Vamos muy rápido hasta Piedra Colorada, donde paramos a comer, pues es el último lugar resguardado del viento.

El ascenso es gradual, fatigoso y monótono desde Piedra Colorada en adelante. Pasamos la desértica Playa Ancha y al final de la Playa Chica, como ya se está haciendo de noche, el arriero jefe quiere volverse, pues no está dispuesto a pasar la noche en la montaña. Trato de convencerle de que llevamos material suficiente, pero él se obstina en que hay demasiada nieve y que no se puede avanzar más con las mulas. Sé que podríamos seguir un poco más, pero todos estamos cansados y odio discutir, de modo que los arrieros y sus mulas emprenden el regreso hacia Puente del Inca, y nosotros montamos el campamento



La Nieve dificulta el avance de las mulas.

de aproximación. Desde allí, a una altura de 3.900 metros, escribo las páginas de este diario con una letra horrible. Mañana nos aguarda la titánica tarea de llevar nuestra pesada carga hasta el campamento base. Sólo pensarlo renueva las agujetas de mis cansados músculos... Es una invitación al sueño...

2 de noviembre

Hemos llegado al campamento base, Plaza de Mulas, 4.230 metros. Los dos porteadores y yo cargamos 30 kilos cada uno y junto con Maribel ascendimos en tres horas. Estamos extenuados. No puedo seguir escribiendo.

3 de noviembre

Por dos veces hemos bajado hasta el campamento de aproximación y hemos regresado subiendo material. Me inquieta pensar que durante el próximo mes este precario refugio de Plaza de Mulas será nuestro campamento base, nuestro hogar. Ha sido construido en madera y tiene una capacidad para 8-10 personas. Tuvimos que quitar

bastante nieve para entrar, y limpiarlo bien. Hay comida abandonada por antiguas expediciones, que podremos utilizar, y basura, montones de basura en las inmediaciones del refugio. Pero aun así nos resulta acogedor, mientras el viento huracanado sopla afuera con su silbido amenazador.

El invierno ha terminado aquí, pero aun así no corre agua, de modo que tenemos que derretir nieve con el hornillo de gasolina.

Bel y yo nos hemos instalado en una de las tiendas. Eso nos hace sentir más íntimos y más independientes.

4 de noviembre

Hemos pasado el día yendo y viniendo al campamento de aproximación para traer lo que queda de la carga, en un trabajo poco estimulante. Cuando se piensa en aventura, casi nunca se tienen en cuenta las imprescindibles tareas complementarias que permiten llevar a cabo la aventura soñada.

Un sueño..., eso es lo que estoy viviendo, un sueño que intento convertir en realidad, un sueño que nació en 1984 en la Patagonia, mientras hacía unas exploraciones en la zona de Torres del Paine, Fitz-Roy y Cerro Torre. Yo, como todos los montañeros, estoy lleno de sueños que alguna vez me gustaría realizar, y entre ellos figuraba el de hacer una prueba de resistencia a gran altura. Me gusta la altura, funciono bien en ella. Y también me gusta estar solo, tengo mucha experiencia. Pensaba en todo ello, allá en la Patagonia, y no tardé en descartar el Himalaya por la complicada cuestión de los permisos, las largas marchas de aproximación y el enorme costo de los guías sherpa. Las montañas que me rodeaban me dieron la respuesta: ¡lo haría en la cordillera de los Andes! El Aconcagua es la cumbre más alta de esta cordillera, y yo la conocía bien, pues había ascendido a ella en 1979. La idea era seductora, pero no sencilla, pues si bien la ruta de ascensión no es de las más difíciles, el tiempo es siempre muy malo, y los efectos de la altura son más negativos que en otras montañas del planeta.



Los dos portadores y yo empezamos a subir los 150 kilos de amterial y comida. Día a día iremos instalando los dos campamentos de altura.

Bien, lo que ahora estoy intentando es llevar a la realidad ese viejo sueño.

5 de noviembre

Hemos acarreado 300 kilos hasta nuestro campamento base, pero desde aquí hacia arriba sólo subiremos la mitad. Estamos siguiendo la estrate a como en los Andes, y que consiste en ir subiendo el peso a campamentos superiores hasta tenerlos equipados con material y comida suficiente para instalarse allí y utilizar ese punto como base para subir al campamento siguiente. Este sistema tiene la ventaja de proporcionar una buena aclimatación a la altura, pues se va subiendo gradualmente.

Cualquier montañero sabe que ascender de un tirón supone arriesgarse al mal de altura. Eso decidió la estrategia. Además, esta expedición no es como las otras, que llevan el material suficiente para coronar la cumbre y bajar, sino que tiene un recargo de por lo menos 150

kilos, necesarios para que un loco intente vivir allá arriba durante un par de meses...

Me he propuesto que este diario sea un resumen de mis pensamientos, de mis dudas, de todo lo que no puedo decirle a nadie..., pero también debe ser un registro de nuestras actividades. De modo que he de anotar que esta mañana salimos muy temprano hacia el campamento 1 -Nido de Cóndores, 5.300 metros-, con la intención de reconocer el terreno y buscar un sitio apropiado para instalar las tiendas.

No esperaba dificultades, porque esta ruta que hemos escogido, la normal, no suele presentar grandes inconvenientes técnicos. Incluso, si vas ascendiendo en zigzag, resulta relativamente sencillo llegar hasta la Canaleta. Pero nos hemos encontrado con trozos de nieve muy dura, inclinados, en los que teníamos que utilizar los crampones para las botas e incluso los piolets. A todos nos duele la cabeza, y estamos extenuados después de las seis horas que nos llevó el ascenso.

El Viento Blanco es fuerte, feroz, incesante. Por un momento Maribel y yo nos hemos mirado, y me ha parecido percibir un destello de temor en sus ojos. Luchando contra este viento todo se vuelve más difícil, hasta el mínimo gesto de dar un paso. Pero hemos podido encontrar un sitio idóneo, resguardado, que nos servirá para plantar las tiendas. Hemos quitado las piedras y lo aplanamos con el piolet. (¡Dios mío, este viejo piolet! Estoy encariñado con él, llevamos ocho años juntos recorriendo montañas...)

Mientras preparábamos el lugar, tuve una impresión desoladora. Me incorporé para mirar el blanco panorama y la imagen resultó triste. El Aconcagua no es una montaña bonita. A partir de los 3.500 metros no hay señales de vida, ni una brizna de hierba, nada... Todo es hielo, nieve y roca, roca de mala calidad que parece advertirte que la montaña puede desmoronarse a cada paso. El terreno aquí es muy duro, muy seco. Tal vez porque todos teníamos el mismo aspecto malhumorado y deprimido, decidimos concedernos un poco de diversión regresando al campamento base mediante la técnica que hemos bautizado *culenbajen*. ¿Necesito explicarla? Sería algo así como utilizar las



La altura se empieza a notar. Restos de una mula a 6000 metros.

Mi ascensión en solitario a la cumbre del Huascarán (6768 msnm) en la que empleé tan sólo dos días, con mal tiempo.



nalgas como esquí para deslizarse hacia abajo por la nieve. Bajamos en una hora, entre carcajadas. Ahora, en el campamento, mientras nos disponemos a cenar y dormir, todos estamos quejándonos por los dolores, el cansancio extremo y las quemaduras de sol. Pero reímos ante cualquier cosa, hemos recuperado la moral aventurera.

8 de noviembre

Me había propuesto no dejar pasar un día sin anotarlo en este diario, pero he fallado. Creo que la explicación es sencilla: el miércoles 6 lo destinamos al descanso en el campamento base, y nos relajamos tanto que me olvidé hasta de la existencia del diario.

Ayer volvimos a subir e instalamos las tiendas en Nidio de Cóndores. El ascenso lo hicimos con 20 kilos de peso cada uno. Hoy lo redujimos a la mitad para subir al campamento II -Berlín, 5.900 metros-, y al llegar nos encontramos con la grata sorpresa de descubrir los dos refugios de madera de unas 4-5 plazas cada uno, que vuelven innecesarias las tiendas. Pero sólo uno de ellos puede ser utilizado, porque el Viento Blanco, con su fuerza incontenible, ha estado golpeando con su polvo de nieve durante todo el invierno sobre el refugio. Así, la nieve hit entrado por los pequeños orificios hasta llenarlo completamente. Ni siquiera nos ha resultado posible abrir totalmente la puerta.

Después hemos regresado al campamento de Plaza de Mulas, donde estamos ahora, sorprendidos de nuestras escasas fuerzas. El déficit de oxígeno ataca nuestra resistencia, disminuye nuestra energía habitual. Tal vez mañana dediquemos toda la jornada a descansar...

9 de noviembre

Esta mañana, mientras los porteadores salían a dar un paseo de reconocimiento, Bej y yo tuvimos un diálogo en serio en nuestra tienda, analizando la marcha del proyecto. Eso me ha obligado a replantearme muchas cosas. ¿Por qué estoy aquí y qué es lo que deseo? Me gusta afrontar grandes empresas, y sólo me meto en ellas cuando estoy ver-

daderamente ilusionado. Me conozco bastante en este aspecto: tengo iniciativa, me gusta salirme de la línea, hacer cosas diferentes de lo que generalmente se valora en el «mundillo» montañero, del tipo «para ser un buen montañero hay que subir muy alto y hacer escaladas muy difíciles», etcétera.

Busco experiencias diferentes. Y esto es algo que no había hecho nunca. Es un modo de probarse, de ir más allá de lo que ya se ha hecho y de lo que ha hecho otra gente. Supone romper barreras.

Desde luego, todos soñamos con el Everest. Bueno, el Everest ya vendrá.... ¿por qué no? Tengo espíritu aventurero, y le soy fiel porque de ese modo puedo tener ilusión y hacer las cosas con más entusiasmo.

¿Por qué el Aconcagua? Lo cierto es que no alcanzo a comprender cómo una prueba de este tipo hasta ahora sólo ha sido realizada una vez. Fue el médico francés Nicolas Jaeger, que en 1979 estuvo 60 días



El pequeño refugio Berlin (unos 5900 msnm) que servirá de campamento II.

exactamente a 6.768 metros, en el Huascarán, en Perú. Jaeger murió en el Himalaya en 1980. El resto de las expediciones se proponen llegar a lo más alto, pero no permanecer en la cumbre.

Tengo fe en que lo voy a lograr. Dentro de mí cuento con algunas ayudas:

- 1) *Tengo fe, creo que va a salir bien.*
- 2) *Me gusta la altura.*
- 3) *Me gusta estar solo.*
- 4) *Me gusta resistir para sobrevivir.*

Acabo de caer en la cuenta de que estoy utilizando este diario como un confesonario o, mejor dicho, como un compañero con el que mantengo un diálogo. Pero sigamos. ¿Cuál es mi objetivo? Una apasionante experiencia personal en condiciones de máxima resistencia y aislamiento social, con mínimos estímulos sensoriales. Pienso que esto puede resultar interesante desde el punto de vista psicológico, médico, de nutrición, de prueba de materiales, etc. Tengo un objetivo secundario, y es el de intentar descender con esquís desde la cumbre del Aconcagua. Según mis informes, este descenso no se ha realizado nunca completamente, y para un profesor de esquí como yo supone una tentación irresistible.

Se me ocurre que para llevar a cabo una expedición existen necesidades básicas:

Primero: equipo humano adecuado. (En este caso no es necesario, pues subiré solo.)

Segundo: plantearse objetivos factibles dentro de lo limitado de las propias posibilidades.

Tercero: proveer las condiciones mínimas de realización (equipo, financiación, etc.).



Pared sur del Aconcagua, vista desde la marcha de aproximación en un día nublado.

Pero también existen grandes dificultades, como la altura y su necesaria aclimatación, la alimentación adecuada y el empleo del tiempo libre. No se me escapa que permanecer solo mucho tiempo en la cumbre puede resultar muy aburrido, de modo que tendré que imponerme muchas tareas para evitar la depresión y mantener el buen estado de ánimo.

Espero que me ayude el entrenamiento que hice antes de comenzar esta experiencia. Desde el punto de vista físico, corría muchísimo por el parque y hacía fuertes subidas, poniendo mi corazón a tope. Yo cuando mejor me entreno es cuando tengo un objetivo concreto por delante, como le sucede a la mayoría de la gente. La radio a toda pastilla con los auriculares puestos me da mucha marcha cuando me entreno, y es una compañera que me proporciona ritmo y ánimos cuando tengo que estar corriendo por la ciudad con una mochila grande cargada en mis espaldas y pesas en las manos.

Para alternar, después de descansar un poco, hacía entrenamiento de escalada en el muro de un viejo museo y... ¡vuelta a correr!, respirando profundamente, intentando ampliar mi capacidad de absorción de aire, pues sabía que era algo que iba a necesitar mucho aquí arriba, debido a la carencia de oxígeno. Alternaba el entrenamiento específico de escalada pura con el entrenamiento general, y algunas veces Bel me acompañaba. Bueno, ella no es montañera, es «novia de montañero», lo que determina algunas diferencias... De verdad, no había hecho prácticamente nada de montaña hasta que empezó a salir conmigo. Como no le gustan los deportes duros, yo temía que al llegar a la montaña las exigencias estuvieran por encima de su capacidad. Pero Maribel está muy sana, muy ágil, hace mucha danza, esquía muy bien y tiene facilidad para todos los deportes, se le dan bien.

Por anotar lo que pienso de Bel me estoy olvidando de algo muy importante, el entrenamiento psicológico, que considero fundamental para una prueba de este tipo. ¡Me he pasado horas y horas mentalizándome de lo que iba a hacer aquí arriba! Mil veces he imaginado en la ciudad que no estaba allí sino aquí, o más bien en la cumbre, analizando con mi pensamiento el material que necesitaba, el modo de disponerlo, las actividades que debía desarrollar, cómo utilizar el tiempo, cómo montar la tienda, no sé, miles de ideas.

Creo que una constante de deporte de montaña es el «endurecimiento» progresivo de la cabeza, o al menos es lo que todos los montañeros intentamos. Ser mentalmente más fuertes para resistir cada vez mejor el hambre, la sed, el miedo, la depresión. A mí siempre me ha gustado exprimirme al máximo.

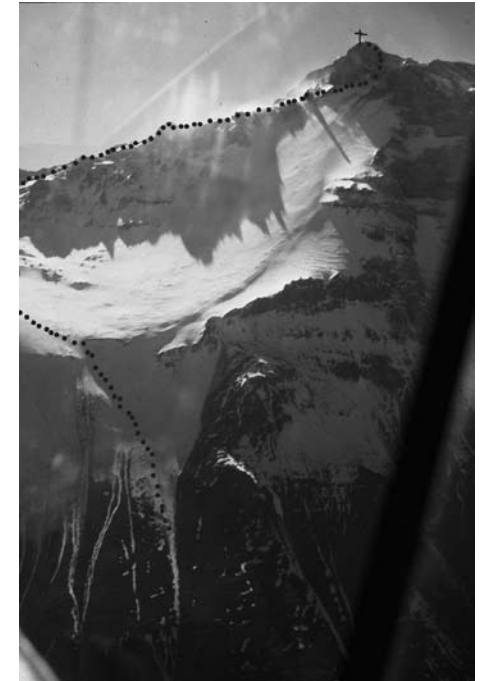
Y además está el hecho de que para mí éste es terreno conocido. Escalé el Aconcagua en 1979 y... Pero debo ser sincero, puesto que se trata de un diario, así que he de decir que no lo había planeado. Yo suelo trabajar de profesor de esquí en los Pirineos catalanes y en estaciones de esquí de Suramérica. Aquel año era profesor de esquí en Bariloche, un centro invernal tradicional del sur de la Argentina. Allí conocí a otro profesor de mi edad, que se llamaba Mario y era un andinista argentino. Entre los dos nos «comimos el coco» mutuamente. Nin-

guno de los dos teníamos experiencia en altura, así que la idea resultaba sumamente atractiva. De modo que nos propusimos ascender y llevamos los esquís para bajar con ellos desde la cumbre.

Era invierno, y en esa época las condiciones meteorológicas aquí son francamente malas. Íbamos mal equipados, y la nieve constante y el Viento Blanco parecían formar parte de nuestro proyecto...

Aun así, equipamos el campamento I y ascendimos al cerro Cathedral, de 5.335 metros, para aclimatarnos. Las condiciones eran tan rigurosas que después de dos semanas Mario desistió y regresó a Bariloche. (Como seguimos manteniendo nuestra amistad por correo, con frecuencia recordamos aquella locura.)

Acabo de escribir «locura» y creo que es la palabra adecuada. Puesto que estaba allí, me dije a mí mismo que debía seguir adelante. Es curioso el modo en que funciona el poder de asociación de nuestro cerebro; mientras escribo todo esto, recuerdo que en aquella expedición me sucedió algo verdaderamente repugnante: un día, en el campamento base, decidí buscar comida en el saco de alimentos y al meter la mano me pareció que algo se movía... Pensé que no era posible, y en el momento en que iba a retirar la mano, sentí un mordisco en un



Vista aérea del Aconcagua con los campamentos I (Nido de Condores) y II (Berlin).

dedo. ¡Había ratones, y estaban devorando hasta los calcetines de reserva que tenía guardados!

Dispuesto a seguir solo, subí al cerro Cuerno (5.462 metros) por la arista izquierda. Desistí de la idea de subir los esquís, pues no había nieve suficiente. Después de muchos días de encierro por el mal tiempo y con unas ganas irrefrenables de regresar a la civilización, lancé mi ataque final al Aconcagua con comida para varios días. Como siempre tengo buena estrella en la montaña (espero que no me falle esta vez), el tiempo mejoró un poco y en un día pude ascender del campamento 1 al 11, Berlín, que está a 5.900 metros.

En aquel momento ya no estaba tan seguro de que la suerte estuviera de mi lado. Recuerdo que, al desconocer la ruta, tomé un camino equivocado y no vi el refugio de madera, de modo que seguí ascendiendo. Se estaba acabando el día, no tenía la tienda conmigo y no había ningún sitio para protegerse de la noche. Recuerdo que me asusté, que tuve miedo, hasta que me impuse controlarme. Si no veía un lugar para protegerme... ¡pues tendría que buscarlo! Decidí retroceder, y me lancé corriendo hacia abajo en busca de un agujero en la roca para pasar la noche como pudiera. Y entonces, al bajar, descubrí el refugio. ¡Qué tremenda alegría! ¡Qué sensación de estar de regreso en casa!

Todas estas cosas estaban archivadas en mi cerebro de tal manera que parecían olvidadas. Y ahora, mientras mi bolígrafo corre y corre sobre el papel en blanco, retornan del pasado y bullen en mi mente, pugnando por salir. A veces son recuerdos sin mayor importancia, que ni sabes por qué los has conservado. Me acuerdo en este momento de que me costó muchísimo abrir las puertecitas del refugio porque dentro estaba lleno de nieve dura como el hielo. Ya se había hecho de noche, y recuerdo que me sentía muy cansado. Haciendo fuerza contra la puerta logré escabullirme hacia un pequeño hueco, pero no pude pasar la mochila. Se trataba de un pequeño espacio libre que quedaba entre la nieve y el techo, por el que pude arrastrarme hasta alcanzar la parte trasera del refugio, donde el espacio era algo mayor, y donde pasé la noche acurrucado.

Junto a la cruz de la cumbre en mi primer ascenso.



El supervivencio, la mascota que me han regalado y que tengo siempre colgada del techo de la tienda, salvo cuando lo tira el viento.

Tal vez a causa de esta incomodidad a la mañana siguiente me desperté muy temprano. Mi intención era lanzarme hacia la cumbre, pero mi cuerpo opinaba lo contrario; me encontraba tan mal que vomité varias veces, y me sentía mareado. Hasta la Mañana siguiente no pude moverme. Como aún me encontraba mal, sólo pude llegar hasta el principio de la Canaleta (6.700 metros), porque me sentaba con mucha frecuencia, exhausto, y tardaba mucho en reunir las fuerzas suficientes para continuar con el ascenso. Finalmente comprendí que seguir adelante era insensato y decidí regresar al campamento Berlín. ¡Vaya sorpresa! Ya no estaba solo. Dentro del refugio había dos argentinos que también intentaban escalar el Aconcagua en invierno. Estar juntos los tres fue como renovar nuestras fuerzas, y allí, en plena noche, salimos hacia arriba, lentamente pero sin detenernos, hasta llegar a la cumbre después de muchas horas.

Recuerdo algo más. Al regresar, uno de los argentinos, que estaba bastante perturbado por la altura, comenzó a alejarse de nosotros. Lo llamamos varias veces, hasta que finalmente pudo oírnos.

-Oye..., ¿qué haces?

- ¡Es por aquí!

-¡No, por ahí no es! ¡Estás bajando por el lado equivocado!

-Que sí, que es por aquí. ¿No ves allá el refugio?

No había ningún refugio. Había comenzado a padecer alucinaciones. Por suerte, pudimos convencerle para que fuera por el lado correcto y regresamos sin problemas. Al llegar al campamento base (5.200 metros) rescaté mis esquís y descendí el resto con ellos. Después volví caminando a Puente del Inca.

Diario, estás en manos de un paliza. Acabo de darme cuenta de que llevo páginas y páginas escribiendo y en realidad no he anotado una sola palabra sobre el día de hoy, sábado, que hemos dedicado al descanso. Mañana será 10. Eso me recuerda que los soldados de la Compañía de Esquiadores me comentaron que el 10 es día festivo en Buenos Aires, pues se celebra la fiesta del patrono de la ciudad.

Novedades de hoy: ¡Sorpresa! Estábamos comiendo los cuatro dentro del refugio y de pronto se ha abierto la puerta y ha aparecido un italiano. ¡Eso sí que no lo esperábamos! Se llama Mauricio Giarolli, y va solo. Nos cuenta, en un mal castellano, que ha venido a escalar la pared sur en solitario. ¡Tela marinera! La pared sur del Aconcagua es sin duda alguna la más difícil. Primero quiere hacer la ruta normal (norte), para aclimatarse.

Me cuenta que acaba de venir de la Patagonia. Junto con otros italianos ha escalado el cerro Torre en invierno. ¡Primicia mundial! Intuyo que es un superescalador... Nos cae bien. Lo invitamos a unirse a nosotros y juntamos nuestra comida. ¡Ahora somos cinco!

15 de noviembre

Estamos en el campamento 11, Berlín, a 5.900 metros. Descubro que llevo ya seis días sin escribir nada. No debe repetirse, porque entonces no me acordaré de nada más tarde.

Estos días hemos ido subiendo material a este campamento, y desde aquí lo hemos llevado a un «depósito de material» que establecimos en los restos de un antiguo refugio de madera situado a 6.400 metros. Entre las maderas rotas y carcomidas hay una que tiembla, azotada por el viento. Tiene escrito en letras borrosas el nombre del antiguo refugio. Se llama «Independencia».

A estas alturas todos acusamos el malestar general: frío, falta de oxígeno, dolores de cabeza casi constantes...

Uno de estos días pasados (¿ayer?, ¿anteayer?.... aquí se pierden las referencias) bajamos al campamento 1 y descubrimos una catástrofe... ¡El campamento había desaparecido! No nos lo creíamos. Habíamos dejado las tiendas muy bien ancladas y con muchas piedras alrededor... ¡pero ya no estaban!

El corazón me saltaba dentro del pecho; eso podía significar el fin de la expedición. A medida que me acercaba sentía un bajón tremendo de moral. Aún quedaban restos de una de las tiendas, pero la otra, la

mía (la que necesitaba allá arriba), parecía haberse esfumado, dejando como último recuerdo una cuerdecita de sujeción sobre la nieve.

¿Qué hacer? Maribel se había quedado sola en el campamento Berlín. No había querido acompañarnos en este descenso porque dijo que, con lo que le había costado llegar hasta allá arriba, si bajaba no volvía a subir. Sin embargo, no me quedaba otro recurso que bajar hasta Plaza de Mulas. Pero cuando lo estábamos haciendo, Miza y Lucho divisaron algo a lo lejos. Decidimos acercarnos y... ¡otra vez mi suerte montañera! ¡Mi tiendecita!

Había sufrido bastante, arrastrada por el viento y la nieve varios kilómetros, pero estaba entera, aunque le faltaban los palos de aluminio. ¡Es igual! ¡Podré utilizarla en la cumbre, tal como pensé!

Al llegar al campamento base lo encontramos lleno de chinos, bueno, en realidad son japoneses. Integran una numerosa expedición perfectamente organizada, con un material excepcional que me suena a inalcanzable comparado con mis escasos medios. Allí revisé la tienda detalladamente y descubrí que mi super botiquín, que me había costado tanto trabajo preparar, estaba absolutamente destrozado, con las pastillas revueltas y deshechas, sobre todo unas de color rojo fuerte contra el resfriado que han cambiado en parte la coloración de mi tienda. Pero como la suerte me acompaña y los japoneses están muy preocupados con mi percance, resulta que uno de ellos lleva una tienda de repuesto muy similar a la mía, por lo que consigo que me venda los palos de aluminio que desaparecieron. Tema solucionado.

Eso me obliga a ser justo. Cuando la gente habla de suerte en la montaña, yo siempre digo que la suerte se la busca uno con la buena preparación, con no arriesgarse demasiado, con mantener alta la moral. Pero después de esta afortunadísima casualidad, tendré que admitir que algunos tenemos mejor estrella que otros...

El campamento está tan lleno de gente que parece un pub de moda. Ni siquiera puedo sentarme a hacer las anotaciones en el diario. No puedo dejar de pensar que Bel está sola allá arriba, a casi seis mil metros de altura, sin experiencia montañera, cansada y con dolor de

cabeza... Por eso, después de comer cogí mi mochila bien cargada y subí solo, sin detenerme siquiera en el campamento 1, hasta llegar al Berlín al anochecer para sorprenderla y estar solos y juntos.

¡Pobre Bel! Después de la alegría del reencuentro me comentó que la única noche que le tocó pasar sola en la montaña hubo tormenta, de modo que la nieve se colaba por las grietas de la madera y el refugio vibraba con el viento como si fuera a desplomarse. Pasó tanto frío que no pudo dormir en toda la noche.

17 de noviembre

Hoy ha sido un día muy agitado. El cielo se veía límpido y claro, y poco después del desayuno llegó Mauricio, el italiano, con la intención de hacer cumbre. ¿Cómo resistir la tentación? Maribel volvió a quedarse sola en el refugio mientras nosotros emprendíamos el ascenso. Me sentí bien, sin padecer cansancio, mientras regresaba a los lugares en donde estuve en 1979. Al llegar a la temida Canaleta, con sus piedras sueltas, pensé que aumentarían las dificultades, pero todo resultó bastante sencillo; llegué a la cumbre casi una hora antes que Mauricio.

Bien, al fin había llegado. Mientras aguardaba al italiano me dediqué a buscar un lugar adecuado para colocar la tienda cuando viniera a instalarme. Esta vez no habíamos subido peso, porque el objetivo sólo era reconocer el camino y hacer cumbre.

No sé cómo se imaginará la gente la cumbre de una gran montaña. A veces se puede ver en alguna película, pero no creo que baste para hacerse una idea concreta. El Aconcagua, que en sí no es una montaña muy bonita salvo si se la mira desde la cara sur, termina en una pequeña explanada de piedras, doblemente inclinada hacia el sur y hacia el este. Pero es relativamente llana. Entre los dos grandes barrancos del norte y el sur hay un espacio de unos 30 metros de ancho. Yo he subido por la Canaleta, es decir por el oeste. La planicie de la cumbre descende poco a poco hacia el este, como un plano inclinado ligeramente irregular, y se ensancha un poco hasta derivar bruscamente en

el glaciar de los Polacos. Salvo allí, todos los lados terminan en grandes barrancos. En el punto más alto hay una cruz.

Como el día era espléndido, se podía ver hasta muy lejos, y todo cobraba un brillo muy especial. Pero más que los paisajes, me preocupaba dar con un buen lugar para mi instalación futura, así que reconocí el terreno palmo a palmo, descendiendo por la planicie hacia el glaciar de los Polacos. Encontré restos de expediciones anteriores: crampones, una mochila, un martillo, mosquetones y otras cosas. Se me ocurre que tal vez pertenecían a tres japoneses que han dado por desaparecidos.

Sin prisa regresé a la zona de la cruz, y hallé a Mauricio..., ¡que estaba llorando! Al verme se levantó y comenzó a gritarme agitando los brazos, muy enfadado. Su italiano furibundo se mezclaba con el constante rumor del viento, y no podía comprender sus palabras. Me pregunté si el mal de altura habría comenzado a hacer estragos en su cerebro, pero después, cuando se tranquilizó, pude comprender lo que había sucedido: al llegar a la cumbre y no verme se dispuso a esperarme, y al cabo de un rato comenzó a impacientarse y llegó a la conclusión de que me había caído por la pared sur, ya que mis huellas conducían hacia aquella zona. ¡Estaba desesperado, y no sabía de qué modo le diría lo ocurrido a Maribel! Me conmovió mucho su preocupación por mí. No puedo seguir escribiendo ahora.

18 de noviembre

El tiempo ha cambiado, obstaculizando nuestros planes. Durante todo el día el Viento Blanco ha azotado nuestro refugio. El Viento Blanco del Aconcagua produce más muertes que el frío y la altura juntos. Es un soplo huracanado que a veces emite un quejido lúgubre y otras aúlla sin piedad, rasgando y rompiendo el hielo del suelo y levantándolo contra la cara de los andinistas, a los que ciega y hace caer. La gente que conoce el Aconcagua dice que en él nieva horizontalmente, y es porque el viento cambia sin cesar la dirección de la nieve. A veces es tan violento que te hace sentir como un muñeco, juega contigo, te

zarandea, te hace caer al suelo, y debes tomarte desesperadamente de lo que encuentres para evitar que te arrastre al abismo. Hubiera sido suicida salir a desafiárla.

20 de noviembre

¡Día de mi cumpleaños! ¿Qué día era el año pasado? Si pudiera recordarlo descifraría si hoy es martes, viernes o domingo.

Llevamos casi ocho días instalados en este campamento a 5.900 metros. Ayer llegaron Miza y Lucho, los porteadores. Mientras ellos subían a la cumbre, yo bajé al campamento 1 a recoger lo que faltaba, y he vuelto a subir. Por la noche hemos probado a comunicarnos por radio con Santiago de Chile, como lo venimos intentando casi a diario, y hemos fracasado una vez más. Nosotros podemos oírlos, pero ellos no nos oyen.

21 de noviembre

Los planes han cambiado. He estado analizando la situación y la prudencia me aconseja modificar la propuesta inicial, además de que se han presentado algunos imprevistos.

Propuse a los porteadores que descansaran un par de días y que luego me ayudaran a transportar el peso suficiente para que yo pudiera instalarme unos días, como una especie de ensayo para la instalación definitiva, y se han negado. Eso significa que tendré que subir yo solo todo lo que he almacenado en el «depósito de material» del refugio Independencia hasta la cima, y además tendré que hacerlo por la desagradable Canaleta... Hemos discutido con bastante nerviosismo y finalmente he logrado convencerles de que hagan un último porteo hasta el campamento Independencia. Después Bel y yo hemos iniciado el descenso. Bel ha empleado mucho tiempo en bajar, por lo que llegamos al campamento de Plaza de Mulas al anochecer. Está exhausta. Demasiada montaña para una chica inexperta. Pero yo también estoy agotado. Tal vez sea prudente regresar a Santiago y recobrar fuerzas

para el asalto final. Sé que es lo mejor, pero me sabe a derrota, es como explorar el abismo después de haber disfrutado de la cumbre...

23 de noviembre

Estamos nuevamente en Puente del Inca. Hoy he disfrutado bañándome, después de tantos días. Desde la ventana veo el Aconcagua, y me pregunto si no hay algo burlón en su inexpugnable hieratismo. En fin, una batalla no es la guerra. Hemos regresado aquí y nos iremos a Santiago de Chile a recuperar fuerzas. Tenemos que comprar algunas cosas, y haré arreglar las radios, que no funcionan bien. Pero no debo perder demasiado tiempo, quiero regresar pronto al Aconcagua para no perder mi aclimatación.

Desde Plaza de Mulas hasta aquí tardamos dos días en llegar. Faltó poco para que no llegáramos. Al acercarnos a la orilla del río Confluencia, que es necesario cruzar, descubrí que su caudal había aumentado de manera inusitada y bajaba muchísima agua. Ya se acercaba el anochecer y propuse a Maribel que acampáramos en la orilla con la intención de atravesarlo al amanecer, que es cuando baja menos agua de los ríos de montaña, debido a la falta de deshielo por la noche. Cuando llegó el amanecer advertimos que la precaución había resultado inútil. Bajaba muchísima agua de color pardusco, como un sucio barro líquido, y hacía un ruido terrible a causa del hielo y las piedras que arrastraba. Más que un torrente, parecía una estremecedora tempestad.

Bel y yo nos miramos, asustados. No podíamos permanecer mil; indefinidamente pero, a la vez, arriesgarse tenía algo de suicida. Observamos que las rocas que sobresalían estaban cubiertas por una fina capa de hielo, así que no se podía contar con ellas para saltar de una a otra, pues desde luego nos resbalaríamos. Tampoco eran fiables para considerarlas un asidero seguro en el caso de que el río nos arrastrase, por lo que decidí intentarlo por el sitio más ancho, en la convicción de que sería el menos profundo, como sucede habitualmente. Entré en el agua tratando de mantener el equilibrio, y al instante la fuerza de la corriente me hizo caer. El peso de la enorme mochila me impedía re-

cuperar el control, mientras maldecía y tragaba aquella agua barrosa. Avanzando dificultosamente logré ir cortando el impulso del agua, y después de un esfuerzo agotador alcancé la otra orilla. Jadeaba y tenía un susto de muerte.

Rápidamente saqué la cámara de fotografiar (que se había mojado, igual que el resto de las cosas), y analicé el paso siguiente. No tenía muchas posibilidades, de modo que dejé la mochila en la orilla y volví a cruzar para ayudar a Bel. Cuando llegué hasta ella tiritaba tan intensamente que el temblor no me dejaba hablar. Aún no había salido el sol, y hacía un frío terrible. Decidimos buscar un lugar mejor para pasar, primero más arriba, luego más abajo; hicimos varios intentos, pero sin decidimos. Estaba muy asustado por ella...; sentía que resultábamos pequeños e indefensos ante aquella gran fuerza ciega imposible de dominar. Finalmente, llegamos a la decisión de tirar la mochila de Maribel hacia la orilla opuesta, para que no nos obstaculizara el paso en el cruce. La tomé, tomé impulso y la lancé con todas mis fuerzas... ¡Plaf! Cayó estrepitosamente en el agua, cerca del borde pero en el agua. Milagrosamente, se había enganchado con algo, y por más que el río hacía esfuerzos por arrastrarla, no lo conseguía. Pero de pronto empezó a moverse despacio... El río estaba a punto de llevarse nuestras pertenencias. Nos sentíamos desesperados e impotentes, viendo lo que sucedía y sin poder hacer nada por impedirlo.

Mi suerte montañera reapareció una vez más en forma de hada... mejor dicho, en la robusta forma de dos andinistas argentinos que aparecieron en la orilla opuesta con la intención de escalar la montaña y lo primero que hicieron fue rescatar la mochila. Después, gritando por encima del estruendo del agua, nos avisaron que había un posible paso 200 metros más abajo. Les hicimos caso y nos tiraron una cuerda (en ese momento me juré a mí mismo que nunca más iría a la montaña sin cuerdas). Ahora lo que debíamos hacer era saltar hasta una gran roca, de allí saltar a otra casi tan grande como la primera y luego saltar a la orilla opuesta. Yo salté primero, y Bel después. Fue una suerte que estuviera asida a la cuerda, porque perdió pie en una de las rocas y quedó colgando sobre el río tumultuoso.

Hasta unos minutos antes de anotar todo esto en la Compañía de Esquíadores, aún me hallaba todo sucio de la tierra del río. Mis botas dobles de plástico estaban empapadas y mi cara llena de barro eran como una imagen de la desolación, la última burla triunfal de la montaña. No importa, volveré a intentarlo en pocos días, no estoy acostumbrado a rendirme...

PRIMER INTERMEDIO

Estas líneas no han sido escritas en la montaña, puesto que reservé el diario para anotar solamente lo que sucedía en ella.

Estoy en un cómodo hotel en la capital de Chile, utilizando el escritorio y disfrutando de la semana que nos hemos concedido para reponemos.

Quiero hacer un pequeño resumen de lo que ha sucedido desde que dejamos Puente del Inca. Haciendo autostop, Maribel y yo logramos llegar a Mendoza, en la Argentina, y desde allí nos vinimos a Santiago, donde nos hemos instalado en el hotel en que estuvimos anteriormente.

Ahora caigo en la cuenta de que cada vez que he hablado de Santiago he dicho “regresar” a ella, y creo que merece una explicación: estuvimos en Santiago antes de iniciar nuestra aventura en Puente del Inca, a los pies del Aconcagua.

Tal vez sea mejor que lo explique todo más claramente desde el principio.

El viaje lo preparamos en Zaragoza. Estuve loco durante varios meses, pues tuve que encargarme de todos los aspectos e la expedición, ya que era jefe de la misma y el único miembro. El mayor problema, como siempre, fue conseguir dinero...

Menos mal que desde el principio conté con la ayuda de Pepe Díaz, el presidente de Montañeros de Aragón, y juntos conseguimos ayudas de la Diputación General de Aragón, de la Diputación Provincial de Zaragoza, del Ayuntamiento y de la Caja de Ahorros de la Inmaculada. ¡Ah!, y de los hermanos Benedí, fabricantes de Altus, que contribuyeron desinteresadamente. Pese a todo, tuve que pedir préstamos, pues el presupuesto era muy elevado.

Así partimos Maribel y yo. Cogimos un autobús para ir de Barcelona a Marsella y allí un avión hasta Río de Janeiro; fue el viaje más barato que encontramos para trasladarnos desde Europa a Suramérica. Llevábamos una supermochila cada uno, el equipaje de mano y los esquís, sólo eso para meses y meses de aventura. En Río pasamos cuatro días maravillosos olvidados de la montaña y dedicados a disfrutar las playas, la comida, los jugos tropicales y hasta un magnífico hotel con las ventajas de un cambio de moneda extremadamente favorable. De allí fuimos en autobús hasta las increíbles cataratas del Iguazú, de una belleza tal que no dudaré en recomendar a todos mis amigos que las visiten, y al cabo de tres días de viaje pasando de un autobús a otro llegamos a Santiago de Chile. Al atravesar la cordillera de los Andes, desde Mendoza a Santiago, Maribel vio por primera vez el Aconcagua. Yo sentí que me reencontraba con un viejo «amigo-enemigo».

Llegamos a Santiago en invierno, y por quinta vez fui a la estación de esquí de Farellones, que está a una hora de Santiago, a ofrecer mis servicios de profesor de esquí. Era el mejor modo de esperar a que el invierno pasara. Di mis clases de esquí y además conseguí un trabajo de relaciones públicas en un hotel para después de las clases. Maribel también logró que le dieran trabajo como recepcionista en el mismo hotel.

Como cerca de la carretera había una cantera de piedras pequeñas, la aproveché utilizando unos esquís cortos y viejos para entrenarme y fortalecer las piernas. «Esquí sobre piedras», un deporte divertido...

Cuando el invierno llegaba a su fin, decidí intensificar mi proceso de aclimatación. Junto con Marc, un profesor de esquí inglés, y un andinista chileno, decidimos escalar el Paloma y el Altar, dos «cerros» (como llaman los chilenos a las montañas) de poco más de 5.000 metros. Recuerdo que una noche estábamos en el segundo campamento y decidimos atacar la cumbre, pero a la luz de la luna descubrimos que había mucho hielo vivo. «Hielo vivo» es un término usado en montañismo que define al hielo puro, cristalino, de agua helada. Los hay de muchísimos tipos. Intentarlo con esquís resultaba imposible, además de que la pendiente era demasiado pronunciada. Sólo habíamos llevado un par de crampones de hielo y un piolet para los tres, a fin

de ahorrar peso (ya que no esperábamos encontrar tanto hielo), de modo que sólo uno podría coronar la montaña. Lo echamos a suertes y yo fui el afortunado.

Otra forma de entrenamiento de esa etapa consistió en el esquí extremo. Había unas paredes de entre 150 y 400 metros, surcadas por estrechos couloirs de nieve, a las que se podía llegar por telearrastre. Cuando llegué a Chile por primera vez, muchos de estos couloirs aún

El esquí en canteras de piedras supone un entrenamiento muy bueno para el esquí extremo.



permanecían vírgenes, y me dediqué a explorarlos y a ponerles nombres: Laberinto, Pedregal, etc. Recuerdo que una vez me metí en uno que desconocía por completo y cuando comencé a deslizarme para bajarlo, resultó que culminaba en un barranco abrupto de unos 200 metros de caída hacia el abismo. Aquellos momentos fueron muy duros. Me quité los esquís y descendí, arriesgando el tipo, durante tres horas, con los agarres cubiertos por la nieve, con botas de esquí y sin cuerdas ni nada para volver a ascenderlo. Cuando regresé a la civilización me enteré de que a ese couloir le llamaban «El ciego» y que tenía un trágico historial. Gracias a experiencias absurdamente temerarias como esta los montañeros nos vamos volviendo prudentes y un poquito más sabios respecto de la montaña.

La sabiduría fue una de las virtudes que más necesité para ascender al Altar, puesto que me había correspondido hacerlo, mientras que mis compañeros debían renunciar a sus expectativas. Sabiduría para muchas cosas, empezando por controlar el propio temor. Al salir al amanecer, en un día verdaderamente precioso, comencé a caminar sobre el hielo, un hielo cristal bellísimo, pulido y transparente, con piedras incrustadas, una de esas visiones del universo que te hacen sentir un privilegiado. De pronto, sssssss.... suavemente brota una fisura, como si el hielo se fuera resquebrajando en mil pedazos, cediendo al peso humano. Lo cierto es que no llega a romperse, pero te atemoriza bastante ese suelo atravesado por mil grietas similares a las de un cristal roto. No pude evitar pensar en mis crampones.

Llegué al Paloma tiritando de frío, con los pies doloridos. En la cumbre descubrí que estaba unido al cerro el Altar por una larga arista que no parecía difícil.

Es un poco tarde para intentarlo, la luz no durará mucho más... pero me atrae el riesgo... ¡Adelante! En algunos puntos la arista es tan afilada que no admite el ancho de una bota, de modo que tengo que avanzar a horcajadas hasta que, repentinamente, se quiebra en un paso difícil, con un abismo de más de mil metros aguardando al que yerre.

Sufro, puesto que falta tan poco para la cumbre... Pero a la vez no es sensato arriesgarse cuando se está solo en la montaña. En el momento

en que, a mi pesar, la razón me aconseja el regreso, veo una posibilidad, un estrecho corredor de hielo a mi derecha, y me lanzo hacia él. Aunque la roca está muy descompuesta, por el corredor puedo llegar a la cumbre. Desde allí el paisaje es estupendo; todo lo domina la presencia del Aconcagua, majestuoso y turbio bajo la luz del atardecer. Hay algo inquietante en su grandeza, algo que me sobrecoge y me impulsa a dejar de mirarle desde lejos. Además, es necesario regresar, pues la noche ya está muy próxima. Se trata de una carrera contra el tiempo, y sé que no debo cometer ningún fallo; o sea que como entrenamiento es perfecto, puesto que plantea una situación límite.

La oscuridad me tocó con su mano de hielo para anunciarme su llegada en mitad de la pendiente. Cuando alcancé el campamento II ya era noche cerrada, y comprobé con desagrado que estaba desierto: mis compañeros habían desmontado la tienda y bajado al campamento base. Me habían dejado los esquís y una funda de vivac, de modo que no me quedaba otro recurso que seguir descendiendo.

Sin embargo, como la oscuridad es tan atemorizadora decido aguardar a la salida de la luna, que en los Andes, debido a la altura y al aire tan puro, tiene una luminosidad singular. Mientras aguardo, no puedo alejar de mi mente el fantasma de las congelaciones; a 4.500 metros de altura, en plena noche invernal, solo, tirado sobre la nieve y envuelto apenas con una funda de vivac, el frío es tan horroroso que te duele como si te estuvieran golpeando, como si te quemaran. Pero la luna aparece para indicarme el camino y me lanzo a descender con los esquís. Es muy arriesgado, porque resulta muy difícil distinguir entre el hielo puro y la nieve, y en el hielo la caída es inevitable. Finalmente logro llegar a la zona de reunión, el campamento base. Al quitarme las botas, el dedo gordo de mi pie derecho se ve totalmente blanco y duro. El dolor es horroroso, tanto que no me permite dormir a pesar de los sedantes. Hay montañeros que prefieren que se les ampute un miembro a soportar la ferocidad de este dolor.

Pero estaba explicando cómo se fue estructurando esta expedición. Después de la temporada de Farellones permanecemos casi un mes en Santiago de Chile, en la etapa de preparación. Contábamos con un

presupuesto bastante reducido, de modo que Maribel y yo pensamos que las cosas resultarían más sencillas si podíamos resolver el tema de la alimentación en la montaña recibiendo ayuda a cambio de publicidad. No pareció interesarle a nadie. Probamos en unos diez supermercados, avalados por diversas cartas de presentación, y ni siquiera nos recibieron. Por mediación de terceros conocimos a unos descendientes de vascos, los Uriarte y Garmendia, que se interesaron en el proyecto. Supongo que habría mucho de solidaria hermandad en su colaboración. Sea como fuere, eso nos permitió acceder a la insólita experiencia de entrar en un gran supermercado y tomar todo lo que se te ocurre que puedas necesitar: en total casi 200 kilos de comida (un mes y medio para cuatro personas -los porteadores y nosotros-, dos meses y medio para mí).

Tuve que buscar a alguien en el campo privado que pudiera ayudarnos con el tema de las radios. De este modo Marcelo Salazar, de la empresa Pablo Gallyas Telecomunicaciones, se convirtió en nuestro técnico de radio, nuestro relaciones públicas y nuestro amigo. Y Marcelo Salazar me servirá para terminar con la explicación de los antecedentes de nuestro ascenso al Aconcagua y regresar al presente. De modo que volvamos al cómodo hotel de Santiago desde donde escribo estos párrafos.

Cuando bajamos de la montaña, informé de los restos que había hallado en la cumbre, la mochila, los crampones y todo aquello, y mi suposición de que pertenecían a una expedición japonesa desaparecida el invierno anterior. Entonces me contaron que hacía cinco años, un grupo de cuatro norteamericanos me decidieron a atacar el Aconcagua por la pared sur, la más arriesgada y difícil. El Viento Blanco les dio alcance cuando estaban cerca de la cumbre, y decidieron llegar hasta ella con la esperanza de hallar un lugar más apropiado para protegerse. Aquella fue una noche trágica: cuando terminó y despuntó el día, sólo uno de ellos podía moverse. Con dificultad, logró descender para pedir ayuda. Jamás pudieron encontrar las huellas de sus tres compañeros. Tal vez, sin proponérmelo, yo di con ellos.



Vista del Aconcagua desde el avión de reconocimiento que me llevó para inspeccionar las condiciones del Cerro.

Hay algo más que debo mencionar. Al comienzo de este intermedio hice referencia a las condiciones económicas de la experiencia de supervivencia a 7.000 metros. Considerando las posibilidades de obtener dinero trabajando en Suramérica y algunas otras, el presupuesto inicial de la expedición era de un millón de pesetas, incluyendo los pasajes. En realidad, cuando todo estuvo montado, las cifras se duplicaron, ya que en vez de una persona éramos dos, y el tiempo de estancia se planteó como bastante más prolongado. Desde luego, fue preciso pedir créditos para financiar el viaje, tema en el que me angustia pensar, puesto que aún no sé cómo podré pagarlos.

He interrumpido la narración a causa de algo inesperado. Por mediación de Marcelo Salazar, he podido establecer contacto con el Club de Planeadores de Santiago de Chile. Me han propuesto regresar al Aconcagua por el aire, para obtener fotografías inéditas. La invitación me fascina, pero también me despierta desconfianza: estoy enfadado con el Aconcagua por la jugarreta que me ha hecho...

Finalmente me decidí, y subimos a una avioneta monomotor de hélice muy pequeña. Me parecía imposible que pudiera subir tan alto, y de hecho me explicaron que, salvo en pruebas especiales, los helicópteros no pueden superar el techo de 6.000 metros, puesto que el viento los hace muy vulnerables.

Nunca había volado en un avión tan pequeño; parecía de juguete. Apenas si rodamos por la pista y ya estábamos volando. Incluso me dejaron pilotarlo durante un rato. Antes de damos cuenta, ya vimos la cumbre del Aconcagua sobresaliendo de entre todas las que la rodeaban.

El avión era pilotado por Carlos Pérez, considerado el piloto más experto en altura de todo Santiago. Yo iba sentado detrás, con la cámara preparada con el teleobjetivo. Sobrevolamos el valle de Horcones, por donde se hace la marcha de aproximación al Aconcagua, y comenzamos a ganar altura. El viento empezó a soplar cada vez con más fuerza. El avión se movía mucho. De repente caíamos como en picada y costaba trabajo recuperar la posición. El Aconcagua estaba allí, cerca de nosotros, y parecía advertimos que conquistarlo por la vía que fuese siempre entrañaba un gran peligro. El valiente Fernando tenía un nudo en la garganta cada vez que el avión era desplazado violentamente por el viento... ¡Lo cierto es que estaba muerto de miedo, y me aferraba a los lados del avión desesperadamente!

Empecé a marearme, y tuve miedo de vomitar. Por señas, Carlos Pérez me dio a entender que debía ponerme la máscara de oxígeno. El torrente que inundó mis pulmones me produjo una inesperada sensación de bienestar. La temperatura descendía tan bruscamente que tuve que ponerme los guantes para poder manejar la cámara fotográfica.

Comenzamos a rodear el Aconcagua. El piloto se quitó la máscara y a gritos me explicó que teníamos que ir dando vueltas a la montaña para tomar altura si lo que deseábamos era llegar hasta arriba, pues las hélices no agarraban en aquel aire tan poco denso.

Hubo un momento en que, a pesar de los esfuerzos, nos resultaba imposible seguir ascendiendo. Entonces Carlos hizo una maniobra de la que yo nunca había oído hablar anteriormente: buscó una corriente

de aire caliente ascendente y dejó que el pequeño avión planease suavemente por ella y se dejase subir poco a poco, como hacen los cóndores, las grandes rapaces de los Andes.



La Canaleta, parte final (desde los 6700 metros hasta la cumbre) del Aconcagua).

Vimos la pared sur, la temida Canaleta... Los lugares familiares aparecían desde una perspectiva diferente. Me embargaba un sentimiento como de inverosimilitud; ¿era posible que yo hubiese recorrido a pie aquella inmensidad? ¿Había estado allí realmente o se trataba de un sueño imposible? ... ¡Incluso pude reconocer el lugar donde se hallaba la cruz! ... Desde arriba todo se veía gigantesco, majestuoso, a una escala totalmente inapropiada para el ser humano. Pero también transmitía una serenidad que hacía intuir que permanecer allí no debía de ser difícil. ¡Qué diferente se ve todo respirando buen oxígeno y con la seguridad de que en poco rato estarás de nuevo en la ciudad!

La bajada fue muy rápida. Regresamos tan pronto que casi sin damos cuenta ya estábamos en tierra firme. Bajé de la avioneta feliz por la experiencia, pero inseguro ante la perspectiva de lo que me aguardaba. No me gusta la idea de volver a la cumbre después de tan poco tiempo... En tan pocos días todavía no han cicatrizado las heridas que la altura dejó en mi cuerpo...

Pero, en fin, eso es todo. Sé que debo regresar a la montaña. Marcelo ya me ha entregado las radios reparadas, Bel se fue ayer a Perú, a hacer un poco de turismo. Mañana es mi día. Regresaré a Puente del Inca, pero esta vez solo; nadie puede acompañarme. Tengo una cita con una cumbre...

SEGUNDA PARTE

EN LA CIMA

6 de diciembre

Estoy en el campamento base, Plaza de Mulas. He visto pasar una expedición hacia la cumbre. Los pequeños riachuelos vuelven a serpentear por las laderas: son algunas de las señales que anuncian la proximidad del verano.

He perdido dos días en Puente del Inca esperando a las mulas, pero me siento feliz por estar nuevamente en la montaña. Estoy solo. Esta vez no están los porteadores para ayudarme, ni Maribel. Esta vez se trata de una cita a solas entre el Aconcagua y yo.

Acabo de poner una nota en la pared del refugio. La he escrito en inglés y en castellano, y pienso poner otra cuando llegue al campamento II. Dice lo siguiente:

Me llamo Fernando Garrido, soy español. Estoy haciendo una prueba de permanencia en altura en la cumbre del Aconcagua.

Si les sobra comida, bombonas de gas o libros, me lo pueden dejar en Berlín, Independencia o en la misma cumbre.

¡Son bienvenidos!

7 de diciembre

Escribo desde el campamento Berlín, a 5.900 metros. He subido de un tirón lo que normalmente se hace en dos etapas, y llevaba la mochila muy cargada. No puedo dormir, porque todo me duele y estoy muy cansado, pero tampoco tengo ganas de escribir. Tal vez mañana...

8 de diciembre

He llegado a la cumbre. Me siento muy mal. Ascendí a fuerza de perseverancia, y una vez pasado mi depósito de material a 6.400 metros vi que era muy tarde, de modo que saqué de la mochila todo lo que no fuera imprescindible y seleccioné un poco de comida, gas, la tienda y un saco de dormir para pasar un par de noches aquí arriba. Incluso dejé



los radios y la cámara fotográfica. En estas condiciones, decidí enfrentarme con la temida Canaleta, pero como no tenía muchas fuerzas, el ascenso resultó muy lento.

La Canaleta es un canal o pedregal bastante inclinado, que conduce a la cumbre. El avance es extremadamente difícil, porque los guijarros se desmoronan constantemente, no hay de donde asirse y eso obliga a realizar un esfuerzo doble para poder ir avanzando lentamente. Me angustié al llegar a ella, porque se trataba de una lucha a vida o muerte y contra reloj. La noche avanzaba a grandes zancadas, y yo quería llegar a la cima antes que la oscuridad. ¡Tenía que seguir adelante!

Los portadores no quisieron ayudarme a subirlo todo a la cumbre de modo que ahora tendré que hacerlo solo.

Bien, lo he logrado. Llegué totalmente a oscuras, con los pies y las manos duros por el frío. Pero pude montar la tienda rápidamente y meterme en ella. Me cuesta trabajo seguir escribiendo y la letra me sale horrorosa. Además estoy temblando, pesar de estar metido en el saco de dormir. Me siento horriblemente mal, y estoy tan cansado...

9 de diciembre

Hoy es mi primer día completo en la cumbre del Aconcagua. Hace un frío horrible, mucho más del que padecemos en el primer ascenso. Me siento mucho peor de lo que imaginaba. Hoy he intentado comer y beber algo, pero no he podido. Lo he vomitado todo. Es algo super-desagradable. Primero aparecen las náuseas, que intento reprimir, pero es inútil. Me sabe muy mal lo que me pasa. Temo deshidratarme, que es lo más peligroso. Estoy tomando pastillas antivomitivas, y confío en que me ayuden a no debilitarme. Escupo mucho, y el mismo acto de escupir renueva la sensación de náusea y los vómitos.

Me siento hecho polvo ... Tal vez he subido demasiado rápido y con demasiado peso ... o quizá las bajas temperaturas se han cebado en mi resistencia... Estoy desorientado, no sé qué hacer ...

Ahora es medianoche.

No puedo dormir, me siento muy mal. Mi cuerpo se ha declarado en estado de rebelión. La cabeza me duele tanto que y momentos en que creo que va a estallar..., y me gustaría que ocurriera para que el dolor acabara de una maldita vez.

He vomitado y escupido, vomitado y escupido como una máquina automática fuera de control. No era eso lo que yo esperaba; soy un desecho humano, agónico y exánime, incapaz de dominarme y de hacerme cargo de la situación. Realizar estas anotaciones me está costando un esfuerzo agotador, y a cada momento quiero interrumpirlas.



Después de haber plantado la tienda en la cumbre del Aconcagua, a casi 7000 metros de altura, me siento tan mal que a los cuatro días me veo obligado a bajar al campamento base para recuperarme.

¿Qué haré? Es obvio que, si esto se prolonga, no podré continuar. Me hallo en un estado tan lastimoso que ni siquiera soy capaz de lograr que las letras que escribo sigan una línea recta. ¡Debo resistir! ¡Debo hacerlo!

Es fácil escribirlo, pero ¿cómo? ¿En estas condiciones? Si el Viento Blanco lanzara toda su furia contra mí, no podría defenderme. Pero entonces ¿qué? ¿Rendirme? ¿Admitir el fracaso?... No, eso no lo haré. Llevo tantos meses soñando con esto, hemos invertido tanta energía en los preparativos, tanta gente me ha ayudado y confía en mí... No puedo defraudarlos. Llevo horas mentalizándome con todos los tópicos y lugares comunes que se me ocurren, para disponer de la energía psíquica suficiente que me permita afrontar esta adversidad. Pero por momentos las fuerzas me abandonan, mi mente pierde el rumbo y vaga, errática, en una tierra de nadie entre la imaginación y el sueño. Me veo abriendo la puerta de la tienda y saliendo al exterior. No hay viento y el frío es tolerable. El cielo se ve limpio y azul, y puedo disfrutar los maravillosos paisajes desde la cumbre... Debe de ser un

fenómeno de compensación esto de imaginar las ideas más bonitas en los momentos en que peor me encuentro.

Creo que la clave está en que no tengo a Bel junto a mí, ni a mi hermano Javi, a nadie a quien confiar mis inseguridades ni con quien compartir mis angustias. Confiarte a un papel, a un diario.... pienso que eso es saberse verdaderamente solo.

Me jacto de no ser imprudente. Si esto continúa así, sería una locura intentar permanecer en la cumbre. ¿Significa eso que debo admitir mi fracaso?... ¡Lucharé, lucharé aunque sea contra mí mismo!

10 de diciembre

Segundo día completo en la cumbre del Aconcagua. Prometí llevar estas notas día por día, me lo prometí a mí mismo para que pudieran resultar un testimonio útil, pero la verdad es que no tengo fuerzas para seguir escribiendo. Mañana, si me encuentro mejor, lo anotaré todo.

12 de diciembre

No he podido mantenerme en la cumbre...

Estoy en el campamento II, Berlín. Es de noche. He bajado de la cima muy tarde, pues me ha costado mucho admitir mi fracaso y decidirme a descender. Después de aguantar cuatro días y cuatro noches en la cumbre, en condiciones cada vez más lamentables, me he dado cuenta de que era insensato y peligroso obstinarme en llevar adelante un plan para el que no tengo fuerzas suficientes. Me he convencido a mí mismo de que si no descendía, toda la historia podía quedar fuera de control y acabar mal... ¡Pero me ha dado tanta pena! Ahora temo que todo acabe aquí, que ya no pueda intentarlo nuevamente. Tal vez, sólo para darme ánimos es por lo que he dejado mi tienda la cumbre, como un testimonio de mi esperanza de regresar.

Esta mañana he reunido las pocas fuerzas que me quedaban para calzarme y prepararme para el descenso. Es increíble, parece como si mi vida transcurriera a cámara lenta. Cada movimiento tengo que

pensarlo previamente, armarme de valor y lanzarme despacio, muy despacio.... casi sin fuerzas. He tardado horas en disponerlo todo, en salir de la tienda, desmontarla y dejarla allá arriba, cubierta por unas grandes piedras...

Me siento peor de lo que suponía. Ni siquiera podré permanecer aquí mucho tiempo más. Intentaré recuperar fuerzas esta noche y mañana bajaré al campamento base. Necesito ayuda.

14 de diciembre

Estoy en Plaza de Mulas (4.230 metros). Me siento enfermo, y me dejo cuidar por una expedición argentina. Uno de sus integrantes sostiene que tengo un principio de edema pulmonar. Me ponen inyecciones y me atiborran de comida. ¡He vuelto a tener apetito! Es increíble, eso renueva mis esperanzas.

15 de diciembre

Me siento mucho mejor, las fuerzas están volviendo a mí. Estoy arropado, protegido, cuidado... ¡Ya me había olvidado de la sensación de bienestar!

Estas noches en el valle parecen obrar milagros en mi organismo y en mi mente. Empiezo a pensar que quizá no esté todo perdido. Quizá. O tal vez se trata tan sólo del ilusorio entusiasmo que me transmite este hermoso día, este aire agradable, este lugar acogedor, este sol que calienta mi cara y rescata una antigua sensación olvidada.

Ahora ha oscurecido. Durante todo el día no he hecho otra cosa que pensar en lo mismo: ¿por qué no?

Acaban de darme la cena, y al tomar de nuevo el diario releo las últimas anotaciones. Sí, ¿por qué no intentarlo nuevamente? Dicen que los Escorpión luchamos hasta el final por las cosas y que nos fascinan los desafíos, las pruebas difíciles. Ahora me siento dispuesto a todo. ¿Acaso no he dejado mi tienda allá arriba para no romper mi último vínculo con la esperanza? Pienso en mi tienda y siento que me espera, que sabe que voy a volver a ella. No diré que estoy en las mejores condiciones, pero esta «terapia intensiva» en Plaza de Mulas me está sentando de maravilla. Y no son solamente los cuidados sino la sensación de volver a pertenecer al género humano, la solidaridad y la cordialidad que recibo, lo que me hace sentir mucho mejor.

Nada me detiene. Si no lo hago, el dolor del fracaso será mucho más hondo que todos los malestares físicos que pueda haber tenido. Está decidido: mañana lo intentaré de nuevo. Si no tengo fuerzas suficientes, volveré a descender y daré por terminada la experiencia. Lo prometo y lo escribo en este diario, para dejar constancia.

16 de diciembre

Da un poco de corte anotarlo aquí, pero me siento bastante orgulloso de mí mismo. He llegado al campamento Berlín (5.900 metros), en donde estoy ahora pasando la noche. Me siento mucho mejor, pero no sé si corresponde a una verdad objetiva de mi cuerpo o es que la rápida recuperación me ha puesto eufórico y todo lo veo mejor de lo que es. Sin embargo, hay algo real: he subido mejor, sin nervios, sin inconvenientes, he llegado hasta aquí en buenas condiciones.

Estoy solo en el refugio, solo en la montaña en mitad de la noche, escribiendo mis pensamientos, y es una sensación que me gusta mucho. Varias veces he tenido la intuición de que venía alguien, y mi impulso era de fastidio, porque me parecía que otra presencia humana podía quebrar la armonía silenciosa que me rodea. El viento sopla afuera y es muy agradable sentirse protegido en la soledad.

Llevo algunas horas intentando dormir sin conseguirlo, así que he vuelto a tomar el diario para entretenerme, mientras llega el sueño. Ya es casi medianoche.

Me siento como si hoy fuera domingo, aunque no sé qué día es. En la infancia, los domingos eran placenteros, pero también inquietantes. Era festivo y te lo pasabas pipa, pero sentías todo el tiempo el peso del día siguiente, cuando había que regresar al cole. Ahora me siento como en aquellos domingos, disfrutando de este descanso, pero sin poder apartar de mi mente la idea de que mañana volveré a intentar el ascenso. Las responsabilidades pesan sobre mí. Sé que este frío tremendo y este viento no me ayudarán, puesto que no estoy en las mejores condiciones, y la idea de volver a enfrentarme mañana con la Canaleta no puedo decir que me produzca alegría. Eso no será todo. Debo llegar a la cumbre con la fuerza y la moral suficientes como para montar la tienda de un modo definitivo, a fin de que resista muchos días. ¿Dónde la montaré? ¿Sabré elegir el lugar adecuado?

Y suponiendo que logre todo eso, ¿estaré a la altura de lo que espero de mí en los días siguientes?... ¡Tengo que hacer tantas cosas allá arriba! Llevar adelante los estudios médicos a los que me he comprometido, tomar fotografías, tallar una cueva en el hielo, sobrevivir... La amarga experiencia de los cuatro primeros días me plantea interrogantes y dudas allí donde antes sólo había certezas y seguridades...

Alguien me dijo alguna vez que por la noche siempre nos sentimos menos seguros de nosotros mismos. ¿Estos pensamientos serán fruto de la inseguridad o simplemente una visión objetiva de la realidad?

Ahora pienso que cuando esté arriba tendré que imponerme la obligación de escribir este diario de manera continuada. Tal vez convenga que me fije una hora determinada, todos los días, para poder hacerlo.

Hoy me he esforzado por acabar *A través de la selva amazónica*, el libro de Fawcett, para no tener que subirlo mañana. Me he sentido muy identificado con esa historia real, superemocionante. Es increíble lo que te puede absorber un libro. Puede «sacarte» del Aconcagua y



Esta vez he subido decidido a quedarme. A la puerta de la tienda se ve la placa solar con que cargo las baterías de la radio. Un poco más allá, la báscula de baño que los médicos me obligaron a subir, para pesarme todos los días. (foto Jerónimo Lopez).

llevarte a otros lugares, librándote de la presión de estar en un refugio perdido de la montaña, evadiéndote de la dureza de la realidad. Pero ahora el libro se ha acabado. No quiero que llegue mañana.... tengo miedo. ¡Lo pasé tan mal la última vez!

18 de diciembre

Quinto día en la cumbre del Aconcagua. Contando los cuatro primeros días, al cabo de los cuales tuve que descender un poco, hoy es mi quinta jornada completa aquí en la cumbre. Al final todo ha salido mejor de lo que esperaba. Releo las últimas anotaciones y mis temores, y veo que he realizado la ascensión en mejores condiciones de lo que creía. Al pasar por mi almacén he recogido el material que no pude subir la última vez. Estoy muy contento.

19 de diciembre

Sexto día en la cumbre del Aconcagua. La temperatura es absolutamente fatal. La sensación térmica es de 45 grados bajo cero. Pero no me importa, porque hoy es un día histórico.... bueno, histórico para mí: esta tarde me he comunicado por primera vez por radio. Dudaba tanto de que llegase a funcionar...

Sucedió a las 8 de la tarde, la hora en que había quedado con los de Santiago para intentar la comunicación diaria. De repente, de entre un mar de interferencias, surgió claramente una voz:

-Aquí CE3BXP. Aquí CE3BXP desde Santiago para CE3HIC, cumbre del Aconcagua... Aquí CE3BXP desde Santiago...

¡El corazón me dio un vuelco! Me puse tan nervioso que la radio se me cayó dos veces de las manos antes de que pudiera apretar la tecla.

-Aquí CE3HIC, desde la cumbre... Aquí CE3HIC desde la cumbre.. ¡Marcelo, dime si me recibes!

-¡Fernando, qué alegría oírte!... ¿Me recibes bien?... No sabemos nada de ti y estábamos preocupados. He estado llamándote todos los días desde que saliste de aquí, y hoy he llamado por casualidad, porque ya empezábamos a desistir. Quiero que me digas qué tal me estás copiando y que me cuentes cómo estás y cómo va todo. Cambio.

-¡No sabes lo contento que estoy! Estoy tan emocionado que se me traba la lengua y tartamudeo. Supongo que te darás cuenta. ¿Estás grabando todo esto? Me gustaría que grabaseis todos los comunicados. Marcelo, no sé por dónde empezar. Ahora estoy dentro de la tienda, a unos diez metros de donde se halla la cruz del Aconcagua. Llegué anteayer. Hasta ahora lo he pasado bastante mal, está siendo mucho más duro de lo que había previsto.

Pero como las explicaciones generales no resultaron suficientes, me pidieron que les hiciera un resumen de mi actividad desde la última vez que nos habíamos visto. Después, la voz amiga de Marcelo regresó desde el otro extremo como un mensaje del mundo que había quedado atrás.

-¡Qué extraordinariamente bien se te oye, Fernando! Parece mentira que estés a siete mil metros. Qué bien..., qué bien... Oye, no te olvides de soltar cada poco rato la tecla de hablar, porque la repetidora tiene un tiempo limitado y hace un momento se ha cortado y no he oído nada.

-Marcelo, tengo ganas de que tú también me cuentes cosas. Te cedo la palabra.

-Mira, tengo noticias de Maribel, que.. RRRRRRRRRR... ¿Fernando... ? RRRRRRRRRR... CE3HIC, aquí CE3BXP, dime si me copias.

-CE3HIC... ¿me recibes?

-Aquí Fernando, sí, ahora te oigo bien. Parece que ha habido interferencias. Cuéntame de Maribel y las novedades.

-Te decía que Maribel llamó por teléfono desde Lima y me contó que al día siguiente se iba a Iquitos y que después se internaría en la selva. Me parece que tienes una novia más loca que tú. Estaba preocupada porque no sabíamos nada de ti, y yo la tranquilicé diciéndole que «mala hierba nunca muere». Dijo que volvería a llamar. Otra cosa que quiero decirte es que hemos hablado con los militares de Puente del Inca para analizar las posibilidades de un rescate en caso de que lo necesitaras, y parece que no es nada fácil. El helicóptero no puede subir a siete mil metros porque no hay densidad de aire suficiente, y también a causa del viento. Una expedición de rescate tardaría

como mínimo una semana en llegar, contando con que ya estuvieran aclimatados, así que cuídate, porque será mejor que no te pase nada. Cambio.

-Bien, te he oído perfectamente. Voy a tener que acabar la comunicación, por el problema de las baterías. Dime si tienes alguna otra cosa para mí

-Q.S.L. Fernando, solamente un par de detalles y acabamos en seguida. Quiero que pruebes otra repetidora a ver si se oye, si no, volvemos a ésta. Ponte en 146.640. Otra cosa, no olvides que la hora de la comunicación diaria es a las doce del mediodía o a las ocho de la tarde si no hemos podido comunicar por la mañana. Cambio.

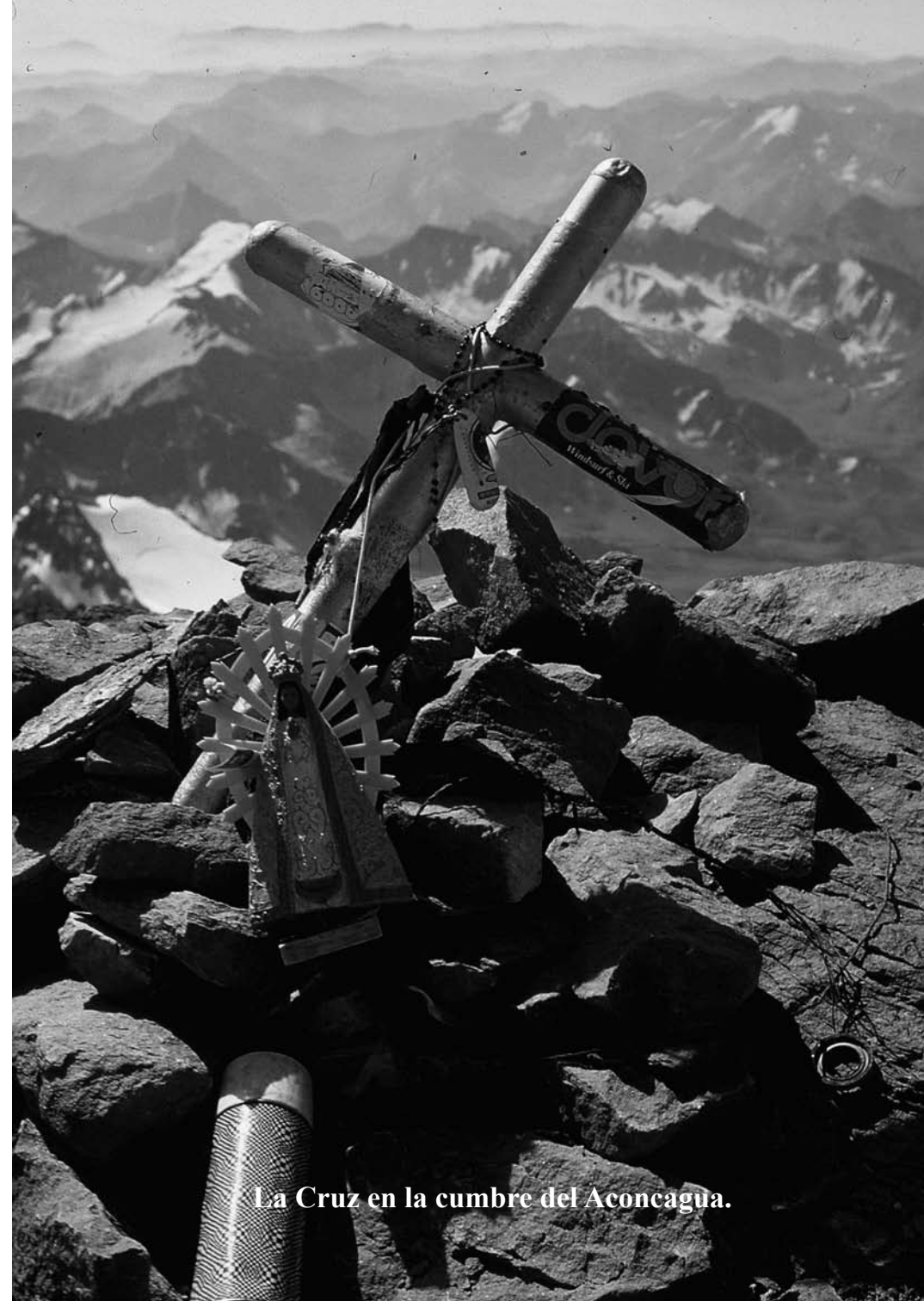
-Vale, Marcelo, por mi parte nada más. Me ha subido mucho la moral el hablar contigo, pero ahora quiero descansar, porque me siento un poco débil. Estad tranquilos que todo va bien por ahora. Saludos a todos y hasta mañana. Cambio y corto.

-Chao, muchos ánimos y hasta mañana. Cambio y corto.

20 de diciembre

Día 7 en la cumbre del Aconcagua. Ayer, después de la comunicación por radio y de hacer las anotaciones en el diario, comencé a temblar sin poder controlarme. Finalmente me quedé dormido. Hoy me he despertado con un dolor de cabeza atroz. Hasta ahora me lo quitaba con aspirinas, pero ya no me hacen efecto.

Quiero anotar aquí algo raro que me está sucediendo. Es como si mi pensamiento fuera intermitente. Hay momentos de lucidez normal, como el que estoy viviendo en este momento, y que son los que aprovecho para escribir el diario, prepararme la comida o poner un poco de orden en el caos en que estoy convirtiendo el interior de la



La Cruz en la cumbre del Aconcagua.

tienda. Pero hay otros en que no sé exactamente por dónde flota mi pensamiento. No se trata de un estado de ensoñación, verdaderamente, sino que me siento como atontado, como si estuviera suspendido en el aire. No me hago a la idea de que estoy aquí, y todo parece como un sueño, como si no estuviera viviendo en la realidad. Observo una mano que he sacado fuera del saco de dormir y me cuesta asimilar la idea de que esa mano me pertenece. Puedo pasar siglos observándola, y en esos momentos no sé realmente en qué pienso. Estas pérdidas de lucidez me angustian, y son muy frecuentes durante el día, porque me siento sin ánimos de hacer nada. Hay como una pulsión contemplativa, como si mi deseo último fuera vegetar sin hacer absolutamente nada. Debo obligarme a realizar las actividades, y todo me exige un esfuerzo extraordinario, desde el simple hecho de incorporarme. Esta mañana, por ejemplo, he debido apelar a toda mi fuerza de voluntad para obligarme a salir al exterior. Mi tienda es pequeña y no puedo erguirme dentro de ella, ni tampoco moverme demasiado, porque está llena de cosas, así que me arrastré hasta la puerta.

Me dije a mí mismo que era una locura no salir y reforzar un poco la tienda desde el exterior. Cuando llegué sólo tenía ganas de meterme dentro, entrar en calor y descansar. ¿Cuánto hace ya.... tres días o cuatro? Si no consulto este diario soy incapaz de decirlo. En ese tiempo no he hecho absolutamente nada, me resulta imposible decir en qué he empleado el tiempo, ni siquiera recordar un solo pensamiento. Bueno, sí, recuerdo que varias veces pensé que tenía que sentirme feliz porque después de tanto tiempo de programar esta experiencia al fin la estaba llevando a cabo.

He puesto piedras grandes aprisionando el faldón que rodea la tienda a modo de una pequeña muralla, para fijarla en el suelo y que resista mejor los embates del viento. También he sujetado las cuerdas de la tienda con pedruscos, pues las clavijas de hierro no penetran en el suelo. Además, he agregado unas cuantas cuerdas extra que salen de los barrotos de aluminio. Por último, he encontrado dos piedras enormes y las he metido dentro de la tienda, en ángulos opuestos, para que no se me lleve el viento. Creo que ha sido una idea excelente, aunque

me quitan bastante espacio. En las otras dos esquinas libres se hallan los extremos del saco de dormir, porque como la tienda es muy pequeña tengo que dormir cruzado. Me parece que esta vez me he pasado en mi obsesión de tienda-pequeña-quepesa-menos-y-que-ofrece-menos-resistencia-al-aire».

Cuando acabé de hacer todo eso quedé tan exhausto que tuve que tenderme un largo rato. Tal vez mañana pueda reforzar la muralla de piedras y darle cierta envergadura. Es el único modo de protegerme del viento del oeste, que es el más fuerte de todos y el más constante; viene desde el océano Pacífico, y asciende por las laderas de la montaña y la Canaleta hasta la cumbre, en la que me encuentro. Pero también pienso que debo reservar mis fuerzas, pues tan pronto como recupere la energía perdida deseo excavar una cueva en el hielo. Estoy convencido de que es la única solución para sobrevivir aquí arriba todo el tiempo que tengo planeado. No estaré tranquilo hasta que no esté dentro de ella.

No puedo anotar mucho acerca de lo que veo al salir de la tienda porque mi pensamiento funciona con lentitud, tiendo a dispersarme, y entonces me impongo concentrarme en desarrollar la tarea que me he establecido. Eso hace que pierda mi capacidad de observación.

He colocado la tienda sobre un terreno rocoso, en el mismo borde de una zona de nieve que deriva hacia la pared sur. El sitio es relativamente plano, aunque tuve que tallar un poco el suelo para hacer una plataforma más o menos lisa. Aun así, las piedras se me clavan en la espalda cuando estoy acostado.

Lo que veo al salir de la tienda es el suelo de pedruscos grisáceos, un suelo de color sucio y opaco, sin mayores atractivos. Cerca se halla la cruz, tirada entre las rocas. Alguna vez estuvo encima de una base de obra (supongo que habrá sido así), pero ahora no es más que una cruz de metal de bordes redondeados, carcomida por el óxido, que sólo sirve para que los que llegan a la cumbre se fotografíen con ella. Desde la cumbre, habitualmente lo único que se ve es un paisaje de nubes, formas increíbles, bellas y puras. En un día despejado tendría que verse el mar.

No hay mucha nieve por aquí, a causa del viento. Cuando nieva es muy habitual que al día siguiente surja una tormenta de viento, que limpia de nieve algunas zonas para acumularla en otras, aprisionándola de tal manera que la convierte en placas duras como el hielo, con su típica forma de oleaje.

Hoy me he tomado los primeros datos médicos e hice las anotaciones correspondientes. Me invade una sensación general de malestar. Me obligo a comer, pero ingiero muy poco porque el apetito es nulo, y además siento náuseas; también tengo diarreas y vómitos biliosos. Si me dejara llevar no comería nada... ¡ni tampoco me movería! La sensación que prevalece es la de una pereza absoluta. Estaría todo el día adormilado en el saco, sin hacer nada. La cabeza no me funciona bien (Bel diría que eso también me sucede en la ciudad habitualmente...); me siento como borracho, sin posibilidad de concentrarme...

Esta tarde tuve un impulso y le escribí unas líneas a la montaña:

Aconcagua:

Me lo estás poniendo difícil, y eso que sé que hasta ahora no has utilizado todas tus armas. Espero que comprendas que no deseo hacerte daño alguno, ni quitarte la fama de «duro» que tienes. Espero que comprendas también que para mí esto era fundamental.

Sé que me pondrás nuevos obstáculos y no me quejo, puesto que si no fuera así lo que hago no tendría gracia. Ahora me doy cuenta de que es posible que te haya subestimado. Lo reconozco, y pido perdón por ello. Pero si juegas limpio, prometo hacerlo yo también. Para mí puede ser un trato interesante: tú me pones barreras que yo intento superar, superándome a mí mismo. No quiero luchar contra ti sino contra mí mismo. Espero que aceptes el trato...

Salí de la tienda y dejé que la hoja fuera llevada por el viento, confiando en que la hiciera llegar al destinatario. Después me pregunté si

el Aconcagua sabría leer.

21 de diciembre

Día 8 en la cumbre del Aconcagua. He comido un poco del arroz instantáneo que les sobró a los japoneses, y me ha sentado bien. Es una pena no tener abundante cantidad, porque a esta altitud no se puede preparar arroz corriente, ya que el agua hierve a mucha menor temperatura y tardaría siglos en cocerse. Obviamente, algo similar sucede con los espaguetis, y la pasta en general.



Cada mañana y cada tarde debo anotar mis datos médicos en unas gráficas, pese a la tremenda pereza que me produce..

También he bebido un vaso de un concentrado de proteínas, vitaminas y minerales. Hasta ahora todo va bien; si mi organismo lo aprovecha será un buen síntoma.

Hoy ha sido un día bastante majo. La sensación térmica descendió a 27 grados bajo cero y se calmó el viento. Escribo en unos folios que en realidad son los formularios que me dieron en la oficina de correos de Puente del Inca. Una cara está impresa, y la otra en blanco. Desde hoy utilizaré también los espacios libres de la cara impresa, porque temo que se me acabe el papel antes de descender de la montaña.

Me siento débil y cansado, pero mi ánimo se ha remontado bastante; estoy más relajado, y la tentación de abandonarlo todo y regresar a la civilización es menos intensa que en los días anteriores. Me he pasado el día dormitando, leyendo *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde, y escuchando las emisoras de radio en frecuencia modulada de Santiago, que aquí se oyen mejor que en la misma ciudad. La música es mi compañera durante todo el día.

22 de diciembre

Día 9 en la cumbre del Aconcagua. Acabo de leer lo que escribí ayer y siento como si hablara de otro mundo y de un tiempo muy lejano. ¿Cómo podía sentirme tan bien? Hoy estoy fatal. Alicaído, dolorido, agotado... Mi cuerpo no responde a los estímulos de mi cerebro. No tengo ni hambre ni sed, y me cuesta un sacrificio obligarme a beber agua pura, café con leche o un vaso de refresco. Me he preparado una sopa y no he podido tomarla. Eso me preocupa. Tenía un plan de alimentación diaria con una nutrición compensada en gramos y contenidos, pero no lo estoy siguiendo en absoluto. No como nada, y si lo hago es como un niño, cogiendo las cosas más ricas y las más dulces. Mañana debería bajar al depósito de material a buscar comida, pero ¿con qué fuerzas, si ni siquiera tengo energía suficiente para salir de la tienda? Me siento como un muerto viviente encerrado en su sarcófago con forma de tienda. ¡Debo hacerlo! Me dormiré mentalizándome con que se trata sólo de una cuestión de voluntad.

23 de diciembre

Día 10 en la cumbre del Aconcagua. Ya ha pasado la mañana y aún no he salido de la tienda. Acabo de prepararme comida, pero casi no he podido probarla. No sé si tiene sentido que descienda al depósito de material, porque el día está muy nublado y, aunque el viento no es muy fuerte, si comienza a nevar lo tendré muy difícil. La sensación térmica es de 47 grados bajo cero. ¿0 acaso estoy buscando excusas?



La vida dentro de la pequeña tienda. Todo el día metido en los sacos de dormir a causa de la congelación de los pies.

¡Lo hice, lo hice! No voy a anotar que estoy orgulloso de mí mismo, pero sí me alegro de no haber cedido a la pereza y la autoconmiseración. Salí por la tarde a pesar de sentirme muy cansado, y regresé al anochecer con muchísimo frío. Todo fue más lento de lo previsto, porque cualquier movimiento, por mínimo que fuese, me costaba un verdadero esfuerzo de la voluntad. Llegué tan helado a la tienda que aunque ya era hora de la comunicación tuve que meterme en el saco de dormir y hacerme friegas por todo el cuerpo hasta sentir que la sangre volvía a circular. Me horroriza pensar que tendré que repetir esta experiencia y que tal vez las condiciones de mi organismo no sean mejores entonces. Ascender por la Canaleta ha resultado un verdadero calvario, al no tener fuerzas suficientes para afirmarme en el suelo con tanto peso a mis espaldas.

Estoy preocupado por el aspecto de las congelaciones. Los dedos de mis pies están totalmente duros, como si fueran de mármol, y van a peor, lo que me hace sospechar que ya han pasado a un segundo grado. Si no mejoran me veré obligado a bajar, y será el fin de la prueba. En

general, los montañeros tenemos bastante experiencia en este tema. Quiero decir que nos resulta sencillo diagnosticar el proceso: cuando se va produciendo la congelación -hablo por mi experiencia personal- no se siente dolor realmente, es sólo una sensación de adormecimiento de la zona afectada, dificultad de mover el miembro congelado e insensibilidad. Es como si esa parte de ti hubiera dejado de pertenecer a tu cuerpo. Habitualmente comienza por las puntas (pies, dedos, nariz) y se va extendiendo; la sangre deja de circular y la zona se ve blanca e hinchada. De esta primera fase deriva a un rojo fuerte, luego a morado y finalmente a un tono negruzco, irreversible. A esto se le llama «tercer grado» y, desde luego, exige amputación.

Habitualmente, después de la congelación y del proceso de reacción para volver a la normalidad, comienza una lenta recuperación, como en el caso de las quemaduras.

Ahora estoy en una etapa de dolor soportable, que a veces se agrava y no me deja dormir. Pero no es angustiante. Por la experiencia que poseo, lo que sí resulta verdaderamente doloroso es el momento de la reacción, cuando el miembro comienza a vivir otra vez. Al someterlo a una fuente de calor (una hoguera, el cuerpo de un compañero, un baño de agua caliente), el dolor es sencillamente horroroso, intensificándose en función de la gravedad de la patología y la brusquedad con que se intenta «volver a la vida» la zona afectada. No es como un dolor de muelas, que es sostenido y te atonta la mente, sino como una quemadura por fuego, un dolor atroz, intolerable, que te da ganas de aullar.

Hoy, en la comunicación, me explicaron desde Santiago que hay una expedición chilena que intentará subir, y me pidieron que les describiera el ascenso a partir de los 6.400 metros. Les he explicado que primero encontrarán el collado del viento, y que allí se inicia la larga travesía horizontal hacia la Canaleta. En ella el viento pega siempre desde el lado derecho, ya que viene desde abajo. Luego hallarán un peñón pequeño muy característico, que constituye un buen lugar para descansar un poco, porque está protegido del viento. Siguiendo la marcha, tendrán que atravesar una zona de nieve dura, y allí se inicia

la subida fuerte. Antes de entrar en la Canaleta propiamente dicha se halla una cruz metálica en recuerdo de uno de los tantos muertos del Aconcagua. Les he explicado que el problema serio que presenta la Canaleta es que se trata de un pedregal en el que las piedras están sueltas y todo se mueve.

También les he pedido que adviertan a los montañeros que, en general, es muy cansador, porque a veces retrocedes más de lo que avanzas, y eso te bombardea la moral, sobre todo porque descubres que te lleva horas adelantar unos pocos metros. Muchas veces supones que podrás subir porque has encontrado una piedra que parece firme para apoyarte y cuando depositas en ella todo tu peso, la piedra se desmorona, y tú con ella. Sugerí ayudarse con piolets o bastones telescópicos. En la Canaleta es posible dirigirse hacia el collado que separa las dos cumbres de la montaña o directamente hacia la cumbre, que es lo yo hago habitualmente.

Mientras mantenía la comunicación no dejaba de pensar en excelente resultado que estoy obteniendo de la placa solar, que he instalado con cuerdas y piedras fuera de la tienda. Lo único que debo hacer por ella es quitarle la nieve cada día. Está conectada a una batería de moto que me prepararon Marcelo y su equipo, envolviéndola en madera y corcho blanco para evitar que se hiele. De esta batería, que está fuera de la tienda, cargándose continuamente, sale el cable al que conecto la radio. Las baterías pequeñas de la radio no las uso, porque se gastan en un par de minutos a causa del frío.

Los chicos de Santiago me recordaron que mañana es Nochebuena y planearon que lo festejemos juntos, de alguna manera. También me pidieron que me porte bien y que no salga de juerga esta noche. Creo que si la mejor discoteca del mundo estuviera instalada en la cima del Aconcagua, esta noche estoy tan cansado que no podría ir a conocerla.

24 de diciembre

Día 11 en la cumbre del Aconcagua. Los antivomitivos están resultando algo más eficaces. Mi apetito no ha mejorado mucho, pero

por lo menos hoy he podido alimentarme de un modo mínimamente regular. Estaba mirando las bellas nubes rojas del atardecer desde el hueco de la puerta de mi tienda cuando he sentido el impulso de tomar el diario. Deseo anotar aquí que cuando el cielo se despeja puedo ver las cumbres del Tupungato, del Tupungatito y de muchos otros picos. Visto desde aquí, el planeta es solamente un desmesurado relieve topográfico. Pero es muy, muy bonito. También me gustaría describir lo que se siente al ver la otra cara de las nubes, cuando las ves flotar debajo de ti, cuando empiezan a inundarse de sombras rosadas que se van haciendo más y más oscuras hasta adquirir tonos lilas y morados. Otras veces son de color naranja y parece como si se hubiera desatado un gran incendio en el cielo. Lamento no ser escritor, porque me gustaría poder describir todo esto con las palabras exactas.

Aquí en América la Nochebuena es muy importante. La gente se reúne para cenar y celebrarlo. Posiblemente en muchas ciudades del mundo la gente que se quiere se reúna, se busque y sea feliz. Mejor me digo a mí mismo: «¡Feliz Nochebuena! ». Seguiré escribiendo mañana.

25 de diciembre

Día 12 en la cumbre del Aconcagua. Sensación térmica: 35 grados bajo cero. He repetido varias veces esta expresión, y creo que debo explicarla. En montaña es más adecuado hablar de sensación térmica que de temperatura a secas. Se trata de un cálculo moderno, que vincula la temperatura con otros factores, como el viento, para dar la sensación real que percibe nuestro organismo. Cada día consulto las tablas a fin de obtener la sensación térmica. Hoy el viento ha amainado un poco, y se ha lucido el sol, aunque mi altímetro marcaba baja presión (también cumple funciones de barómetro).

Esta noche me ha resultado demasiado larga, tal vez por la clara conciencia de mi soledad y también por la incomodidad de las condiciones en que debo dormir. Las piedras del suelo traspasan la delgada colchoneta de gomaespuma sobre la que he instalado mi saco de dor-



Nieve y bajas temperaturas, dos elementos que aumentan la dificultad de la escalada a gran altitud.

mir y se me clavan en la espalda. Si tuviera fuerzas para salir, levantar la tienda y quitar esos guijarros... Sólo enunciar la tarea ya me fatiga... No podré hacerlo, no tengo fuerzas suficientes. De todas maneras, éste es un campamento provisional, tan pronto me encuentre un poco mejor iniciaré la excavación de la cueva en el hielo.

En total duermo con cinco sacos superpuestos. El último es la funda del vivac. Pese a ello paso frío, sobre todo al amanecer, que es el peor momento, hasta que sale el sol. Duermo totalmente vestido, e incluso con el anorak. No quiero calcular el tiempo que hace que mi cuerpo no recibe un buen baño de agua caliente.

En el amanecer, harto de dar vueltas y vueltas sin dormirme, me acerqué a la puerta. Valía la pena. La puerta mira hacia el norte, de modo que lo primero que veo es la cruz, semicaída. A mi izquierda, por donde queda el Pacífico, aún es de noche. A la derecha ya no hay oscuridad ni estrellas, sino un cielo claro, con destellos celestes y anaranjados.

He vuelto a dormirme en posición fetal, que es la que me proporciona más calor, pero me han despertado unas gotas que me caían sobre la cara. ¡Qué lata! Debido al calor del sol, la escarcha del interior de la tienda se derrite y, desde luego, encuentra que mi cara es el lugar más apto para descender.

Hoy debo anotar como una especie de milagro que no me ha dolido la cabeza y que he podido desayunar con normalidad.

Por la tarde comienza a nevar. Lamento que no haya un pino cerca, como las imágenes navideñas de la infancia. A través de la radio he podido oír villancicos. Me estoy diciendo a mí mismo: «¡Feliz Navidad!», y evito la tristeza recordando que alguien, allá abajo, acaso piense en mí.

26 de diciembre

Día 13 en la cumbre del Aconcagua. Hoy ha hecho buen tiempo. Bueno, ha nevado por la tarde, pero ni hubo viento fuerte ni la temperatura fue demasiado baja. La coincidencia de los factores ha hecho posible una pequeña proeza personal:

¡He dado un paseo fuera de la tienda!

Pensé que tanta inmovilidad terminaría por perjudicarme y que ya era hora de buscar el mejor lugar para tallar la cueva en el hielo. Salí con gafas de sol, y con la cara y los labios cubiertos por crema bloqueadora del sol (factor 19, creo que es la protección más alta que existe). Al ponerme de pie me sentía tan mareado que tuve que tomarme de la tienda. Pero el día era precioso e invitaba a moverse, a mirar el paisaje desde perspectivas diferentes. Hacia el oeste, la niebla impedía ver el Pacífico, aunque sólo está a 100 kilómetros de distancia. Hacia el suroeste y el sur se veían las montañas de la cordillera central de los Andes: el Nevado Juncal en primer plano, con su impresionante glaciar, el cerro Plomo, al que subí hace muchos años, el Altar, el Paloma... Detrás estaba Santiago, aunque no resultaba visible, y luego el Tupungato, el Marmolejo...

Avancé lentamente hacia la pared sur y me quedé pasmado al asomarme. ¡Tres mil metros de caída vertical! Después me encaminé hacia el glaciar de los Polacos, que recibe su nombre de una expedición polaca que fue la primera en ascender por esta vertiente en 1934. En la pendiente inclinada de hielo que separa la arista del glaciar de una zona rocosa que se halla más abajo, hallé el sitio ideal para hacer mi cueva. Pensé que tal vez podría construir un iglú, como los esquimales. También descubrí un par de lugares mejores para instalar la tienda, con mejor protección contra el viento. Descendí un poco más por el lado izquierdo y di inesperadamente con un precipicio que va hacia el glaciar de los Polacos. Desde allí la vista era insuperable. Para regresar tuve que hacerlo lentamente, dando pasos muy cortos. Me alegré al volver a entrar en la tienda. Ahora estoy escribiendo dentro del saco de dormir, con las manos enguantadas. La cumbre está completamente cubierta por nubes, y yo voy a dormir dentro de una nube. La idea invita al sueño....

27 de diciembre

Día 14 en la cumbre del Aconcagua. Nieva, nieva, y luego la temperatura desciende. Hoy ha sido un día atrozmente frío, casi no he podido moverme. La sensación térmica ha llegado a 50 grados bajo cero, con vientos a 60 km/hora. El barómetro va descendiendo, lo que anuncia mal tiempo. ¿Tendré resistencia física suficiente si me veo enfrentado a una situación límite en estas condiciones?

Me da corte anotar aquí algo, pero he de hacerlo porque tal vez pueda tener algún valor: llevo cierto tiempo sin realizar actividad sexual alguna. Desde luego, en una experiencia de supervivencia como ésta tienes la energía concentrada en muchos otros aspectos, pero no te olvidas del todo de ciertas cosas. Por ejemplo, si las manos te duelen de frío, lo primero que haces es frotarlas entre sí, echarles el aliento, cubirlas, pero terminas colocándolas en la entrepierna, que siempre es la parte más caliente del cuerpo. La proximidad te recuerda que perteneces al género humano, y surge la fantasía de proporcionarte un poco de placer en medio de tantas experiencias tan poco placen-

teras. Generalmente he desechado la idea porque me ha parecido una chiquillada, pero hoy me dije a mí mismo que si lo deseaba no había razón para no hacerlo. Lo intenté, para pasar el rato o por una especie de morbosa curiosidad. Comencé a enrollarme con historias eróticas y... ¡nada! No sé si es que no puedo concentrarme lo suficiente, si es por la falta de estímulos o si se trata de debilidad física. ¿Me habré vuelto impotente?

28 de diciembre

Día 15 en la cumbre del Aconcagua. Hoy, en la comunicación con Santiago, me dijeron que en la voz se me nota cuando estoy más o menos animado. Yo pensaba, entretanto, que nuestro cuerpo ha sido hecho para vivir en los valles y no en las altas cimas. Me sentía enfermo y malhumorado. Flavio y Marcelo se esforzaron por alegrarme. Lamenté que no hubieran avisado a Maribel.

Un periódico de Santiago se había enterado de mi intento y había enviado a un periodista para que consiguiera información. Marcelo quiso saber si había hecho la cueva en el hielo, y comentó que mi actitud era imprudente. Sé que tiene razón, pero sé también que no dispongo de fuerza anímica para intentarlo. En la comunicación pedí que solicitaran datos ajustados al Servicio Meteorológico Nacional respecto de esta zona, para estar prevenido contra el riesgo de tormentas. Prometieron hacerlo. Comentaron que en Santiago hacía un calor intolerable. Mientras los escuchaba, me castañeteaban los dientes.

Lo cierto es que hoy me he despertado de mal humor, invadido por el desánimo y las críticas a mí mismo. Me culpo de todas las dificultades imprevistas, me responsabilizo de todo lo que sale mal. ¿No llevé a cabo una adecuada aclimatación? ¿Sobrevaloré mis fuerzas? ¿Subestimé la realidad? ¿No me preparé como era necesario?.... Me he pasado el día haciéndome preguntas negativas.

Afortunadamente, por la tarde sucedió algo que me apartó de mi marasmo depresivo: estaba dentro de la tienda y oí ruidos. Me asomé y vi a dos hombres que llegaban a la cumbre. Uno de ellos era bastante

mayor y tenía una mano prácticamente congelada. Llevaba sólo unas manoplas de lana. Tenía las cinco puntas de los dedos totalmente negras y una gran ampolla en cada una de ellas. Pensé que aquello era irrecuperable y se lo dije en inglés, pero resultó que eran alemanes. Lo repetí en su idioma, pero ni se enteró. Me miró con cara de asombro y me preguntó qué estaba haciendo en la cumbre. Después miró a su compañero y le preguntó qué estaban haciendo ellos allí. Lo hicimos entrar a la tienda para calentarlo un poco. Su aspecto era inquietante. Entró como atontado, se sentó encima de mi comida sin enterarse de nada y allí se quedó, con la mirada perdida. Le di a beber té caliente con mucho azúcar y un par de aspirinas, pero no pude hacer reaccionar su mano helada. A cambio de la hospitalidad recibida me dieron chokolatinas y frutos secos, que me gustaron mucho. Les llené un termo con té caliente y cuando el viejo se sintió mejor emprendieron el descenso. Ha sido bueno refrescar mi alemán y recordar que en este planeta también hay otros seres humanos.

Es medianoche y vuelvo a tomar el papel y la lapicera, porque ha sucedido algo insólito. Después de hacer las anotaciones anteriores me preparé la cena y me dispuse a dormir, cuando de pronto recibí una llamada que intentaré transcribir:

-Aquí LU5MBC, Mike-Bravo-Charlie, desde San Martín, República Argentina. Aquí L U5MBC, a ver si alguien me copia.... a ver si alguien me copia...

-Aquí CE3HIC, Hotel-India-Charlie, desde la cumbre del Aconcagua. ¿Con quién hablo?

Del otro lado sonó una expresión de júbilo. Yo pensé que se trataba de una broma del día de los Inocentes.

-¡Al fin logro enlazar con vos, ché! ¡No sabés la cantidad de veces que lo he intentado!

¿Broma o realidad? ¿Sería un amigo de Marcelo o de Flavio, un modo de alegrarme la soledad con una gracia?

-Pues aquí me tienes. ¿Quién eres?

-Me llamo David, y soy un radioaficionado argentino. No sabía en qué frecuencia te comunicabas, así que te he encontrado por casualidad.

-Me alegro de conocerte, pero lo que no entiendo es cómo sabías que yo estaba aquí..

-Salió una pequeña nota sobre vos en el diario de Mendoza, que está a cuarenta kilómetros de aquí, y decía que eras español, decía tu nombre y decía también que mantenías comunicación por radio. Me imagino que estarás al habla con Santiago de Chile. ¿Cuánto hace que estás ahí arriba?

-Dos semanas, y quiero intentar aguantar unos dos meses, pero no sé si lo conseguiré, porque la altura me está afectando mucho. Oye, ¿conoces a Marcelo y a Flavio? Cambio.

Presentía que no se trataba de una broma sino de un inesperado juego del destino, dispuesto a recordarme la cordialidad humana. Pero quería estar seguro.

-¿A quién? No, no los conozco. Oíme, ¿por qué estás haciendo eso? ¿Qué es lo que querés demostrar? Hablé con unos andinistas amigos y me dijeron que lo que estás haciendo es una locura, un suicidio. Una vez, unos andinistas argentinos aguantaron tres días allá arriba y después se tuvieron que bajar. Esto confirma la fama que aquí tienen los gallegos, que son unos porfiados y unos cabezas duras.

-No soy gallego, sino aragonés. Por cierto, los aragoneses tenemos fama de ser los más cabezotas de toda España.

-¿No me entendiste, ché! Nosotros llamamos «gallegos» a todos los españoles... Bueno, no te quiero molestar más. ¿Puedo hacer algo por vos?

-David.. ¿Conoces a Rudy Parra, el andinista mendocino?

-¿No es ese que tiene una agencia para llevar expediciones a la cordillera?

-Exactamente. ¿Podrías llamarlo por teléfono de mi parte y decirle que todo va bien por ahora? Gracias desde ya y gracias por interesarte por mí. Llámame cuando quieras.

-Chao, gallego, hasta la próxima. LUSMB C para CE3-HIC, cierra comunicado.

29 de diciembre

Día 16 en la cumbre del Aconcagua. El barómetro sigue bajando. El día ha sido muy feo, con una sensación térmica de ¡55 grados bajo cero! Desde que me desperté ha soplado un viento frío y punzante, como el filo de una cuchilla. Resulta bastante angustioso estar en la cima de una montaña de 7.000 metros, solo, sin ver el sol, con un cielo gris plomizo sobre tu cabeza, que pareciera anunciar todas las desventuras del infierno.

Una vez más me he impuesto cumplir con la dieta prevista y una vez más he fracasado. Eso significa que cada día preparo más comida de la que mi cuerpo acepta. He pensado que me montaré mi propia juerga para fin de año. Bajaré al depósito de material a buscar algunas cosas que me faltan y a traer comida rica.

No podré escribir mucho más. Estoy tiritando dentro de mi saco de dormir, no puedo entrar en calor. El viento, a 80 kilómetros por hora, zarandea la tienda. De mi boca sale un denso vaho que se congela en el bigote. Ahora quiero dormir, olvidarme un rato de dónde estoy, evadirme de la realidad...

Llevo media hora sin poder dormir a causa de los temblores. Sólo quiero anotar algo que acabo de descubrir: en este momento la sensación térmica es de 63 grados bajo cero. Incluso una vez escrito me resulta increíble. Es el *record* de baja temperatura en las dos semanas que llevo aquí.

30 de diciembre

Día 17 en la cumbre del Aconcagua. Continúa el mal tiempo (sensación térmica: 52 grados bajo cero) y mi incapacidad para luchar contra el desánimo que me invade. Me he pasado el día tumbado, envuelto en el saco de dormir. Me impongo la obligación de hacer algo y acto seguido me hundo en una especie de inconsciencia. A ratos me quedo dormido y sueño o me imagino que hago lo que me he propuesto, y al recuperar la lucidez advierto que no lo he hecho. Estoy asustado. Debo moverme, lo necesito. Mañana bajaré hasta el Berlín. Necesito traer bastantes cosas del depósito de material.

31 de diciembre

Día 18 en la cumbre del Aconcagua. Me desperté lleno de esperanzas y expectativas y aguardé hasta que saliera el sol para moverme. Me obligué a tomar un sustancioso desayuno y salí al exterior. Hacía un día precioso, y el viento había amainado. Tomé la mochila, el piolet y la máquina de fotografiar y decidí que ya era hora de obtener testimonios de estas vacaciones a 7.000 metros de altura. Utilizando el piolet como trípode, puse el disparador automático y... ¡a correr! ¡Rápido,

ponte en pose y sonríe! ¡Quítate las gafas! ... Clic, immortalizado para la posteridad.

Cuando inicié el descenso hacia la Canaleta, una ráfaga de viento me hizo trastabillar, obligándome a retroceder para afirmarme. Fue como una estremecedora advertencia. Sin embargo, disfruté bastante de las dos horas y media que me costó llegar hasta el campamento Berlín. No sé si era un hecho real o una impresión subjetiva, pero me pareció que respiraba mejor a 6.000 metros. Entrar a un refugio de madera, sentirse protegido y seguro, poder quitarse las botas para calentarse los pies entumecidos... eran placeres que ya había olvidado.

La sensación fue tan gratificante que recuperé el apetito y me monté una modesta orgía gastronómica mientras seleccionaba lo que debía transportar hasta la cumbre. Después, como advertí que el cielo comenzaba a cubrirse, emprendí viaje hacia el depósito de material. A poco de llegar allí comenzó a nevar, de modo que en el ascenso hasta la tienda fue preciso avanzar despacio, sin grandes zancadas, protegiéndome la cara con una mano enguantada y maldiciendo el enorme peso que colgaba de mi espalda. El frío era tan intenso que decidí hacer «el molino» para que mis manos reaccionaran. Este excelente método, mover los brazos en el aire como si fuesen las aspas de un molino de viento, se lo enseñó a mis alumnos de esquí, pues si SC lleva a cabo con suficiente vigor la sangre se lanza hacia las manos por la fuerza centrífuga y éstas entran en calor. Desgraciadamente, no se puede aplicar a los pies; con ellos puedes hacer pocas cosas para evitar que se agraven los síntomas de congelación: intentar mover los dedos en el interior de la bota a cada paso, presionar lo más posible al apoyar en el suelo... y poco más.

Finalmente pude llegar a la Canaleta. El frío se iba haciendo cada vez más intenso, y en un momento dado advertí que la nariz también se estaba endureciendo. Comencé a soplar hacia arriba con la esperanza de que se calentara. El pasamontañas se había humedecido y helado, y me rozaba la piel con aspereza. Puesto que el sol ya se había ocultado, me quité las gafas y al mirarme en ellas descubrí que toda mi cara es-

taba blanca debido a los cristalitos de hielo que se habían depositado sobre ella. Cada vez me costaba más despegar las pestañas nevadas.

¡Arriba! ¡No puedes detenerte! ¡Si no avanzas te pillaré la medianoche en la Canaleta!

Nunca he sentido el frío de una manera tan profunda como hoy. Un dolor persistente se ha incrustado en la parte central del pecho, como si el esternón se estuviera congelando. Me produce una horrible sensación a cada movimiento de la respiración.

Bien, he llegado. Casi he corrido hasta la tienda para abrir la puerta y sumergirme en su interior. Ahora, mientras escribo, me siento bastante mejor. Acaba de pasar la medianoche. ¡Bienvenido, año nuevo! Mi orgullo y yo te saludamos. Mi orgullo está conmigo. A pesar de todo, aún no he desistido.

Segundo intermedio

Me gustaría agregar algo respecto de las condiciones de vida en la cumbre, porque pienso que la descripción del escenario puede ayudar a crear un «clima» y a comprender mejor una experiencia de este tipo.

Hablemos un poco de la tienda. Tiene dos capas (como si fuera una tienda dentro de otra); la exterior es azul, la interior blanca, y los faldones exteriores que la rodean son anaranjados. Está fabricada en un nylon especial que permite la salida de la humedad al exterior, pero que a la vez impide la entrada de la humedad y la nieve. Es muy resistente a los desgarros.

Además de la puerta, posee dos pequeños orificios que pueden abrirse y cerrarse a voluntad con unas cuerdecitas. Las dos capas de la tienda se unen mediante lazos que recorren las dos costuras principales, que unen las cuatro esquinas y a la vez están unidas a las varillas. Estas varillas exteriores se cruzan en el techo por la parte de afuera de la tienda. Han sido fabricadas con un aluminio ligero y superresistente. Están compuestas por segmentos (para facilitar su traslado) de medio metro de extensión cada uno, que se unen entre sí por medio de una goma elástica interior. Las varillas se unen a la lona exterior por medio de otra goma elástica de fácil colocación (bueno, fácil sin viento fuerte y sin guantes...).

En el interior de la pequeña tienda es posible estar sentado sin tocar el techo con la cabeza, aunque resulta incómodo no contar con una superficie sólida en la cual puedas apoyar la espalda. El suelo está cubierto, pero la lona es delgada y no impide la molestia que provocan las grandes piedras del suelo. Aunque la zona de la instalación sea tallada previamente, excavando para tratar de crear una superficie lo más lisa posible este alisamiento es más teórico que real, y las piedras aguzadas del suelo se clavan en el cuerpo a pesar de las colchonetas y sacos de dormir. Por lo demás, el suelo casi siempre está inclinado,

no se trata de una superficie nivelada.... y dormir inclinado no es una experiencia muy agradable. Buscando un poco más de comodidad, me hice una almohada con una de las fundas de los sacos de dormir, metiéndole cosas blandas de relleno, como los calcetines de recambio, las manoplas exteriores y otras cosas. Esta almohada resulta útil para apoyar la espalda en caso de encontrarse reclinado. A fin de poder hallar un apoyo estando sentado, tuve la idea de utilizar la mochila con las botas dentro. El recurso sirve siempre que uno no apoye la espalda con todo su peso.

De todas formas, lo de estar sentado es bastante relativo porque la cabeza roza la lona, y la lona está helada a causa de la nieve. En el único lugar donde la cabeza no toca el techo es en el centro de la tienda, que es la parte más alta. Por todo ello, la posición más cómoda en el interior de la misma es acostado. El frío constante contribuye bastante a ello.

Allí, en la tienda, mientras permaneces tendido horas y horas mirando al techo, es fácil añorar el silencio. Se podría suponer que, en el aislamiento absoluto de la cumbre, el silencio asienta su reino, pero no es así. No hay sonidos humanos ni de animales, pero el viento es una presencia constante que susurra o gime sin cesar. El sonido del viento y de las cosas que el viento mueve se va convirtiendo en algo tan familiar que en poco tiempo se aprende a comprender ese lenguaje de sonidos. A veces, ese ruido puede resultar atroz, como en el caso de las tormentas, cuando la tienda se tambalea, a punto de romperse, las cuerdas rotas golpean como látigos, y el Viento Blanco lanza por el aire miles de piedras como pequeños proyectiles.

Puesto que el espacio es escaso, los elementos numerosos y las tareas a desarrollar bastante frecuentes, en el interior de la tienda todo adquiere una gran complejidad, hasta los gestos simples. La dificultad a la hora de preparar la comida resulta agotadora, y con frecuencia ésta se derrama o se cae. Los pequeños imprevistos cotidianos se convierten en tragedias. Por ejemplo, en ese universo de constantes temperaturas bajo cero, es muy fácil resfriarse. La mucosidad habitual suele ir acompañada de pequeñas hemorragias. Si se acaban los pañuelos de

papel o el papel higiénico, además de hacer problemático el proceso de evacuación de las necesidades fisiológicas, sonarse la nariz dolorida por la irritación y por el proceso de congelación deviene un problema grave. Si el hielo entra en la tienda, resulta habitual que las bombonas de gas se peguen a él y no puedan ser movidas de lugar. Una de las veces que ocurrió tomé el piolet y comencé a cavar a su alrededor para despegarlas. Mis frías y torpes manos no lo hicieron con la habilidad suficiente y le di sin querer a la bombona, agujereándola. Salió el gas a presión e inundó el interior de la tienda, con un olor horrible que permaneció durante un par de días.

En condiciones tan precarias, los imprevistos, aun los más tontos, suelen derivar en catástrofes. Por ejemplo, para combatir el frío que insensibiliza los pies se utilizan botellas de agua caliente. Una noche la botella que tenía dentro de los sacos se destapó accidentalmente y el agua se vertió sobre mis pies, mientras yo dormía. No me desperté ni me di cuenta hasta la mañana siguiente, cuando noté los pies helados y los calcetines completamente duros. Desde luego, lograr que el interior de los sacos vuelva a secarse puede llevar un par de días.

Después está el problema de los sobrantes. En esta sociedad civilizada en que vivimos, los seres humanos somos unos productores constantes de desechos, excrementos y basuras. Los excrementos pueden cubrirse con piedras, pero el problema de la basura es más complejo. Una de las veces se me ocurrió que la solución podía ser quemarla. Intenté hacer una pequeña hoguera, pero la idea no funcionó, porque como no hay suficiente oxígeno, ni siquiera el papel arde. La única solución es enterrarla.

Volvamos a la tienda. La luz penetra en ella de manera atenuada y, a causa del color de la lona exterior, produce una claridad azulada que queda reflejada en las fotografías que se toman en el interior de la misma. Debido a que la capa de atmósfera que protege de los rayos solares es menor, a que la nieve actúa como espejo reflectante, y también a la pureza y sequedad del aire, a 7.000 metros la luminosidad es mucho mayor que al nivel del mar. Desde luego, la luminosidad te despierta. Te cuesta un gran esfuerzo volver a dormirte si eso ocurre al amanecer,

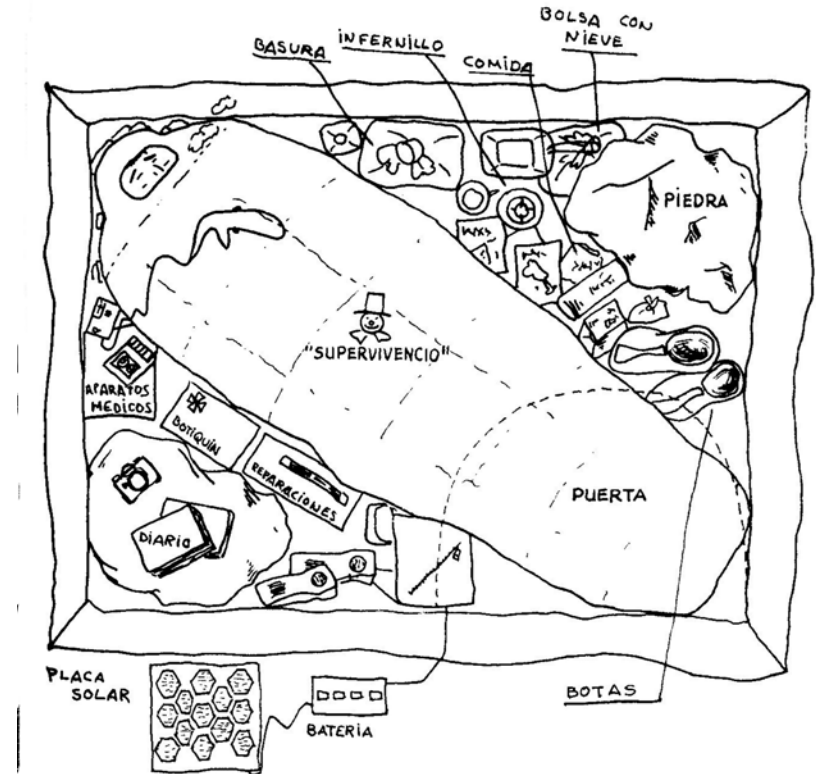
ya que se trata del momento más frío del día. Por el contrario, cuando llega la mañana el interior de la tienda se caldea, y eso la convierte en un lugar muy agradable para dormir, si la claridad no te lo impide. Durante el resto del día, únicamente se dispone de la calefacción que proporciona el propio cuerpo.

A 7.000 metros, salvo las necesidades fisiológicas (que, lógicamente, obligan a salir al exterior), el resto de la actividad se desarrolla casi por completo dentro de la tienda y, como ya he dicho, en condiciones que distan bastante de ser las adecuadas. Todo resulta complicado y fatigoso. El espacio es mínimo: la tienda posee forma rectangular, y la puerta se halla en uno de sus lados más largos, cerca del ángulo que coincide con un extremo de la colchoneta. Cuando me acuesto, mis pies ocupan

se ángulo, y mi cabeza el opuesto, pues mi cuerpo sólo cabe en toda su longitud tendido en diagonal. En cada uno de los dos ángulos restantes hay una gran piedra que he colocado para hacer la tienda más pesada y evitar que el Viento Blanco se la lleve.

Si estoy acostado, mirando al techo, a mi izquierda tengo la bolsa de basura, los cacharros de cocina y el infiernillo. Un poco más lejos, a la altura de los muslos y ya cerca de una de las grandes piedras de sujeción, se hallan las bolsas de comida, la bolsa de nieve y las botas. En el lado derecho, junto a la almohada, se hallan la radio y el magnetofón. A su lado está la caja de los aparatos médicos y el botiquín, en lo que llamo «esquina de los trastos», y que está ocupada por la otra gran piedra. Allí también se encuentra mi caja de reparaciones, en la que hay unas tijeras plegables, diversos tipos de pegamento, alambre, cuerdecitas, un destornillador plano y otro con punta de estrella, botones, imperdibles, distintos tipos de agujas, e hilo fuerte, blanco y negro. Algo más lejos de mí, cerca de la puerta, se hallan mis libros y los numerosos papeles que se van acumulando y que conforman este diario.

En el exterior, junto a la puerta, hay una bolsa de nieve y el cable que conecta la batería con la placa solar. Afuera también quedan el piolet, la mochila, el bote de comida y algunas cosas más.



Esquema del interior de la tienda visto desde arriba.

Esta acumulación de elementos en un espacio exiguo dificulta todavía más la realización de las tareas simples. Encender el fuego o preparar el desayuno se convierten en obligaciones que requieren un gasto de energía mucho mayor que en la vida cotidiana en la ciudad. Por ejemplo, preparo el desayuno con uno de esos hornillos azules con cartuchos de recambio, de camping gas. Antes de encenderlo debo colocarlo dentro de los sacos, entre mis piernas, y aguardar un largo rato para que tome un poco de calor. Aun así, cuando intento ponerlo en marcha le cuesta mucho y produce una llama pobre. Entretanto,

con el mechero voy quemando los lados de la bombona para que su descongele.

Mi ajuar de cocina está compuesto por una marmita y un vasito de aluminio. Ah, también tengo una cuchara. Como ya he explicado, dentro de la tienda tengo una bolsa de plástico con nieve. Para preparar el desayuno debo llenar el vasito con nieve y esperar a que el calor de la llama lo convierta en agua y ésta se empiece a calentar. El aire de la tienda se va caldeando agradablemente gracias al infernillo. Su ronroneo también contribuye a crear una agradable sensación de bienestar... Antes que el agua hierva (¡tarda siglos en hacerlo!) le agrego leche en polvo, café y azúcar. ¡Huele estupendamente!

Utilizo la tapa de la marmita como bandeja para que no se quemé el saco, y me incorporo hasta quedar casi sentado. Junto con el café tomo una pastilla antivomitiva y las vitaminas con hierro. Para el azúcar tengo un pequeño bote de plástico provisto de un agujero con tapa, con lo cual evito que se vuelque su contenido. Completo el desayuno con galletas de hojaldre. Las galletas más cómodas son las que vienen envueltas individualmente, ya que eso facilita el cálculo de las raciones de comida y su conservación.

Tema alimentación. Como nadie había permanecido a esta altitud tanto tiempo como yo me he propuesto, a pesar de mis investigaciones previas casi no encontré antecedentes en los cuales basarme. Debido a ello cometí un error en la distribución de la comida en el interior de los botes, de resultas de lo cual todos contenían lo mismo, y de pronto me tocaban sopas y purés un día tras otro, hasta que llegaba a odiarlos, pues era lo único que contenía el bote que había abierto. Aquellos nueve botes de comida se han convertido en un símbolo de mi pesadilla alimentaria.

Desde el punto de vista de la organización, dividí los alimentos en desayunos, comidas frías, comidas calientes y comidas de marcha. (Para más información véase el Apéndice III, "Listas de material").

Llevaba además mecheros, velas, un termo de medio litro, papel higiénico y estropajos.

Puesto que la existencia de comida variada y en cantidad suficiente no garantiza que en su momento el organismo quiera aceptarla, siempre es posible apelar a los sobres de alimentación completa para compensar una dieta desequilibrada. Lo malo es que llegas a aburrirlos. Comer solamente preparados artificiales y alimentos líquidos crea una gran nostalgia de la comida del valle. Huevos fritos con papas fritas.... pan crujiente empanada gallega..., bistec.... alcachofas..., tortilla de patatas ... En ocasiones la mente entra en un estado alucinatorio..., y para contrarrestar la odiosa rutina de la comida en polvo, la imaginación reconstruye el gesto de morder algo sabroso, mastcarlo, tragarlo, disfrutar de su sabor... A veces, para compensarme, me imagino que estoy comiendo cosas apetitosas, y es como si mi boca se llenara del manjar anhelado y éste se convirtiera en real...

Desde luego, la dieta escogida incluye también gratificantes excepciones, como chocolatinas, caramelos, chicles. Y también frutos secos: ciruelas pasas, cacahuètes, almendras y nueces, que se digieren con facilidad.

Puesto que la escala de valores que rige nuestra vida habitual se modifica sustancialmente en una experiencia límite de supervivencia, la importancia de los sabores adquiere en ésta niveles asombrosos: hallar un pan negro cortado a rebanadas en un bote, descubrir que se conserva en buen estado, untarlo con margarina (que resiste mejor que la mantequilla este tipo de experiencias) y hacerse un superbocadillo con la ayuda de una lata de sardinas puede saber a gloria. Tan escasas son las vivencias que deparan gratificación en una aventura como ésta que, cuando surge una, su efecto es magnificado por la mente.

Otras posibles gratificaciones provienen de imprevistos, como la comida que te regalan otros expedicionarios, o la que puedes hallar en el depósito de material, proveniente de otros montañeros. Una de las más placenteras experiencias nutritivas la obtuve gracias a unas deliciosas salchichas deshidratadas, acompañadas de salsa de tomate, que dejó una expedición japonesa en el depósito de material, el antiguo refugio Independencia.

Sin embargo, la rutina se compone de comida en polvo y de sobre. Por ejemplo, tengo sobres para hacer flan. Primero hay que derretir

nieve en el vasito de aluminio, y luego añadirle leche en polvo y el contenido del sobre, mezclar bien, aguardar a que hierva un poco y «poner en la nevera» -según explican las instrucciones-, lo cual en la cumbre del Aconcagua consiste simplemente en apagar el fuego, puesto que la tienda actúa como «nevera» natural. Al poco tiempo el flan ya está hecho. Y digo al poco tiempo porque si se aguarda demasiado se congela como una piedra y ya no se puede comer.

Como obviamente las preparaciones complicadas resultan inadmisibles, las sopas de sobre son muy eficaces, ya que solamente requieren derretir nieve y dejar que el agua se caliente. Desde luego, el estómago pide variaciones. Por ejemplo, me he preparado carne vegetal de soja: primero hay que dejarla en remojo para que se hidrate, y luego freírla en mantequilla o margarina como si fuera carne de verdad. La he tomado acompañada de salsa de tomate.... desde luego también en polvo. El resultado no es demasiado malo, pero tampoco he podido comer en abundancia, del mismo modo que en estas condiciones mi organismo no acepta bien comer salchichón o chorizo pamplonés (que he traído y que no puedo disfrutar).

Una variante atractiva son las latas de paté. El inconveniente es que debido a la baja temperatura el paté se hiela, pero tras descongelarlo resulta una posibilidad agradable para untar con pan negro. Asimismo, consigo variar el aburrido sabor del puré de patata mezclándolo con paté.

La alimentación se complementa con aspectos que le atañen y que, dentro de la tienda, resultan igualmente complicados. Por ejemplo, si se acaba el gas y es preciso cambiar la bombona, primero hay que quitar los soportes de abajo, luego desenroscar el hornillo, y sacar rápidamente una mano por la puerta para tomar del exterior una bombona. Como ya he explicado, las bombonas suelen pegarse a la nieve, y requiere bastante esfuerzo recuperarlas. Y luego está la higienización de los utensilios. Esto requiere salir de la tienda, utilizar un estropajo (¿cómo frotar de manera eficaz llevando varios guantes en cada mano?), lavar con agua (es decir, hielo previamente derretido en



Observando mi capacidad pulmonar con el espirómetro.

la marmita) y secar con papel higiénico. En general, todo se complica hasta niveles increíbles.

Otro problema lo constituyen los datos médicos. La experiencia, desde ese punto de vista, comprendía el autocontrol de las constantes vitales y otros datos. ¡Hasta tuve que cargar con una báscula para controlar el peso! El primer día que decidí hacerlo busqué piedras planas para crear una superficie estable, subí a la báscula... y no marcaba nada. ¡No se nos ocurrió pensar que su mecanismo se congelaría a tan baja temperatura!

Otro elemento de importancia es la terrible flojedad que se adquiere allá arriba y que dificulta desarrollar cualquier tipo de actividad. Esto amenazaba mi compromiso de obtener los datos. Teóricamente, debía hacerlo por la mañana y por la tarde, y luego anotar los datos obtenidos en unas gráficas que el equipo médico me había proporcionado. El proceso era el siguiente: todos los aparatos estaban en una caja de plástico. Debía tomar el esfigmomanómetro digital (que también te marca las pulsaciones) y tomarme la tensión varias veces, así

como la temperatura ambiente. Después, debía orinar en unas tiras de papel de colorines (obviamente, en estas condiciones resulta bastante difícil acertar, sobre todo si todo tu cuerpo tiembla de frío). Asimismo debía llevar la cuenta de las respiraciones por minuto y la temperatura corporal. Una vez por semana tenía que utilizar el dinamómetro para medir la fuerza de la mano derecha y de la mano izquierda. Luego, medir la capacidad pulmonar con un espirómetro, y finalmente tomar un metro y medir los perímetros de muslos, gemelos, brazos, etc., siempre en los mismos sitios, marcados en mi piel con un rotulador indeleble. Todas estas actividades, que en la vida cotidiana resultan tremendamente sencillas, en la cumbre del Aconcagua comportan grandes dificultades.

TERCERA PARTE

SUEÑOS DE TRIUNFO

1 de enero

Día 19 en la cumbre del Aconcagua.

-Santiago para CEMIC, «Prueba de supervivencia a siete mil metros», aquí Maribel. Fernando.... ¿me oyes?

-Hola, Bel.. ¡Feliz Año Nuevo!

-Hola, cariño, feliz Año Nuevo. Tenía muchas ganas de hablar contigo. Quiero saber cómo te sientes. Cambio.

-Todo bien, Bel, no te preocupes por mí Hoy es el primer día de los que llevo aquí arriba que he notado una verdadera mejoría, y eso me hace sentir optimista, porque intuyo que voy a ir a mejor. Oye, ya sabes que no puedo hablar mucho rato.

Dime si hay novedades. Cambio.

-Bueno. Primero, tienes dos cartas. Una ya te la he abierto y es de tus compañeros de trabajo de La Molina, que te dan muchos ánimos. Hans dice que te necesita lo antes posible para que te quedes ya definitivamente de director de Núria. Espero que esta noticia te ponga contento. Dice que te prepares, porque vas a tener mucho trabajo en Núria, pues están haciendo unas inversiones impresionantes en telesillas y telearrastres. Por lo visto, quieren hacer una superestación de esquí. La otra carta viene de Inglaterra y no pone el remite. ¿ Te la abro?

-Sí, sí, ábrela.

-No entiendo nada, está en inglés. Pero firma una tal «Luci» y pone «love». Oye, ¿quién es esa Luci?

-Luci.. es una alumna que tuve hace tiempo.¡Y en Inglaterra siempre se pone «love» al final de las cartas!

- Ya hablaremos cuando bajes... Oye, ahora en serio, hay varí os radioaficionados que están pensando en ir al Aconcagua y hemos estado hablando del tema. Yo podría ir con ellos, y si no, también quiero ir, de todas maneras. No me gusta que no tengas a nadie de apoyo en el campamento base. Yo podría estar allí, e incluso hacer un intento uniéndome a algún grupo, a ver hasta dónde subo. Tengo muchas ganas de verte. Dime qué te parece la idea. Cambio.

-Por supuesto que me gusta, si es que te sientes animada. Pero venir sola, de ninguna manera. Me gustaría que estuvieras en el momento de mi bajada pero, claro, con alguien que te acompañara. Ya lo hablaremos, ¿vale?

- Vale. Oye, no me gusta tener que hablar siempre con prisas. ¿No podrías algún día cargar más las baterías o algo?

-Sí, pero es que la energía sobrante tengo que guardarla como reserva por si ocurre una emergencia... Bel, trata de estar siempre a la hora de las comunicaciones.

-Chao, Nando, ya te contaré cómo sigue el tema de ir yo para allá.

-Chao, cariño, cambio y corto.

¿Qué más puedo anotar aquí salvo que mi ánimo es excelente, he dormido de un modo estupendo y he recuperado el apetito? Lo demás es rutina de esta supervivencia en las alturas: las comidas, los movi-

mientos, los pies que no he podido calentar en toda la noche y cuya insensibilidad progresiva me preocupa... No quiero pensar en esto. A veces es como si ya no formaran parte de mi cuerpo.

2 de enero

Día 20 en la cumbre del Aconcagua. Ahora es la tarde de un día espantoso. La sensación térmica ha descendido a 61 grados bajo cero, y el Viento Blanco sopla a una velocidad de 100 kilómetros por hora. Tengo miedo... ¿Qué pasaría si el viento se llevara mi refugio? ¿Qué podría hacer para salvarme en condiciones tan adversas?

Nieva con tanta fuerza que se oyen chocar los copos contra la tela de la tienda. Son pequeños golpes secos y obstinados, un lúgubre sonido que aumenta la sensación de desamparo y soledad. La nieve se va acumulando en el techo hasta que una ráfaga fuerte de viento sacude la lona, hace caer la nieve... y vuelta a empezar. Cada una de esas sacudidas me estremece. A ratos la tienda se aplasta tanto lateralmente que el corazón me da un vuelco, en la convicción de que el viento la arrancará y la elevará por los aires. Cuando esto ocurre pego un bote y desde dentro sujeto como puedo la tienda hasta que la ráfaga pasa. Estoy tan nervioso que me he puesto a hacer estas anotaciones como una especie de terapia ocupacional. Me he impuesto a mí mismo concentrarme en lo que estoy escribiendo, pero mis ojos se escapan del papel y se elevan para controlarlo todo.

Hay algo traicionero en este juego del viento. En ocasiones parece que se va calmando y eso te infunde confianza ... ; relajas el cuerpo, la alerta disminuye, y en ese instante otra ráfaga vuelve con la fuerza de un huracán. Primero se oye el ruido, amenazador, veloz, e inmediatamente la tienda se aplasta y se sacude. Llevo horas así, con los nervios de punta, soportando una y otra vez los embates del maldito Viento Blanco. Ahora mismo ...

.....

He tenido que dejar de escribir. Una ráfaga inclinó la tienda casi hasta el suelo y, de pronto.... ¡rasss!, se rompió un lado de la puerta y la nieve comenzó a entrar como, si desde afuera la estuvieran arrojando a paladas contra la tienda. Mientras todo se llenaba de copos me acerqué a la puerta y descubrí que la cremallera había reventado al no poder resistir tanta presión. No pude volver a cerrarla, de modo que cogí unas agujas grandes e hilo y me dediqué a coser, cerrando sólo uno de los lados y dejando espacio para poder entrar y salir por la otra parte. Las agujas no entraban muy bien, y me costaba mucho trabajo lograr que el hilo pasara por el agujero, sobre todo porque el frío y la nieve me helaban las manos y las volvían casi inútiles.

Al cabo de un rato las manos se insensibilizaron de tal manera que involuntariamente me clavé la aguja un par de veces, y no sentí dolor alguno. Finalmente pude cerrar el agujero de manera precaria, mientras el viento se obstinaba en recordarme la extrema debilidad de mi situación. Después me dediqué a limpiar la nieve.

Estoy exhausto. No tengo más deseos de seguir escribiendo. Sólo quiero que esta infernal tormenta acabe de una vez.

3 de enero

Día 21 en la cumbre del Aconcagua. Me parece increíble que hayan transcurrido ya tres semanas. La verdad es que ya no sé adónde quiero llegar ni qué ambiciono demostrar; sólo sé que me he impuesto una meta y debo cumplirla.

La tormenta ha pasado, dejándome la evidencia de mi provisio-
nalidad. Debo reforzar la tienda, debo prepararme como un *cowboy* solitario por si los indios vuelven a atacarme. ¡Tachaaaannn! No dejaré que me venzan fácilmente... Estoy contento, contento de verdad de haber superado mi primera gran tormenta. El parte de guerra debe consignar un susto de muerte, una tienda averiada y la conciencia de que soy extremadamente vulnerable, pero también el orgullo de haber salido indemne, la recuperación de las fuerzas, un estado anímico

exultante que había perdido y la normalización de mi apetito. Son buenos síntomas.

Esta mañana, después de desayunar, salí al exterior por la parte de la puerta que aún está sana. Hice un reconocimiento de los daños. Además de lo de la puerta, descubrí pequeños agujeros en la tela provocados por piedras pequeñas que, como proyectiles, habían sido arrancadas del suelo y lanzadas violentamente contra las paredes de la tienda. Además, una de las cuerdecitas de sostén también fue arrancada y desgarró la tela. A mi alrededor todo era desolación: todo lo que estaba fuera ha sido literalmente barrido por el Viento Blanco. Han desaparecido varias bombonas de gas y una bolsa de comida de reserva que había dejado fuera porque no me cabía en el interior. Me costó rescatar la placa solar, porque estaba enterrada en la nieve. Por el momento me he limitado a reforzar con piedras grandes los faldones. No creo que valga la pena hacer un trabajo más complicado, porque parece evidente que debo cambiar de lugar. Hasta que me decida, he agregado cuatro cuerdas como refuerzo, uniéndolas a las varas de aluminio y atándolas a las grandes piedras que forman la pequeña muralla.

Es asombrosa la dificultad del organismo humano para adaptarse a condiciones tan rigurosas. Aun ahora, que llevo tres semanas, en cuanto me muevo en el exterior me falta el aire, y jadeo como si me estuviera ahogando. A veces «se me olvida» respirar y debo abrir la boca como un pez para que entre la mayor cantidad de aire posible.

En el interior de la tienda los desperfectos son menos serios: todo ha quedado sucio, desordenado y lleno de nieve, pero no hay que lamentar pérdidas, salvo la desaparición del «Supervivencio», que ignora adónde habrá volado en alguna de las sacudidas. Me imagino (quiero creer) que se hallará oculto debajo de alguna cosa, en medio de este desorden.

Mientras escribo se me acaba de ocurrir una idea, y es la de puntualizar cuáles son las mejores y las peores experiencias de estos días. Intentaré ser ordenado. Veamos qué es lo agradable:

** No comer lo primero que encuentro cuando tengo hambre, como los animales, sino emplear tiempo en su preparación y disfrutarlo luego.*

** Dormir la siesta, porque de este modo el tiempo pasa más rápido.*

** Cumplir diariamente con estas anotaciones, aun en las condiciones más adversas. En general, el hacer lo que tienes que hacer, aunque no tengas deseos de hacerlo, te hace sentirte bien contigo mismo.*

** Ordenar y limpiar la tienda, y sobre todo el momento inmediatamente posterior a haberlo hecho, cuando todo se ve bien y cada cosa está en el lugar que le corresponde.*

** La música que me acompaña durante todo el día.*

** Las comunicaciones por radio.*

** Pensar en el regreso a casa, cuando todo haya acabado.*

** Pensar que voy a lograr lo que me propongo, y que ya he realizado buena parte del camino, a pesar de las dificultades.*

** El exterior, cuando hay sol y no sopla el Viento Blanco.*

Sin duda me estoy olvidando de algo, pero éstas son las cosas que se me han ocurrido espontáneamente. Vamos ahora a las cosas más desagradables:

** Tener que hacer algo y no hallar en mi interior la fuerza suficiente para hacerlo, o no poder dominar mi voluntad para obligarme a hacerlo.*

** Que la sopa caliente se caiga, dada la precariedad del lugar en que me hallo, me moje la ropa y me vea obligado a prepararla nuevamente.*

** Tener que salir al exterior para hacer mis necesidades fisiológicas.*

** Que el pelo se me esté cayendo constantemente, y a veces sobre la comida recién preparada.*

** Que la «condensación» me despierte por las mañanas cayéndome en la cara como dedos helados.*

** Que en las comunicaciones me digan lo que tengo que hacer. ¿No me lo digo yo mil veces al día?*

** Tomarme los datos médicos.*

4 de enero

Día 22 en la cumbre del Aconcagua. No tengo nada que anotar. Hoy no ha sucedido nada que valga la pena comentar. El barómetro está subiendo, y además no tengo muchas ganas de escribir.

5 de enero

Día 23 en la cumbre del Aconcagua. Es un día precioso. Hay algo de brisa que llega del oeste, pero no es desagradable.

Hace un momento salí al exterior y por primera vez no me apresuré en regresar a la tienda. Ahora es mediodía, y la sensación térmica es de 31 grados bajo cero.

Esta tarde he descendido hacia el glaciar de los Polacos con la intención de comenzar a cavar la cueva de hielo. Me llevé la pala, que se acopla al piolet y sirve de mango, y la sierra especial para cortar hielo. Encontré un buen sitio, bastante inclinado, para que la nieve que saque vaya cayendo y no me obstruya el paso. Al principio la nieve resultaba muy dura, pero la iba rompiendo a paletazos. La verdad es que la sierra no me resultó útil. De hecho, la dureza de la nieve me ha obligado a desistir de mi idea de hacerme un iglú.

A medida que he ido cavando la dificultad se ha hecho mayor, porque la nieve se había convertido en hielo. He tenido que trabajar en una posición muy incómoda, de modo que a cada momento debía detenerme para respirar profundamente. Me he visto obligado a trabajar solamente con el pico del piolet, porque se trata de hielo cristal. He logrado penetrar más de un metro en el hielo, y luego he decidido abandonar porque estaba exhausto. Esto me va a exigir más trabajo del que imaginaba.

6 de enero

Día 24 en la cumbre de Aconcagua. Bueno, sólo eso para no perder la constancia de los días que pasan, Estas anotaciones son el único testimonio que poseo para saber en qué día vivo. No tengo ganas de escribir.

7 de enero

Día 25 en la cumbre del Aconcagua. Debo anotar aquí que hoy ha sido un día diferente de los demás: he hecho mi primer experimento con las anfetaminas que me recetaron los médicos que me asesoran. Previamente probé su efecto en Santiago, un par de veces, para poder establecer comparaciones. La idea de hacer esto surgió de mí, y se lo planteé a los médicos. Convinimos en que anotaría las posibles alteraciones según los datos proporcionados por las mediciones habituales, así como los cambios de comportamiento. Convinimos también en que tomara solamente dos pastillas en un día en que me encontrara en buenas condiciones, y no como un reactivo ni nada parecido. La idea no era resistir aquí arriba con anfetaminas, sino ver qué efecto producen las anfetaminas aquí arriba.

No sé si se debe a su efecto real o a la inevitable mentalización de saber que las has tomado, pero lo cierto es que desde el amanecer me he sentido muy bien, hiperactivo, fuerte.... ¡lleno de marcha! Sentía el aire entrando en mis pulmones y todos mis sentidos especialmente activos. Era como si los olores me llegaran con más facilidad y los colores resultaran más brillantes. Me coloqué los auriculares, puse la



Después de la primera tormenta verdadera de viento blanco, que ha durado casi cinco días y ha causado graves daños a la tienda, he decidido cambiar el campamento de lugar, situándolo al comienzo del glaciar de los polacos (50 metros más abajo de la cumbre).

frecuencia modulada a tope, y antes del mediodía ya había cosido los rotos de la tienda y había hecho una limpieza a fondo.

En general, detecté un aumento de las pulsaciones, carencia de apetito, nada de sueño y bastante ansiedad: todo el día he sentido la pulsión de moverme, de hacer cosas, y hasta me he descubierto un tic en las mandíbulas, pues las movía constantemente mientras hacía rozar los dientes de arriba contra los de abajo. De modo que, al caer la tarde, me obligué a relajarme un poco. Tomé un libro, conecté mi pequeña bombilla, que está unida a la batería, y me sumé en un proceso de desaceleración.

Ahora escribo porque no puedo dormir. Me duelen los ojos y la cabeza, y quisiera que llegara el amanecer. Siento dentro de mí demasiada energía como para mantenerme quieto debido a la imposición de la oscuridad...

8 de enero

Día 26 en la cumbre del Aconcagua. Estoy en plena «bajada», resaca que los adictos a las anfetaminas conocen bien.

Estoy deprimido, Cansado y con diarrea. Para colmo, el día está gris, ha vuelto a nevar y el viento es cada vez más fuerte. Quisiera enterrarme en mi saco de dormir y no despertar hasta que esto termine.

Mi plan autocompasivo ha sufrido modificaciones. Como tenía mucha sed, he salido al exterior a buscar nieve, y al asomarme por la Canaleta he divisado figuras humanas que se aproximaban. Al verme... ¡han gritado mi nombre!

Entro en la tienda y preparo un té. Pongo una casete de Chaikovsky para darles la bienvenida, y poco después nos reunimos. Es una expedición española. Reconozco a uno de ellos. Se llama Jerónimo López, con quien estuve en el Curso Nacional de Esquí de Montaña. Me cuenta que se van al Everest el próximo año y que han venido al Aconcagua a prepararse y a probar material. Les ofrezco galletas y té, y ellos me regalan todo lo que les sobra. Además, Jerónimo ha tenido la delicadeza de tomar un paquete de comida de mi depósito de material y me lo ha subido. ¡Gran sorpresa: me han traído una carta de mi hermano Javier! También han cargado con una cámara de cine de 16 mm, y un trípode, de modo que nos filmamos unos a otros y nos hacemos fotos. Después, cuando la nieve comienza a caer con más fuerza, deciden regresar. Nos despedimos con abrazos.

Al quedar a solas he leído la carta de mi hermano. Bueno, de toda la familia. Mi padre, mi madre, mis otros hermanos, me envían mensajes de apoyo y me comentan que mi aventura ha aparecido en algunos periódicos. Javier me envía la foto de una chica desnuda («para levantarle la moral a mi hermanito») y una carta que me llena de melancolía. Ha sido siempre mi compañero inseparable de cordada, y esta experiencia en el Aconcagua pensábamos hacerla juntos. Contrajo

una hepatitis. Lleva más de un año así. En su carta me dice que su enfermedad no ha desaparecido totalmente... Nunca hubiera imaginado que el correo pudiera llegar hasta aquí arriba...

9 de enero

Día 27 en la cumbre del Aconcagua. El hermoso día y el sol me han ayudado a tomar la decisión: he cambiado la ubicación de la tienda. Comencé por poner todo en bolsas para facilitar el traslado y luego llené la mochila. ¡Encontré el «Supervivencio»! Pobre bicho, está perdiendo su redonda nariz con tanto ajetreo... Al final acabará peor que yo... Intentaré curarle en el nuevo campamento...

Quité las piedras de sujeción y arrastré la tienda, sin doblarla, unos cien metros, hasta el nuevo lugar que he escogido. Traté de cargar todo en un solo viaje, por temor a que el cansancio no me permitiera desarrollar toda la actividad necesaria. He elegido un lugar en el que el terreno está bastante inclinado, pero hay una zona aplanada entre dos bloques de piedra que me protegerán mejor del viento. Ahora me hallaré mucho más cerca del lugar en el que comencé a excavar la cueva de hielo.

He orientado la puerta hacia el norte, que es donde se halla la mejor panorámica. Pero tendré que ser prudente: el peligroso abismo de la cara norte se halla a sólo tres metros de mi tienda.

10 de enero

Día 28 en la cumbre del Aconcagua. Hoy al mediodía he Comunicado con Santiago y hemos tenido bastantes problemas. Al estar 50 metros más abajo que la ubicación anterior y en el lado opuesto, la cumbre del Aconcagua se interpone, por lo que para hablar debo hacerlo fuera de la tienda. Me han dicho que una emisora de radio española se ha enterado de que estoy aquí y quieren comunicarse conmigo, así que he quedado en salir al exterior a las nueve de la noche. No me hace ninguna gracia, porque sé que me lo voy a pasar bastante mal

pero, desde luego, no he podido negarme. He terminado de transportar todo lo que quedaba del asentamiento anterior y lo he ordenado del mejor modo posible en el interior de la tienda. Me gusta mi nuevo lugar.

No sé cómo lograré dormir esta noche con tanta excitación. Cinco minutos antes de la hora acordada salí al exterior y subí al glaciar de los Polacos. Mientras aguardaba, veía jirones rojizos atravesando el cielo en la distancia, huyendo de las sombras de la noche, que ya habían llegado a la cumbre. Puse la batería grande dentro de la mochila que llevaba a la espalda y la conecté a la radio. Estuve moviéndome sin parar para no perder el calor. Y entonces llegó la comunicación:

-Aquí CE3BXP, aquí Marcelo para CE3HIC, « Prueba de supervivencia a siete mil metros». Nando, dime si me copias...

-Aquí WHIC, Fernando, desde la cumbre del Aconcagua. Te oigo bastante bien. ¿Cómo estás, Marcelo?... ¿Los de España tardarán mucho en comunicar? Aquí afuera hace mucho frío y quiero volver a la tienda cuanto antes.

-NO, no, aguanta un poquito más... Mira, ya están listos, te Pas0 directamente con ellos.

-Atento, atento, Fernando Garrido. Dime si nos recibes.

-Aquí Garrido desde la cumbre del Aconcagua. Los oigo bastante mal, pero al menos los entiendo. Cambio.

-¡Señoras y señores, lo hemos conseguido! ¡Hemos logrado comunicar desde España con la cumbre del Aconcagua, a siete mil metros de altura, algo que nunca se había realizado anteriormente. Fernando, soy José María García, de Antena 3, estamos saliendo al aire directamente en toda España. Nos están Oyendo muchos millones de personas. Cambio.

Mis piernas comenzaron a temblar, pero no solamente a causa del frío. Entonces me dijeron que estaban en comunicación con Zaragoza y que mi hermano Javier iba a hablar-me. Había algo irreal en recibir la voz de mi hermano a tantos miles de kilómetros de distancia, preguntándose cómo estaba. Me hallaba en el limbo, realmente, sin

saber si aquello pertenecía a la realidad o a la ficción. Después hablé con mi padre. Mi madre se hallaba a su lado. Pensé que tal vez estaría llorando. Yo también tenía deseos de llorar por la emoción.



Día a día mi cuerpo se va debilitando. Me preocupa que no me queden fuerzas suficientes para el descenso al final de mi experiencia.

11 de enero

Día 29 en la cumbre del Aconcagua. ¡Cuán lentamente pasan los días! Reviso estas anotaciones para saber cuánto tiempo llevo aquí, y la realidad contrasta con la sensación que tengo de llevar una verdadera eternidad aislado en la cima de la montaña. Me imagino que el sentimiento se agudiza después de oír las voces de mis seres queridos. Pero conservo la moral muy alta.

Esta tarde he salido al exterior para seguir cavando la cueva. El hielo es cada vez más duro y la tarea más penosa. Mi cuerpo, sin embargo, responde cada vez mejor. Parece ser que finalmente me he aclimatado. Por lo pronto, ya casi no me duele la cabeza, aunque cumplo con las órdenes de los médicos y sigo tomando una aspirina al día, como anti-coagulante. Desde luego, sigo notando la falta de oxígeno. Y hay algo que es innegable: mi cuerpo se va debilitando progresivamente debido a la mala alimentación, la carencia de oxígeno y el frío constante. Estoy adaptado a la altura pero cada vez más desgastado. Las pulsaciones siguen en una media de 120 por minuto. El dinamómetro para medir la fuerza de las manos me indica que sólo puedo apretar 56, cuando en el valle llegaba a 68. Abajo podía soplar hasta 7.300, y ahora apenas si llego a 5.800. No sé cuántos kilos habré perdido, pero las dimensiones de mi cuerpo son bastante elocuentes. He reducido casi 8 cm de diámetro en el muslo, casi 5 cm en la pantorrilla, 3 cm en el bíceps, casi 6 cm en el abdomen y casi 5 cm en el tórax.

Mi mente aún tiene dificultades para situarse en un plano lógico, y la falta de concentración sigue siendo un problema. Por ejemplo, me cuesta un gran trabajo contar correctamente las pulsaciones, sin perderme. Pero a la vez me siento más, lúcido. Penetro en las ideas con mayor facilidad, y no me acobarda profundizar en ellas. Sé que me estoy debilitando físicamente, pero lo único que me interesa es tener fuerzas suficientes para bajar hasta el campamento base cuanto esto termine. Con eso tengo bastante; ya me las iré arreglando aquí arriba.

12 de enero

Día 30 en la cumbre del Aconcagua. He soñado que llegaba el Viento Blanco. Era el amanecer y me pillaba desprevenido. La tienda comenzaba a rasgarse por todas partes y finalmente el huracán la lanzaba por los aires. Yo intentaba protegerme detrás de unas grandes rocas de formas muy extrañas (que no existen aquí en la cumbre y que no recuerdo haber visto jamás), pero el viento me arrancaba de ellas, me tumbaba, y hacía rodar mi cuerpo hasta el borde del abismo. Desesperado, estiraba los brazos para asirme a algo, pero la nieve se convertía en polvo al tocarla y el viento me impulsaba una y otra vez, hasta que no lograba sostenerme. Mi cuerpo iniciaba la caída, pero en el último instante mis manos alcanzaban a asirse a un saliente de la montaña. Miraba hacia abajo y veía un precipicio interminable y profundo. Pensaba que si lograba mantenerme aferrado a aquella piedra, podría aguardar a que pasara la tormenta, pero tenía las manos tan heladas que ya no me respondían. En ese momento un gran pájaro de cabeza calva, como un cóndor, se detuvo cerca de mí. Se posó en una piedra y se volvió a mirar con indiferencia mi desesperada lucha por sobrevivir. No me desperté, pero mi sueño debió de fundirse en otro, porque es lo último que recuerdo. Tal vez esto surgió en mi subconsciente porque hoy la sensación térmica ha descendido a 58 grados bajo cero. El Viento Blanco está soplando a unos 100 kilómetros por hora. Desde luego, no me he movido de la tienda ni siquiera para ir a buscar nieve.

Debo anotar aquí que, a pesar de las condiciones reinantes, mi organismo sintió apetito hoy al mediodía. Pensé que debía celebrarlo y me sugerí una sopa. No, no me apetecía. ¿Espaguetis deshidratados, tal vez? Fui mirando en las bolsas de comida mientras mi memoria rescataba los añorados sabores de la comida del valle. La suerte me acompañó: hallé bolsas de patatas fritas, ganchitos al queso y todas esas cosas. Desde luego, todo estaba triturado por los traslados y tuve que comerlo con cuchara (de nuevo comida en polvo, ¡estoy predestinado!), pero al menos el sabor subsistía. Me alegró sentir sed por este

aperitivo y verme obligado a beber en abundancia, puesto que corro el riesgo de deshidratarme.

Mientras disfrutaba del aperitivo busqué en el gran desorden que ocupa el ángulo donde cocino, alrededor de una de las grandes piedras de sujeción, y hallé un paquete de galletas que creo que se llaman de agua o de soda; son bastante insípidas, pero sirven para acompañar al queso, y sobre todo como sustitutivo del pan. Esto del pan es un problema bastante grave para mí porque, como la mayoría de los españoles, estoy muy acostumbrado a él y rápidamente padezco su ausencia (además, para la aclimatación, los cereales cumplen una función importante). Se me ocurrió untar las galletas con margarina para que supieran mejor y acompañaran al queso de bola. Cuando fui a cortar éste descubrí que estaba helado y resultaba imposible partirlo. Con mi navaja estilo Rambo, que posee una afilada sierra, he podido rebanar un pequeño trocito al precio de herirme un dedo. (Espero que los gérmenes mueran congelados.) He intentado derretir el helado de queso y el resultado ha sido espantoso: imposible de digerir. ¡Tendré que volver a las sopas...!

13 de enero

Día 31 en la cumbre del Aconcagua. ¡Se ha cumplido un mes!

Ahora ya puedo iniciar la cuenta atrás, aunque de modo tembloroso, porque sigue haciendo muchísimo frío. El termómetro señala 22 grados bajo cero, y el viento sopla a 70 kilómetros por hora. Al releer las anotaciones anteriores (cada día lo hago, para tratar de mantener el hilo de lo que estoy contando o por si algo se me ha quedado colgado), descubro que la velocidad del viento ha descendido. Jamás hubiera podido imaginarlo, porque la sensación sigue siendo espantosa.

De todos modos, he salido un momento a buscar nieve y he descubierto... ¡que mi cueva de hielo está completamente cubierta!

El Viento Blanco la ha tapado con nieve, tan completamente que no ha dejado la menor huella de mi inútil esfuerzo. Bien, éste es el final

de mi proyecto. No volveré a empezar. Adiós, cueva de hielo. Tendré que cambiar mis planes y resistir en esta tienda tanto como pueda.

La decisión la he tomado en el mismo momento de ver mi obra arruinada, de modo que antes de volver a entrar he reforzado la tienda con una pequeña muralla de piedras que he tenido que arrancar del suelo con gran esfuerzo. Me hace feliz saberme dentro de una especie de fortaleza amurallada. Mi instinto montañero me dice que se aproxima una tormenta, pero en vez de preocuparme, la murallita me hace sentir seguro. ¿Estaré comenzando a delirar?

14 de enero

Día 32 en la cumbre del Aconcagua. La tormenta ha llegado. Viento Blanco a 100 kilómetros por hora y sensación térmica de 58 grados bajo cero. Las ráfagas de viento pueden llegar hasta 200 kilómetros por hora. La comida se está acabando, pero resulta impensable salir al exterior. Sólo espero que esta maldición bíblica no dure mucho.

17 de enero

Día 35 en la cumbre del Aconcagua. No he podido anotar nada en los dos días anteriores. Lo estoy pasando fatal. El viento ha aumentado y me está destrozando la tienda. No sé si voy a poder seguir aquí dentro. Se me ha rasgado la lona exterior por uno de los lados y está entrando la nieve. Menos mal que me protege la capa interior... Ya han saltado la mayoría de las cuerdas que puse por fuera para que aguantaran la tienda, y ahora se inclina tanto que hasta llega a quedar paralela al suelo. Casi no tengo tiempo, no sólo de escribir sino incluso de prepararme la comida, pues todos los momentos los dedico a sujetar la tienda, pero a veces las fuerzas me abandonan y el viento me hace caer hacia un costado.

He interrumpido esto, una vez más, para sujetar la tienda. ¿Cuántas ráfagas resistirá? Tengo miedo de que el viento nos lance a los dos

lejos, hacia el abismo. Calma, Fernando, calma, no pierdas el control de tus nervios.

En este momento la sensación térmica es de 63 grados bajo cero. El Viento Blanco está soplando a 120 kilómetros por hora.

Llevo tres noches sin dormir y, desde luego, no puedo salir al exterior para comunicarme con Santiago. Me siento mareado. El viento me ha hecho caer al suelo ya tantas veces... Aunque tuviera algo para comer, no podría digerirlo. Por la puerta rota entra la nieve y lo invade todo. Es como si el Viento Blanco me estuviera anunciando que se dispone a cubrirme de nieve en poco tiempo...

18 de enero

Día 36 en la cumbre del Aconcagua. Se puede vivir sin comer, pero no se puede soportar la sed. Se me ha acabado el gas. He lamido la nieve infructuosamente. He decidido asomarme al exterior e intentar bajar hasta el depósito de material en medio de la tormenta, aunque sea la última maldita cosa que haga en esta vida.

Lo haré, lo haré. Me he abrigado a tope y llevo un largo rato mentalizándome de lo que tendré que afrontar cuando salga al exterior. Llevaré las gafas de ventisca que uso para esquiar. He decidido que no voy a dejar la tienda así, pues el Viento Blanco se la llevaría. Soltaré los barrotes de aluminio y le pondré piedras encima para que quede bien aplanada y no ofrezca resistencia. Bien, lo haré ahora mismo.

He tenido que volver a entrar. El exterior es espantoso, escalofriante. El Viento Blanco no deja ver absolutamente nada, ni siquiera el suelo. Sales e inmediatamente te ves envuelto en una especie de humo violento de color blanquecino que te arrastra, te desequilibra, te arroja al suelo y te hace rodar. Todo se confunde: suelo blanco, ventisca blanca, cielo gris... He tenido que usar las manos para aferrarme mientras la cara me ardía debido a los golpes de la nieve. Cada vez que me in-

corporaba, el viento me volvía a arrojar al suelo, como si fuera un muñeco. De pronto llegó una ráfaga y me lanzó a varios metros, casi sobre el abismo. Pude asirme del borde de una roca con ambas manos y afirmarme en el suelo. Dios mío, ¿cómo lograré bajar hasta el depósito de material en estas condiciones?... ¿Cómo podré atravesar la Canaleta sin despeñarme?... Sin ir tan lejos, ¿cómo podré al menos desarmar la tienda para que el viento no se la lleve mientras intento bajar?

No he podido. Lo intenté, juro que lo intenté. Tan pronto como salí de la tienda el viento me arrastró lejos. Me puse de rodillas y volví a tumbarme. Finalmente logré ponerme de pie y desmontar la tienda, cubriéndola con piedras. Estaba acabando la tarea cuando llegó una ráfaga y volví a lanzarme al suelo. Me aparté para que no me estrellara contra las piedras.

Cuando intenté orientarme, me di cuenta de que iba a resultar imposible. El viento me impedía avanzar hacia la zona donde calculaba que estaría el camino hacia la Canaleta. No me era posible mantenerme de pie, y en ese momento comprendí que lo que estaba haciendo era una locura, de modo que decidí retroceder, cubierto de nieve y azotado por las ráfagas. Cuando regresé a la tienda, no pude enderezarla porque el viento me arrancaba continuamente la lona de las manos. No sé cuánto tiempo duró esta lucha, pero sí sé que de pronto me puse a llorar. Luchaba y luchaba por volver a montar la tienda, mientras lágrimas de impotencia comenzaban a caer de mis ojos. Tenía los labios pegados, la cara cubierta de hielo y los brazos insensibles hasta los codos. Me dije que era el momento decisivo, que ahora o nunca, y entonces, no sé si para darme fuerzas, logré separar los labios y solté un taco furioso que se perdió en las ráfagas de viento. Comencé a chillar, dándome ánimos mientras forcejeaba con el viento para retener la lona. La boca se me llenó de nieve, la escupí, e intenté retener la lona con los dientes. Pude unir uno de los enganches.... luego otro, luego otro más.... y así todos, y luego volver a colocar las piedras sobre los faldones, mientras las ráfagas me hacían caer una y otra vez. Cuando la tienda estuvo medio montada me zambullí en su interior, sangrando por la nariz y por la boca.

He estado dos horas sin hacer otra cosa que yacer tirado en el suelo. Después, he vuelto a la lucha de sostener la tienda desde dentro para que el viento no se la lleve. Ahora que las ráfagas han cedido un poco, estoy anotándolo todo para no olvidarlo luego. ¿Olvidar? ¿Acaso alguna vez podré olvidar este día?

19 de enero

Día 37 en la cumbre del Aconcagua. La tormenta ha pasado, pero hace muchísimo frío. He bajado al antiguo refugio Independencia y he subido muy cargado. Ya hacía 18 días que no bajaba a buscar comida, lo he controlado con estas anotaciones. No puedo creer que la tienda haya resistido el vendaval. Desde luego, no soportará otro, está bastante deteriorada.

20 de enero

Día 38 en la cumbre del Aconcagua. He estado haciéndome fotos en el exterior. También salí para comunicarme con Bel. Estaba preocupada por mis congelaciones. Le conté que el proceso ha comenzado también en mi nariz, que la tengo oscura como si fuese postiza. Bel quiso saber si todavía tenía la intención de descender esquiando y le dije que eso estaba totalmente descartado, pues tengo los pies tan hinchados que ni siquiera puedo meterlos dentro de las botas de esquiar. Convinimos en que intentaré resistir aquí arriba hasta el 17 de febrero. Bel me contó que se aburría en Santiago, que iba todos los días a clase de danza y que hacía mucho calor. Creo que no recuerdo el significado de la palabra «calor».

Por la tarde han llegado a la cumbre dos montañeros. ¡Eran de Zaragoza! Uno de ellos era Ángel Martín Sonseca. Me han traído noticias de mi tierra, que me ha resultado agradable escuchar. Han subido por la ruta normal, para aclimatarse, pero quieren hacer la pared sur. Parece ser que este año está de moda el Aconcagua en España.

23 de enero

Día 41 en la cumbre del Aconcagua. Tengo las manos tan inútiles que escribir me cuesta un sacrificio y la letra me sale ininteligible. Por eso algunos días no anoto nada, a menos que sea importante. El tiempo ha mejorado mucho, la sensación térmica es de 37 grados bajo cero y el viento es suave. En estos días he limpiado y ordenado el interior de la tienda y he cosido todo lo que he podido, aunque el desgarró del lado oeste provocado por la tormenta no tiene solución.

Las puntas de mis dedos se han recubierto de una capa dura de piel y he dejado de sentirlos. Su color es morado intenso. Las uñas se ven negras, y las de los pies se me están comenzando a desprender. No siento dolor a lo largo del día, aunque por las noches los pies suelen doler tan intensamente que tengo dificultades para dormir.

Hoy estoy llevando a cabo mi segunda experiencia con anfetaminas, con una dosis doble que la vez anterior. Tal vez ha sido eso lo que me ha impulsado a escribir, pues estoy lleno de una «energía pasajera» que me infunde optimismo. Hoy, por dos veces, se me han presentado problemas visuales: se forma un punto luminoso y borroso que se va extendiendo hasta convertirse en un aro que me dificulta la percepción visual y que se va agrandando hasta desaparecer. La duración total de este proceso es de unos cinco minutos.

Ya que hablo de visiones, quiero anotar que esta tarde he salido al exterior, y como el día era tan majo, me he sentado sobre una roca para disfrutar del paisaje. Aquí el aire es tan puro que todos los colores se ven más brillantes. Vi el macizo del Mercedario, con sus 6.700 metros, que junto con el Aconcagua y el Tupungato constituyen los tres colosos de la cordillera Central. Asomado a la cara norte, pude distinguir la ruta de ascenso, el campamento Berlín y el ex refugio Independencia. Vi cuatro puntos rojos perdidos en el paisaje blanco y supuse que serían cuatro andinistas pugnando por llegar a la cima. Tal vez tenga visita dentro de poco.

No sé qué imagen podrá tener la mayoría de la gente respecto a la cumbre de una gran montaña, pero aquí lo que impera es la deso-

lación. Acabo de darme cuenta de que no he visto un pájaro, ni un insecto, ni una brizna de hierba en casi un mes y medio...

24 de enero

Día 43 en la cumbre del Aconcagua. Amanecía. No podía decir qué hora era exactamente porque, como no me gusta mirar el reloj, lo tengo escondido y sólo recurro a él cuando es imprescindible. Prefiero guiarme por la luz del sol. Así pues, el sol apenas comenzaba a salir, cuando oí un grito, un grito de ayuda, y en inglés. Asomé la cabeza al exterior y vi una figura humana que avanzaba hacia mí arrastrándose por la nieve, sobre la que dejaba un rastro como de culebra. Me apresuré a vestirme para salir a buscarlo. Cuando llegué a él, comenzó a hablar nerviosamente señalando algo a sus espaldas. Intenté calmarlo y lo ayudé a ponerse de pie. Era japonés; llevaba una pequeña mochila y su equipo se veía sucio y deteriorado.

Parece haberlo pasado bastante mal, porque se comporta de un modo ¡lógico; por ejemplo, se levanta y vuelve a sentarse con obstinación. Tiene las gafas rotas, la cara quemada por el sol y los labios superhinchados, abiertos y sangrantes. Intento llevarlo a mi tienda pero se resiste.

-My friend is dead, he is dead!

Lo único que logro entenderle es eso, que su amigo está muerto.

- Water, please! I need water!

Voy a buscar agua a la tienda. Coge la botella con avidez y luego vuelve a hablar. Nos esforzamos al máximo por entendernos. El japonés me señala un punto a lo lejos, hacia el glaciar de los Polacos. Diviso una pequeña tienda. Logro entender que allí se ha quedado su amigo muerto, que murió de sed después de una trágica escalada por la cara sur. Vuelve a beber y luego lo ayudo a quitarse el arnés de escalada y los crampones. Cuando voy a quitarle las botas me dice que no, que él ya lo ha intentado y no ha podido; lo llevo a mi tienda, lo hago acostar,

lo cubro con mis sacos y le preparo algo caliente mientras su cuerpo tiritita. Le alcanzo papel y bolígrafo y le pido que me escriba su nombre y el de su amigo, de dónde provienen y a quién debo avisar en mis comunicaciones por radio.

Mientras entra en calor logro reconstruir su historia. Se llama Tetsuo Abe, y junto con su compañero Toshiaki ha realizado grandes escaladas en todo el mundo, incluyendo el Himalaya. La gran tormenta los cogió y se quedaron sin combustible. Después de pasar cuatro días sin comer ni beber, al límite de sus fuerzas, pudieron llegar al glaciar de los Polacos, donde decidieron pasar la noche. Toshiaki estaba muy mal, y Tetsuo intentaba aliviar su dolor y su deshidratación extrema dándole pequeños trocitos de hielo, que sólo le producían más sed y un horrible dolor de garganta. Mientras su compañero deliraba, hablaba de su familia en Japón y le exigía que le diera de beber, Tetsuo metió nieve en su cantimplora y se la puso junto al estómago para producir algo de calor. Al cabo de un rato su amigo dejó de hablar. Lo último que dijo fue que había gente en el jardín, que saliera Tetsuo para ver quién había llegado. Al amanecer Toshiaki había muerto. Tetsuo se dispuso a esperar su propio fin y entonces vio un punto azul en la cumbre (mi tienda) y, aunque creyó que se trataba de una alucinación, decidió arriesgarse.

Tetsuo se quedó dormido antes de finalizar su relato. Un par de horas después creí oír nuevos ruidos y salí al exterior. Una expedición acababa de llegar a la cruz. Corrí hacia ellos y les expliqué la situación, les pedí que entre todos ayudaran a bajar al japonés, puesto que no estaba en condiciones de hacerlo solo. Estuvieron de acuerdo. Regresé a la tienda, desperté a Tetsuo (que había dormido unas cuatro horas totalmente desconectado de lo que lo rodeaba) y le expliqué el plan. Se negó, alegando que no podía moverse. Le preparé una sopa caliente, que bebió y vomitó, y lo ayudé a prepararse y a llegar hasta donde estaba la expedición, compuesta por unos Norteamericanos procedentes de Alaska. Tetsuo me abrazó efusivamente al despedirse. De nuevo solo, antes de entrar en la tienda, volví a mirar hacia el abismo del glaciar de los Polacos y me estremecí al pensar que Toshiaki aún esta-



El Japonés se ha desmayado dentro de la tienda.
Su compañero acaba de morir.

ba allí, en su ataúd de hielo.

26 de enero

Día 44 en la cumbre del Aconcagua. He cogido bronquitis, toso mucho y tengo algo de fiebre, así que he decidido tomar ampicilina. Además se me ha empezado a caer la piel de la nariz y me supura. Espero que nadie me invite a su fiesta esta noche.

Cuando me recordaba la barba, me he asombrado al ver mi rostro en el pequeño espejo de mis gafas. He cambiado enormemente. Tengo la cara como

si hubiera envejecido muchísimo en pocas semanas, impresión que se ve agravada por el abundante cabello que pierdo. No me he lavado la cabeza ni el resto del cuerpo desde que estoy en la cumbre. Supongo que las bacterias causantes del mal olor no pueden resistir estas alturas, porque ni mi cuerpo sucio ni mi ropa sucia resultan desagradables para la convivencia conmigo mismo. Estoy casi reducido a la condición de un animal salvaje encerrado en una jaula llena de desorden y nieve.

29 de enero

Día 47 en la cumbre del Aconcagua. Sigo tomando ampicilina para ver si puedo superar esta bronquitis. A pesar de todo, mi ánimo se mantiene bien alto, porque los días son fríos pero bonitos y porque sé que cada vez falta menos para el descenso. Estoy cansado de la comida de aquí arriba, si es que al contenido de estos malditos sobres se le puede llamar comida. Leche en polvo, proteínas en polvo, y poca cosa más. Tengo hambre psicológica de comidas normales.... patatas fritas con huevos fritos..., ensalada de pollo con mayonesa.... empanada gallega...

30 de enero

Día 48 en la cumbre del Aconcagua. Esta noche, hace un momento, salí al exterior a orinar y vi la luminosidad de la ciudad de Santiago de Chile en la distancia, reflejada en su capa de contaminación. Al mirar hacia el lado argentino descubrí una imagen impresionante: una tormenta eléctrica vista desde arriba y por la noche, algo que no sé si muchos otros seres humanos habrán podido ver, y que resulta tan increíble que no sé describirla con palabras. Ves debajo de ti el gran mar de nubes oscuras y, de repente, d' e entre la oscuridad total, un relámpago la ilumina por un lado y un trueno le responde por el otro, llenándolo todo de resplandores fugaces. Hace pensar en una guerra atómica o en la génesis de; mundo. Por suerte, yo estoy por encima de todo...

1 de febrero

Día 50 en la cumbre del Aconcagua. Hoy comuniqué con Mariabel y me transmitió el parte meteorológico: parece que seguiré disfrutando de buen tiempo. Le advertí que la batería grande no carga bien, de modo que de ahora en adelante corremos el riesgo de que las comunicaciones se corten bruscamente. Bel me anunció que se viene para aquí. La acompañará Miza, quien sostiene que ya que me ayudó

a subir, su obligación es ayudarme a bajar, y también un periodista de un diario chileno, que se llama Erasmo y que quiere ser el primero en entrevistarme.

2 de febrero

Día 51 en la cumbre del Aconcagua. Estoy agotado. Me he impuesto a mí mismo cumplir con esta rutina del diario, pero no puedo hacerlo. Lo siento. Lo intentaré mañana.

Acabo de mirar el reloj. Falta una hora para que este día termine. Debo anotar lo que ha sucedido en él, aunque me cueste un esfuerzo. Hoy he bajado a Independencia a buscar comida. Si mis cálculos son correctos, será la última vez que lo haga. 0 tal vez es la expresión de un deseo... El regreso ha sido infernal, porque mi debilitado cuerpo ya no responde a los estímulos. Creo que es la novena vez en mi vida que asciendo por la Canaleta, y una de las más dificultosas. He tardado casi diez horas en subir los 600 interminables metros. ¡Diez horas!... Me he sentido viejo por primera vez en mi vida.

5 de febrero

Día 54 en la cumbre del Aconcagua. Hoy, como otras veces, me he despertado con la sensación de que había alguien fuera, junto a la tienda...

¿Ha pasado allí toda la noche? ¿Por qué no me habrá llamado para que lo dejase entrar? ¿Y por qué no me llama ahora? Tal vez ha dormido acurrucado junto a mi tienda, tratando de obtener algo de calor. Debo salir, debo decirle que hay una taza de té caliente para él... Salgo de la tienda y me siento ligero y poderoso... El sueño me ha dado nuevas fuerzas. No me cuesta trabajo hacer las cosas. Casi sin pensarlo recojo piedras y con ellas levanto una verdadera muralla de casi dos metros de altura que me protegerá del Viento Blanco. Junto montones de nieve y la acumulo cerca de la entrada de la tienda para tener agua en abundancia... No hace frío, y encuentro en la nieve latas de comida

riquísima... Soy feliz, soy afortunado. Pero... ¡aquí hay una mochila de alguien... y hay una persona acurrucada junto a mi tienda!... ¡Es mi hermano, mi hermano Javier...! ¡Javi, despierta, venga, despiértate ya!... Lo vuelvo hacia mí. Está muerto, su cabeza es una calavera...

Me despierto con el corazón golpeándose en el pecho. Todo forma parte de las alucinaciones, las pesadillas, los atemorizados sueños de la altura.

Me siento cada vez más débil, hasta el punto de que esta rutina de anotar lo que sucede me resulta cada vez más fatigosa. Por eso la voy postergando de día en día. En este estado, ¿cómo me las arreglaré para descender?

Parece como si sólo anotara las cosas malas que me suceden. Y no es así. Lo que ocurre es que no me suceden cosas demasiado buenas. Bien, tal vez podría anotar que hoy el día ha sido hermoso. Y también que hoy he vivido mi primera experiencia surrealista en la cima del Aconcagua. Esta tarde, al salir dificultosamente de la tienda con la intención de reforzar el muro de protección, descubrí dos figuras humanas que acababan de ascender por el glaciar de los Polacos y les hice señas de que se acercaran. Eran dos ingleses, que formaban parte de una expedición de su país. Más que dos ingleses tendría que decir que eran dos arquetipos, muy estirados, con sus bigotes perfectos... ese tipo de personas que siempre imaginas con traje, paraguas y bombín. Sus gestos refinados no encajaban muy bien a 7.000 metros de altura. Al darles la bienvenida, ellos se presentaron de un modo muy formal. Puesto que comenzaba a anochecer, les invité a entrar en mi tienda, donde, a causa de mi defectuoso inglés, protagonizamos una escena delirante:

YO: ¿Puedo ofrecerles un poco de té?

UNO DE ELLOS: No, no tenemos nada de té.

YO: ¡Yo tengo té!

EL MISMO: ¡Ah, qué afortunado!

YO: ¿Quieren una taza de té?

EL MISMO: Oh, sí, por favor. ¿De qué marca es?

YO: No sé, no tengo ni idea.

EL mismo: Bien, yo lo quiero con apenas un poco de leche, dos terrones de azúcar y no demasiado caliente, por favor.

EL OTRO: A mí me gustaría sin leche y con sólo un terrón de azúcar.

Desde luego, yo alucinaba, preguntándome si estarían tan atontados por el ascenso como para suponer que aún se hallaban en su club privado de Londres. Puse nieve en la marmita de bordes sucios y preparé un té común con mucha leche y sabor a sopa. ¡Ellos lo encontraron extraordinario, y me felicitaron porque su sabor era exquisito! Cuando llegó la noche decidieron emprender el regreso. Les dije adiós con la misma cara de asombro con que viví toda la experiencia. Lo deben de estar pasando bastante mal, porque esta noche no hay luna.

6 de febrero

Día 55 en la cumbre del Aconcagua. Me siento un poco más animado que ayer. No creo que sea por la insólita visita de los ingleses, sino por algo que para mí es bastante más importante: sólo me faltan seis días para batir el *record* de supervivencia a gran altitud, y once para que se cumpla la fecha prevista para mi descenso. No me gusta ese rollo del *record*, pero la gente, en general, entiende mucho menos lo que significa pasar dos meses a 7.000 metros que el hecho de que batas un



YO: ¡Yo tengo té!

EL MISMO: ¡Ah, qué afortunado!

YO: ¿Quieren una taza de té?

EL MISMO: Oh, sí, por favor. ¿De qué marca es?

YO: No sé, no tengo ni idea.

EL mismo: Bien, yo lo quiero con apenas un poco de leche, dos terrones de azúcar y no demasiado caliente, por favor.

EL OTRO: A mí me gustaría sin leche y con sólo un terrón de azúcar.

Desde luego, yo alucinaba, preguntándome si estarían tan atontados por el ascenso como para suponer que aún se hallaban en su club privado de Londres. Puse nieve en la marmita de bordes sucios y preparé un té común con mucha leche y sabor a sopa. ¡Ellos lo encontraron extraordinario, y me felicitaron porque su sabor era exquisito! Cuando llegó la noche decidieron emprender el regreso. Les dije adiós con la misma cara de asombro con que viví toda la experiencia. Lo deben de estar pasando bastante mal, porque esta noche no hay luna.

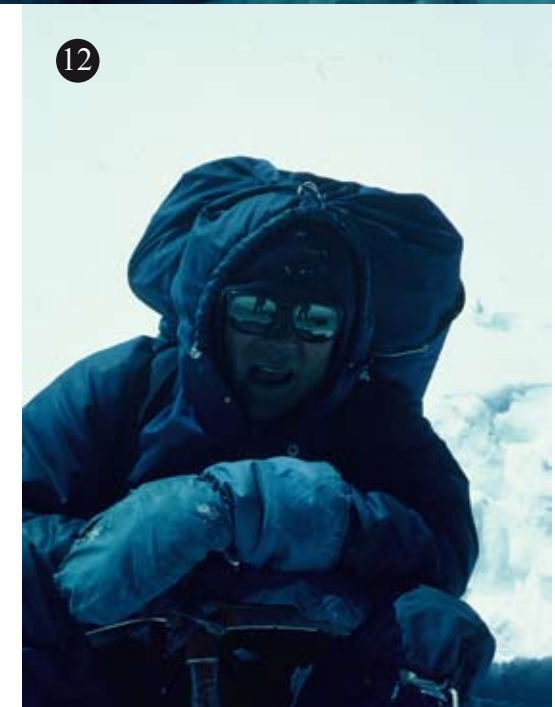
6 de febrero

Día 55 en la cumbre del Aconcagua. Me siento un poco más animado que ayer. No creo que sea por la insólita visita de los ingleses, sino por algo que para mí es bastante más importante: sólo me faltan seis días para batir el *record* de supervivencia a gran altitud, y once para que se cumpla la fecha prevista para mi descenso. No me gusta ese rollo del *record*, pero la gente, en general, entiende mucho menos lo que significa pasar dos meses a 7.000 metros que el hecho de que batas un











Referencias de las fotos color

- 1 - La mayor sensación de libertad que he sentido en mi vida.
- 2- El mar de nubes proveniente de Argentina, ha sido uno de los espectáculos mas impresionantes que he visto.
- 3- Todo el día derrito nieve para poder beber. En el suelo se ve una de las dos piedras que anclaban la carpa.
- 4 - Comics sobre la prueba.
- 5- Mi diario me acompaña durante toda la prueba.
- 6- Me impuse la obligación de escribir mi diario. hace frío y los dedos no responden.
- 7- Al anochecer, con una sensación térmica de 65° bajo cero, José María García ha logrado contactar conmigo a través de los radioaficionados de Santiago. Estoy orgulloso de esta foto.
- 8- Mi hogar por encima de las nubes. Atrás la pared sur.
- 9- Cualquier movimiento requiere un gran esfuerzo, por eso hago pocas fotos. Atrás el nevado juncal
- 10- Ya falta poco para terminar.
- 11- Última foto en la cumbre. Con la nariz congelada y la ropa sucia de no lavarme en dos meses.
- 12- Es descanso intermedio es vital para poder llegar abajo.
- 13- Me ha costado 7 horas descender al campamento Berlin.
- 14- Estoy mas debiel de lo que pensaba.
- 15 - He bajado mucho de peso.
- 16- Se me ven los huesos.
- 17- En el refugio Plaza de Mulas todos quieren festejar. Yo lo unico que quiero es descansar.
- 18- La comida es vital para recuperar energia.





«*record mundial*».... o sea que no me queda otra posibilidad si quiero pagar mis deudas y volver a hacer expediciones...

Hoy he comido *charqui*, carne de caballo secada al sol. Es algo corriente en Chile, y también lo era entre los gauchos de la pampa, aunque en Europa no se conozca. Sabe bien, y es muy útil en la montaña porque no se pudre, pero me ha caído un poco pesada.

En la comunicación del día Marcelo me ha dicho que mi aventura ha creado grandes expectativas abajo, y que los tienen locos a preguntas. Me ha contado que Maribel ya ha partido en su expedición, pero que aún no saben nada de ellos. También me ha advertido de la posibilidad de que se produzcan fuertes nevadas y tormentas, y me ha dado algunas sugerencias para solucionar el problema de la batería... ¿Otra tormenta? ¿Y cómo podré resistirla? Esta noche he salido, y al mirar hacia el lado argentino la he visto: un mar de nubes impresionante que cubre todos los valles y parece desplazarse hacia aquí. De entre los negros nubarrones apenas sobresalen las cumbres más altas. ¿Cuánto tardará en llegar hasta mí?

8 de febrero

Día 57 en la cumbre del Aconcagua. El día comenzó con una nevada tan impresionante que cubrió la tienda casi por completo. Cuando me desperté me asombró que no pasara la luz, y era porque la nieve formaba paredes a los costados que lo impedían. El viento todavía no ha soltado toda su fuerza demoníaca, pero aun así impulsa nieve por mi puerta rota.

¡Bruuum! Con el primer gran trueno mi cuerpo se estremeció, porque pareció que toda la montaña vibraba. Después comenzaron los rayos. La oscuridad anterior se iluminaba con súbitos resplandores mientras el ambiente se percibía cargado de electricidad. ¿Y si me caía un rayo? Por precaución arrojé el piolet lo más lejos posible de la tienda, así como los cacharros y todo lo que fuera de metal, pero los rayos han seguido con sus disparos cerca de mí. De hecho, llevo ya dos días con la tensión de saber que uno de ellos puede acabar conmigo en



«*record mundial*».... o sea que no me queda otra posibilidad si quiero pagar mis deudas y volver a hacer expediciones...

Hoy he comido *charqui*, carne de caballo secada al sol. Es algo corriente en Chile, y también lo era entre los gauchos de la pampa, aunque en Europa no se conozca. Sabe bien, y es muy útil en la montaña porque no se pudre, pero me ha caído un poco pesada.

En la comunicación del día Marcelo me ha dicho que mi aventura ha creado grandes expectativas abajo, y que los tienen locos a preguntas. Me ha contado que Maribel ya ha partido en su expedición, pero que aún no saben nada de ellos. También me ha advertido de la posibilidad de que se produzcan fuertes nevadas y tormentas, y me ha dado algunas sugerencias para solucionar el problema de la batería... ¿Otra tormenta? ¿Y cómo podré resistirla? Esta noche he salido, y al mirar hacia el lado argentino la he visto: un mar de nubes impresionante que cubre todos los valles y parece desplazarse hacia aquí. De entre los negros nubarrones apenas sobresalen las cumbres más altas. ¿Cuánto tardará en llegar hasta mí?

8 de febrero

Día 57 en la cumbre del Aconcagua. El día comenzó con una nevada tan impresionante que cubrió la tienda casi por completo. Cuando me desperté me asombró que no pasara la luz, y era porque la nieve formaba paredes a los costados que lo impedían. El viento todavía no ha soltado toda su fuerza demoníaca, pero aun así impulsa nieve por mi puerta rota.

¡Bruuum! Con el primer gran trueno mi cuerpo se estremeció, porque pareció que toda la montaña vibraba. Después comenzaron los rayos. La oscuridad anterior se iluminaba con súbitos resplandores mientras el ambiente se percibía cargado de electricidad. ¿Y si me caía un rayo? Por precaución arrojé el piolet lo más lejos posible de la tienda, así como los cacharros y todo lo que fuera de metal, pero los rayos han seguido con sus disparos cerca de mí. De hecho, llevo ya dos días con la tensión de saber que uno de ellos puede acabar conmigo en



El último bote de alimentos. La comida es lo que más me tiente de la vida del valle. Paso muchas horas soñando con ella.

un instante. Anoche, y durante un momento, me aterroricé y comencé a rezar mientras los rayos caían a mi alrededor.

Me extrañó el verme rezar. Yo no soy religioso, nunca pienso en ese tema, pero en aquellos momentos tan intensos fue algo que me salió de dentro, del inconsciente... Me sentía impotente, no podía hacer nada, y pedí ayuda...

He pasado la noche hundido en los sacos, enroscado sobre mí mismo como un niño que espera que, en cualquier momento, aparezca el ogro que se lo va a

comer. Por la tarde me di cuenta de que las varas que sujetan la tienda son metálicas, y que ésta es como un pararrayos. ¡La antena de la radio es de metal ...! Solté rápidamente los lazos que cierran la puerta interior y la arrojé fuera. Al instante cayó un rayo en el saliente de una roca, a unos cinco metros de distancia de la tienda, produciendo un estallido y una luz cegadora que me hizo caer de espaldas. ¿Casualidad? A veces, cuando los rayos caen cerca, las piedras saltan hacia todas partes. Me asombra estar todavía con vida y haciendo estas anotaciones, mientras la tormenta se abate furiosamente contra la tienda y los rayos

atravesan el aire. ¿Cuánto durará? ¿Y cuánto duraré yo? Tengo mucho miedo.

9 de febrero

Día 58 en la cumbre del Aconcagua. Cesó la tormenta. Pero esta tarde ha habido otra, más breve pero más furiosa. Lo he pasado muy mal.

11 de febrero

Día 60 en la cumbre de Aconcagua. Estos últimos días se me están haciendo mucho más largos que todos los que he pasado aquí hasta ahora. Ya ni siquiera me entusiasma la idea de hacer estas anotaciones, cuando hasta ahora era una actividad que me acompañaba mucho, algo así como hablar con uno mismo. Me imagino que esto obedece a una contradicción: por una parte, mi cuerpo se acerca al límite de resistencia, y me siento muy debilitado, pero al mismo tiempo mi mente está más acostumbrada a la situación y responde con mayor lucidez. Ahora me doy cuenta más claramente del paso del tiempo que en aquellos días en que estaba como atontado. Y los días se hacen interminables... Sólo pienso en el momento de la bajada. Esta idea se ha convertido en una obsesión...

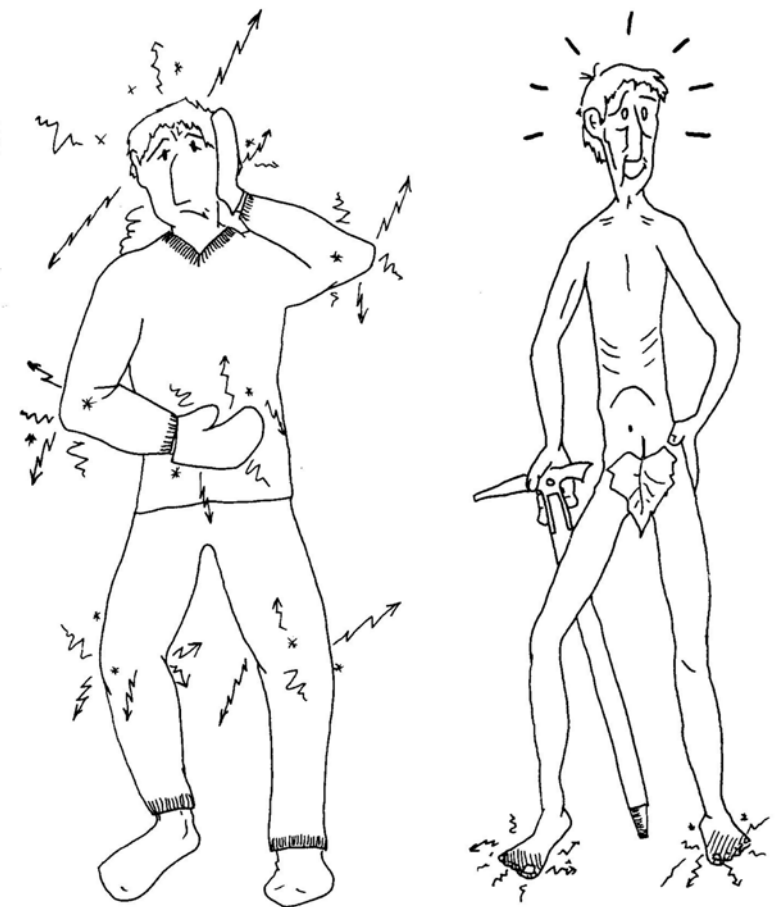
He perdido el entusiasmo por todo. Apenas leo, y me he convertido en un descuidado en lo que respecta a la tienda. Ya casi no limpio su interior, ni despejo la nieve de los laterales. Me digo que debo reforzar la muralla de piedras que la protegen, pero los días van pasando sin que lo haga. Llevo dos meses encerrado en esta tienda de dos metros cuadrados, sin apenas ver el sol, y supongo que mi mente sufre las consecuencias. Imagino que también influye el hecho de que sigo sin poder comunicar por radio, y eso acrecienta la sensación de soledad. Ahora tampoco recibo. Es un problema de batería, estoy seguro, aunque la desarmé por completo y no he podido encontrar el fallo. Me siento aislado del mundo y eso me hunde, justamente cuando debiera sentirme más eufórico: mañana es el día 61 de mi permanencia, y ya

habré superado los días que estuvo el francés en el Huascarán. Tendré que celebrarlo de alguna manera.

12 de febrero

Día 61 en la cumbre del Aconcagua. Hoy he batido el *record* mundial de supervivencia a gran altitud. ¿Y qué?

He tratado de comerme el coco para sentirme contento y emocionado. He recordado las palabras de Marcelo diciendo que se había creado mucho revuelo allá abajo con mi experiencia, pero... no me siento ni emocionado ni contento. Para mí es un día más aquí arriba o, para ser sincero, un día menos hasta el descenso. Cuento los días, como los presos. No me doy cuenta de lo que he hecho.... no puedo tener una dimensión aproximada de su importancia.... si es que la tiene. ¿Debería sentirme orgulloso? Bien, no lo estoy, me siento exactamente igual que cuando hice cumbre en el Annapurna 111 en solitario; estaba alegre porque ya no tenía que seguir subiendo..., pero nada más. No tenía con quien compartirlo... ¡Eso es! ¡Y lo mismo sucede ahora ... ! Las emociones sólo te hacen vibrar si puedes compartirlas ... Con lo del Annapurna, sólo vibré verdaderamente cuando se lo contaba a mis amigos y a mi familia. Ahora sucede lo mismo. Todo sería muy distinto si Maribel estuviese a mi lado. Me siento mal al no tener noticias tuyas; lamento no poder oír su voz ni decirle que compartamos juntos la alegría de haber batido el *record*. ¿*Record*? Esta palabra no debería existir cuando se habla de montañas. Habría que inventar otra que significara «jugar-a-superarse-a-sí-mismo-apoyándose-en-la-experiencia-de-los-demás», jugar a un «más difícil todavía». Pienso que si lo que se considera *record* es pasar todas las noches arriba, en la cumbre, de manera continuada, pasar una noche abajo, en el valle, te «descalifica». En ese caso, los cuatro primeros días que yo pasé aquí y que cuento al hacer la suma no tienen valor. O sea que no «ganaré» hasta dentro de cuatro días, cuando haga el día 65 y... Bueno, basta ya, estoy harto hasta de escribir. ¡Qué aburrido ha resultado este día tan importante!



Antes

Después

Al principio de la prueba el cuerpo y la mente se sienten enfermos por la falta de adaptación a la altura. Al final de la prueba el cuerpo se encuentra muy debilitado por el desgaste de la altura, pero la mente está “limpia” y “profunda”.

13 de febrero

Día 62 en la cumbre del Aconcagua. Ha vuelto el mal tiempo. Todo el día de hoy ha nevado, y el viento es cada vez más fuerte. Ahora lleva una velocidad de 90 kilómetros por hora, y la sensación térmica es de 63 grados bajo cero. La tienda está parcialmente cubierta de nieve. No



Primera escalada mundial al Annapurna III (7555 msnm).
Al fondo se ve el Machapuchare, la montaña sagrada del Nepal.

tengo ganas de enfrentarme a otra tormenta, lo único que me apetece es bajar de una vez.

Al atardecer se me ocurrió la idea de unir varias pilas pequeñas que tenía de reserva con la intención de recibir noticias de abajo. Aunque yo no pudiera comunicar, se me metió en la cabeza que oír a Marcelo me resultaría reconfortante, y acaso me diera noticias de Maribel. No sé nada de ella y me preocupa que intente subir al campamento Berlín con este tiempo.

Resulta muy difícil unir con cables las pilas y pegarlas con esparadrapo para obtener el voltaje deseado. Se despegan y es un rollo. Aun así he podido hacer un montaje precario, y a la hora habitual he salido de la tienda para intentar la comunicación. Me ha costado mucho pasar por la puerta, porque la nieve endurecida la había bloqueado, así que me he visto obligado a excavar. Al salir me he hundido hasta las



Los últimos días todo se complica. Nieva mucho, y ha bajado la temperatura.
Tengo los pies insensibles, y además las radios se han congelado.

rodillas en la nieve, porque es aquí donde el viento la ha acumulado en mayor cantidad, en la zona de la cumbre. Mi pobre tienda está casi totalmente oculta bajo la nieve.

Temblando de frío me decidí a esperar. Hice un agujero en la nieve para protegerme del viento y aguardé con la radio encendida. Ni siquiera funcionaba el PTT, para apretarlo y hacer señales de morse, es decir que no había posibilidad de hacerles saber que los oía. Y entonces sucedió lo inesperado:

-Atento, atento, Aconcagua... Aquí José María García, de Antena 3, en directo desde España. ¿Me recibes?

-Fernando Garrido, ¿me recibes? Cambio.

-Al habla Erasmo López, periodista chileno, emitiendo desde el refugio Berlín, a 6.000 metros de altura. Yo te recibo bien. Dime qué tal me oyes tú. Cambio.

¡De modo que Maribel, Erasmo y Miza habían logrado llegar al campamento Berlín! Me desesperé la impotencia de no poder avisarles que los estaba oyendo.

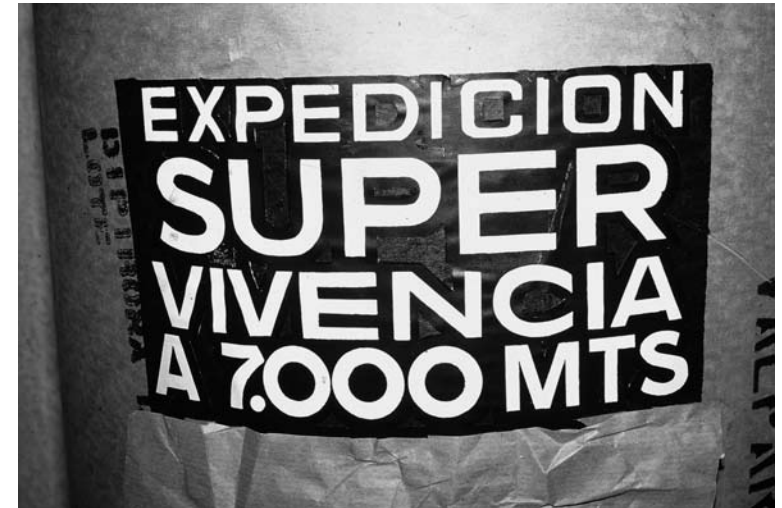
-Erasmo, soy José María García, se te oye con mucho ruido de fondo. ¿Podrías explicar a los oyentes qué haces a esa altitud y si sabes algo de Fernando Garrido? Cambio.

-Soy un periodista que he venido con una expedición de andinistas chilenos con la intención de ayudar a Fernando el día de la bajada y hacerle la primera entrevista después de su éxito. Maribel, la novia de Fernando, también ha venido con nosotros, aunque ahora se encuentra en el campamento base porque el tiempo es pésimo. Cambio.

-Perdona, pero ¿tienes alguna noticia de Fernando Garrido? ¿Saben si es posible que nos esté escuchando?

-No queremos asustar a la gente que pueda oírnos allá en España, pero estamos preocupados por Fernando, porque ha caído mucha nieve y hubo un gran temporal de viento que nos ha destruido un campamento que teníamos instalado a más de 5.000 metros de altura. Hemos hecho varios intentos de subir a la cumbre, pero ha sido imposible, y ahora estamos viviendo unos momentos bastante trágicos, porque estamos aislados y tampoco podemos descender. Por ahora no necesitamos ayuda, de todos modos. Repito: no necesitamos ayuda. Cambio.

Quien haya pasado alguna vez por la experiencia de oír a dos amigos preocupados por uno y no poder responder para tranquilizarlos podrá imaginar cómo me sentí en ese momento. Maldije a mi batería por impedirme decir las palabras necesarias para calmar a los que se preocupaban por mí. No podía dejar de pensar en la angustia de mi hermano Javi, de toda mi familia, si estaban escuchando aquel programa.



Mi prueba no sólo ha conmovido a la opinión pública. El Rey de España y el presidente del gobierno se han interesado por mi estado.

-Erasmo, te hemos copiado bastante bien, aunque se oye muy fuerte el ruido del viento al fondo, pero me figuro que será inevitable. La razón de esta comunicación es que su majestad, el rey de España, quería decirle a Fernando unas palabras de aliento...

¡Ostras!

Esperemos que estas palabras puedan llegar a la cumbre más alta de las Américas... ¿Majestad..? Está todo listo para la comunicación. Tiene línea directa con el Aconcagua...

-Gracias, José María. Me alegra muchísimo estar en contacto contigo para transmitir a Fernando todo mi afecto y dirigirle unas palabras. Atento, Aconcagua, dime qué tal me copias...

-Perfectamente, perfectamente. Soy Erasmo López. Es muy emotivo para mí tener la oportunidad de poder hablar con usted. Cambio.

-Erasmo, me gustaría que transmitieras a Fernando mi alegría de poder dirigirle estas palabras de aliento y hacerle llegar el apoyo de todos los amantes del deporte, que seguimos día a día su hazaña, y que deseamos además que llegue intacto hasta el día de la bajada. Yo, por mi parte, espero verle pronto por aquí, en nuestras pistas de esquí, o bien poderle saludar y felicitarle personalmente. Hasta entonces... ¡mucho ánimo! ¡Mucha suerte! Y que sepa que todos los españoles estamos con él. Cambio.

-De acuerdo, muy bien, recibido al ciento por ciento. Si Fernando no recibió el mensaje, haremos lo posible por hacérselo llegar. ¡Gracias, majestad!

-José María, dale un abrazo muy fuerte a Erasmo, a Marcelo, a Flavio y sobre todo a Fernando, que sepa que todos estamos a su lado y que gracias a tus transmisiones toda España está siguiendo su hazaña muy de cerca...

-Perdón, majestad Son doce minutos y veinticinco segundos después de la medianoche, cuatro horas menos en Chile. También tenemos comunicación directa con el palacio de la Moncloa, con el presidente del Gobierno, el señor Felipe González. Señor presidente, soy José María García, muchas gracias y buenas noches.

-Buenas noches, José María. Yo también tenía intención de felicitar y dar ánimos a Fernando Garrido, pero el mensaje del rey representa el de todos los españoles. Sólo me queda desearle todo lo mejor...

Estuve largo rato acurrucado en mi cueva de nieve sin poder creermelo del todo lo que había oído. Sin poder tener una dimensión real de la magnitud que estaba tomando la noticia. Ahora, que intento recordarlo todo para anotarlo aquí, me doy cuenta de que estoy muy contento.

15 de febrero

Día 64 en la cumbre del Aconcagua. Prácticamente cuento las horas, los minutos y los segundos: ya sólo me faltan dos días. El valle me atrae de un modo increíble... Bajar significará muchas cosas. Tal vez eche de menos este diario, que a trancas y barrancas ha terminado por cobrar vida, y también perderé la posibilidad de disfrutar de la belleza de estos panoramas de altura. Pero volveré a recuperar la energía, respiraré oxígeno, veré correr el agua, veré plantas, flores, árboles, animales, hablaré con la gente, tendré ganas de vivir y disfrutar como antes, no necesitaré llevar tanto abrigo, dormiré en lechos cómodos, podré bañarme y llevar ropa limpia, y disfrutaré de la comida que me gusta. Lo que más me atrae del valle es la posibilidad de la comida.

He leído todos los libros que me traje. Ya no puedo asomarme a esas ventanas imaginarias que me permitían evadirme de aquí y soñar que vivía otras aventuras en otros mundos. Realmente, no tengo nada en qué entretenerme salvo imaginar manjares exquisitos y hacer que mi imaginación disfrute con ellos. Paradójicamente, casi no tengo hambre, y me resisto a comer los pocos alimentos en polvo que me quedan. Les he tomado asco.... ¡quiero comida de verdad!

¿Cómo matar el tiempo hasta el descenso? Ha sido mi mayor problema ayer y hoy. Ni siquiera tengo música, al no poder cargar las baterías pequeñas por falta de sol. Ayer estuve prácticamente atontado durante todo el día a causa de los somníferos. Los tomé para dormir más tiempo, para que las horas pasaran más rápido.

He cogido una práctica increíble en tomarme los datos médicos. Lo he hecho ya tantas veces... Al comparar con los datos anteriores, siento pena de descubrir el modo impresionante en que mi cuerpo se debilita. Ahora, con el dinamómetro, sólo puedo llegar hasta 51,

cuando antes alcanzaba 68. Abajo soplabla hasta 7.300, y ahora llego con esfuerzo a 5.300. Los huesos de mi pecho sobresalen, manteniendo tirante la piel que los cubre. En el valle me enteraré de los kilos que he perdido, puesto que aquí no funciona la báscula. Además, mi corazón comienza a acusar el esfuerzo y a veces su ritmo se altera, como si se detuviera unos instantes y luego acelerara su marcha para compensar. ¡Bel, si me vieras ahora...! La verdad es que tengo un aspecto bastante impresentable. Los pies me duelen mucho, y su aspecto es muy desagradable. Me alegro de que no hayan reventado las ampollas, pues eso es lo más peligroso, pero ya se me han caído algunas uñas, y se me está desprendiendo la capa de piel negra y muerta.

Releo esta descripción y veo que me ha salido en plan trágico. Imagino que estas anotaciones reflejan que me siento muy deprimido; todo se junta para que estos días sean los peores de mi estancia aquí en la cumbre. En mi interior he perdido el deseo de luchar, y sólo ansío regresar al valle. Mientras escribo miro a mi alrededor y veo que la tienda parece un devastado campo de batalla, donde todas las cosas se hallan tiradas y desordenadas, mezcladas con la nieve, que no para de entrar por los agujeros. Tengo mucha sed. Tomaré un poco de esta nieve y la derretiré. Me he vuelto un experto en «cocina de altura».

16 de febrero

Día 65 en la cumbre del Aconcagua. ¡MAÑANA! Quisiera llenar esta hoja escribiendo una y otra vez esa palabra: mañana, mañana, mañana... Por fin se acerca el momento. Estoy excitado, pero también bastante preocupado, porque el tiempo se ha puesto fatal y temo que no me deje bajar mañana o que, si lo hago, lo pase muy mal. La sensación térmica es de 68 grados bajo cero, y el Viento Blanco sopla a 120 kilómetros por hora. ¡Es el día más frío de todos los que llevo aquí!

Esta vez el huracán no se ha convertido en una amenaza grave porque, como la tienda está prácticamente sepultada por la nieve, la protección es bastante buena.

No dejo de pensar en cómo será la bajada hasta los 6.000 metros. Me obsesiona. Sé que si logro llegar hasta el campamento Berlín lo habré conseguido, pues desde allí podré bajar como sea o esperar que suban a buscarme, si ven que no llego. Por otra parte, de acuerdo con lo que oí por la radio, es posible que aún estén allí los porteadores y el periodista, aunque dijeron que tenían intención de descender porque lo estaban pasando mal. Ha nevado muchísimo y no sé cómo estará la Canaleta. Si al menos el Viento Blanco se calmara un poco...

Ya he decidido que abandonaré todo lo que no sea imprescindible, para bajar con el mínimo peso y hacer las cosas un poco más fáciles. De todas maneras me tengo que llevar la cámara fotográfica y los carretes, los aparatos médicos, los datos, los centenares de páginas que llevo escritas y que deben pesar una tonelada, las radios, la placa solar, el magnetofón, y por lo menos uno de los sacos y el gas, por si tengo que pasar alguna noche en el refugio Berlín. O sea que, pese a dejar la tienda, los otros sacos, los libros y todas las demás cosas, aún bajaré con la mochila bastante cargada. No quiero dejar restos de basura o material aquí arriba, lo que sería como una huella impía de los pasos del hombre en esta cumbre, así que no me queda otro recurso que enterrarlos.

Es medianoche. La ansiedad me impide dormir. Me he puesto a escribir por hacer algo, pero no tengo mucho que agregar, salvo que me parece como si el día de mañana no llegara nunca. He salido al exterior para enterrar la basura y el Viento Blanco me ha tumbado varias veces. ¡El «Supervivencio»! ¡No puedo olvidarme de él!... ¿Lo habré guardado ya en la mochila? Lo buscaré ahora mismo.

17 de febrero

Día 66 en la cumbre del Aconcagua. Bien, ya está. Casi no me lo puedo creer. ¿Dormiré en una cama blanda esta noche? ¿Comeré cosas ricas? No he pegado ojo en toda la noche de lo nervioso que



¡Por fin ha lledado el día de la bajada!
Aunque cueste creerlo, me sobra el oxígeno.

estaba. Ya he guardado todo en la mochila y me he asomado al exterior. Afortunadamente el día se ve despejado, pero la temperatura es bajísima. Dentro de la tienda hay 35 grados bajo cero. Pero el viento se ha calmado un poco. Escribo todo esto mientras aguardo a que el sol caldee el ambiente. Tengo miedo por mis pies: se hallan en el límite, y hoy inevitablemente los expondré mucho tiempo al frío. Pero basta de quejas, por fin ha llegado el día esperado. Tengo que sacar fuerzas de donde sea para llegar hasta el Berlín. ¡Vamos, Fernando...!

Al salir me dije: «Tienes que moverte rápidamente, porque con este frío te puedes quedar congelado»; pero moverse parecía casi una irreverencia en aquel paisaje lunático, completamente blanco, apenas cortado por el intenso azul del cielo limpiísimo. Me costó trabajo sacar la mochila por el agujero que tuve que excavar para asomarme al exterior. Con movimientos lentos y torpes desenterré la tienda y la metí en un agujero de una piedra cercana, junto con las últimas cosas que aún

me quedaban. Utilicé las piedras del muro de protección para tapar el agujero y me detuve para calentarme las manos mientras me invadía una gran pena por abandonar la tienda. ¡Estaba tan orgulloso de ella, había soportado tanto!

Cuando comencé a avanzar, no quise mirar hacia atrás. Era el mejor modo de decir adiós a mi campamento. Poco después llegué a la Canaleta. Había trozos con poca nieve, donde sobresalían las piedras, pero en otros sitios me enterraba hasta la cintura al dar un paso. Salir me costaba mucho, sobre todo por el peso de la mochila en mi espalda... Después de hundirme dos o tres veces, me volví más prudente antes de adelantar el pie. Descubrí que estaba demasiado obsesionado con llegar al valle, demasiado relajado y por lo tanto demasiado vulnerable, de modo que me abofeteé un par de veces para espabilarme y concentrarme. Un solo fallo y... Pese a tantas precauciones, tropecé y caí una y otra vez, una y otra vez por la maldita Canaleta.

A ratos, en el suelo, me acometía la tentación de abandonarlo todo y quedarme a descansar allí. Me decía a mí mismo que estaba loco, que moriría congelado, y luego me engañaba con que sería sólo un momento... Pero me levantaba, avanzaba un par de pasos... y volvía a caer. Después, al ver nieve blanda, se me ocurrió dejarme resbalar un par de veces, para apresurar el descenso, pero le cogí miedo a la estrategia, mientras me censuraba a mí mismo por haber abandonado también los crampones. Opté por seguir el descenso de espaldas, con la cara vuelta hacia la nieve, clavando el piolet y tallando escalones para poner los pies. Me sentía extremadamente tenso. El liso nevero descende varios cientos de metros por el Gran Acarreo. Si resbalaba no tendría fuerzas para detenerme, y sólo me pararían las piedras del fondo...

Por fin, el calvario de la Canaleta terminó. Seguí descendiendo hasta llegar al antiguo refugio Independencia y decidí no detenerme, porque hubiera sido peor luego volver a ponerse en marcha. Me puse el «piloto automático» en la cabeza y comencé a imponerme un paso más, ahora otro, ahora el siguiente, vas bien, ahora un nuevo paso, cuidado, sí, lo estás haciendo bien, avanza otro poco...

Escribo todo esto desde el campamento Berlín. ¡Berlín, por fin he llegado! He tardado más de siete horas en bajar. La primera vez lo hice en poco más de una hora. Aquí no hay nadie, está totalmente abandonado. Pero por lo menos estoy en lugar seguro. Ahora está empezando a atardecer. No creo que me mueva de aquí, por lo menos hasta mañana. Me he quitado las botas para calentarme los pies, que me duelen bastante. Tengo las piernas insensibles a partir de las rodillas. La carne se ve blanca como el mármol, y las articulaciones apenas responden. Las friegas, desde luego, resultan inútiles. He encontrado algunas cosas ricas para comer, abandonadas por otras expediciones.

Acabo de oír un grito.

-¡Fernandoooo...!

Salí rápidamente del refugio y lo vi. Miza había subido hasta aquí, para ayudarme a bajar. Mientras lo abrazaba, se me saltaron las lágrimas de los ojos. «¡Se ha acabado todo, lo he conseguido! »

«Se acabó el pasarlo mal, ahora comienza lo bueno.» La evidencia de la verdad me derrumbó y caí sobre la nieve. Saber que no tienes que luchar más, que el peligro extremo con el que has convivido ha quedado atrás, que no estás solo... Me abandoné a los brazos de Miza, dejando que él se hiciera cargo de la situación como si yo fuese un niño pequeño...

Miza cargó todo el peso en su mochila y me ayudó a ponerme en movimiento. Yo no quería, estaba literalmente exhausto. Mi deseo era reanudar la marcha al día siguiente, pero él dijo que no era prudente, y puesto que estaba en sus manos decidí obedecerle. Al ir descendiendo, me llamaba la atención el cambio de paisajes, como si hubiera pasado décadas allá arriba. Poco a poco comencé a advertir que respiraba cada vez mejor. Miza tuvo que detenerse varias veces a esperarme porque mi avance era lento. A veces, las piernas se me doblaban y caía tumbado sobre la nieve. Miza corría hacia mí, me ayudaba a levantarme y me pasaba el brazo por los hombros, para ayudarme a caminar.



Me ha costado siete horas bajar por la Canaleta hasta el campamento Berlín. Estoy más débil de lo que creía.

Mi cuerpo comenzó a sentir la hiperoxigenación y mi mente acusó el impacto. Fue como despertar lentamente de un larguísimo letargo. Me sentía excitado, dichoso, eufórico, a pesar de mi debilidad, y hablaba constantemente, mientras el anochecer se cernía sobre nosotros. Me quité los guantes y las gafas porque el aire era cada vez más suave. Y entonces, de pronto, divisamos el campamento base. Entonces comenzamos a gritar y a hacer señas con los brazos. Yo llamaba a Bel.

El primero en llegar hasta mí fue Erasmo López, el periodista. Miza me lo presentó. También fue el primero en felicitar me. Recorrimos los 150 metros hasta el campamento base hablando de su esfuerzo por lograr un reportaje mío, que lo había llevado a ascender hasta los 6.000 metros y a comprender en carne propia lo que yo había pasado. La noche llegó junto con nosotros al campamento. Un grupo de personas nos salió al encuentro y todos se dedicaron a felicitar me y abrazarme. Me sentía confuso. ¿De dónde había salido toda esa gente? ¿Y dónde estaba Maribel? Después de los primeros saludos la gente se apartó y entonces la vi, detrás de todos, aguardando que le llegase el turno de saludarme. De pronto todos se quedaron callados, mirándonos para ver cuál era nuestra reacción, esperando acaso un encuentro emotivo al estilo de Hollywood. No fue así. Nos bastó con mirarnos.

-Hola...

-Hola, Bel. Estás más delgada. ¿Tienes frío?

-Tú sí que estás más delgado. ¡Da pena verte!

Todos estallaron en risas. Bel me tomó tímidamente de la mano y avanzamos hasta el refugio de madera. He pensado tanto en cómo sería nuestro reencuentro... Todo ha resultado diferente, como si apenas nos conociéramos. Sentíamos demasiado pudor, delante de toda aquella gente. De algún modo, sabíamos que sólo podríamos darnos la bienvenida cuando estuviéramos solos.

EPÍLOGO

Las personas que estaban aquella noche en el campamento base eran españoles de Santander y de Asturias, yugoslavos, argentinos, montañeros que esperaban el buen tiempo porque en las dos últimas semanas el Viento Blanco había impedido que ascendieran al Aconcagua. Mientras me acosaban a preguntas, yo no podía dejar de mirar a los que preparaban la comida. Cortaban tomates, muy rojos, muy bonitos... Después los sirvieron aliñados con aceite, vinagre y sal. Creo que jamás podré olvidar la sensación de tomar un tenedor (¡limpio!) y meterme una rebanada de tomate en la boca...

Los recuerdos de aquella primera noche de regreso a la civilización se hallan en desorden en mi mente. Por ejemplo, recuerdo que todos



En Puente del Inca me esperaban muchos periodistas y televisiones de todo el mundo. Me asombra la gran resonancia que ha alcanzado la noticia. (detrás de mí, mi amigo y técnico de radio Marcelo Salazar).

querían organizar una fiesta para celebrar mi vuelta, pero yo estaba tan cansado que nos prestaron una tienda para que Bel y yo pudiéramos

pasar la noche. También recuerdo que mis piernas parecían no existir de la rodilla para abajo, y eso me preocupaba. En un determinado momento, Bel, con su luminosa sonrisa, se volvió hacia mí y me dijo que había envejecido mucho y que estaba más calvo. Eso tampoco lo he olvidado.

A la mañana siguiente mis pies habían perdido su utilidad, y Maribel debía ayudarme cuando quería trasladarme de un lado para otro. Cometí el error de exponerlos al sol y entraron en reacción brusca. El dolor se hizo tan espantoso que tuve que tomar dos pastillas de un analgésico muy fuerte, para soportarlo. Sentía como si me estuvieran quemando las plantas con una tea. Bel se quedó a mi lado para ayudarme mientras me veía morder un pañuelo con los dientes, de furia y desesperación, y las lágrimas brotaban de mis ojos sin que pudiera controlarlas. Sólo después de tres horas de calvario feroz las pastillas comenzaron a hacer efecto. Entretanto, Bel tuvo que hacerse cargo de la situación y coordinar todo el operativo de descenso, mientras se preparaban las mulas.

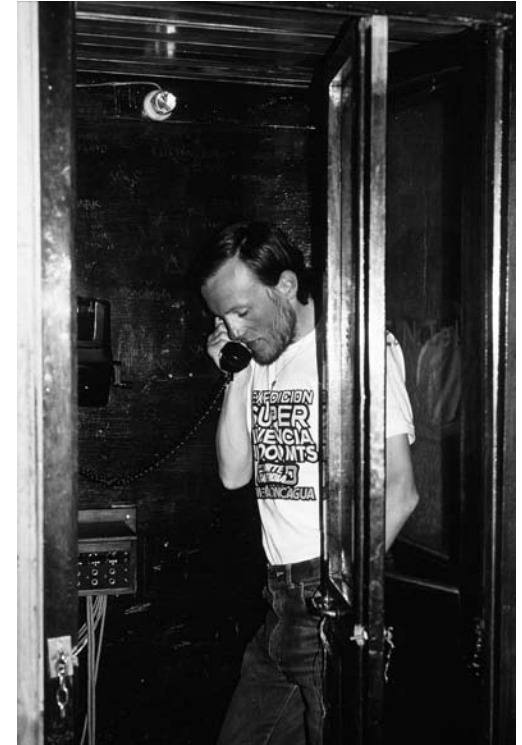
No puedo precisar ahora cómo fue el viaje hasta Puente del Inca. Me sentía «flipado» por los analgésicos mientras la mula me trasladaba, y sólo recuerdo el agua de los arroyos, que brillaba bajo el sol. Al llegar tuve que hacer un esfuerzo para superar mi atontamiento, porque había periodistas de todo el mundo esperándome desde la mañana. Muchos de ellos habían llegado en un enorme autobús fletado desde Santiago por Uriarte y Garmendia. Había gente de los canales chilenos y argentinos de televisión, y también de Estados Unidos y España. Periódicos, revistas, diarios..., todos me asaltaban con sus preguntas; eran ansiosos y amables, y buscaban el dato emocionante, el «gancho» para sustentar la crónica. Me sentía asustado y confuso en medio de aquellos *flashes* que me alumbraban constantemente...

En Santiago me reencontré con Marcelo y Flavio. Me dio mucha alegría volver a verlos. Después, en el hotel, el teléfono se dedicó a sonar casi constantemente. Al filo de la medianoche me llamó mi hermano Javi desde España y me advirtió que mi experiencia había tenido una difusión tal que más valía que me fuera preparando. De aquella prime-

ra noche eufórica y confusa recuerdo un enorme bistec que me pusieron en el plato, para la cena, y que no pude acabar, y al fin, una buena ducha. El agua la no ser yo mismo, limpio, salía literalmente negra. Me parecí bien comido y acostado en una cama blanda, con Maribel a mi lado.

Permanecimos durante una semana en Santiago de Chile, en una suite del mejor hotel de la ciudad, con todos los gastos pagados por Uriarte y Garmendia. En mi primera noche en Santiago, José María García volvió a establecer comunicación conmigo a micrófono abierto, y al enterarse de mis penurias económicas hizo un llamamiento en directo a todo el país. A los diez segundos llamaron desde El Corte Inglés: ¡un millón de pesetas!... No me lo podía creer... Veinte segundos después, llamada de Sánitas: ¡ochocientas mil pesetas! José María García me preguntó si ya tenía suficiente, y como dije que sí, ya no recibieron a otras empresas que seguían llamando...

Todos sabemos que la vida puede cambiar en un momento. Lo que no imaginamos es que ese cambio puede contener derivaciones inespe-



Desde Puente del Inca, hablo con mi hermano Javier, que se encuentra en España.



De nuevo en España. Primeras ruedas de prensa en El corte Inglés, que junto con Sánitas ha financiado gran parte de la expedición.

radas. En mi caso, de pronto, me convertí en un personaje importante al que se trataba con honores y al que se reconocía por la calle. En esos primeros días tuve que ir a la Sociedad Española de Socorros Mutuos para que me hicieran el primer examen médico; era importante que se hiciera rápidamente, antes de que el organismo iniciara su proceso de «normalización», de adaptación al medio ambiente que le es habitual. Me sentía extremadamente débil y mis pies seguían llevándome por la calle de la amargura, hasta tal punto que teman que llevarme y traerme en coche o taxi constantemente.

De esa especie de ceremonia de la confusión que fueron los primeros días en Santiago tengo el recuerdo de que yo era como una especie de muñeco obediente que hacía lo que le decían que hiciera. Todo me parecía bien, y estaba dispuesto a cualquier cosa... ¡Todo resultaba tan nuevo!... Marcelo se encargó de prepararme una apretada agenda de entrevistas, recepciones y homenajes, y Maribel siempre estaba conmigo... ¡La vida resultaba fácil! Nos regalaban ropa, nos invitaban a comidas, todos se mostraban cordiales con nosotros...

Iberia nos regaló los pasajes en primera clase para regresar a España. Había muchísimos periodistas en Barajas, aguardándome, y también mi familia y mis amigos de Zaragoza. Creo que allí, por primera vez, tuve conciencia de que todo había terminado, que el Viento Blanco no volvería a amenazarme, que el presente se convertía en pasado y el Aconcagua comenzaba a quedar atrás. Sólo ahora vuelve apasionadamente a mi memoria, al escribir este libro.

APENDICE I PLANTEAMIENTO MEDICO

Planteamiento médico¹

a) ¿Qué es el mal de altura?

El empeño del ser humano por medirse con lo que le es adverso, así como su afán de aventura, lo han impulsado hacia la conquista de las cimas montañosas desde tiempos remotos. Las referencias históricas mencionan la ascensión del Canigó en 1285 por parte de Pedro 11 de Aragón o, en 1336, la subida de Petrarca al Mont Ventoux. Pero al deseo de coronar las cimas se unió la ambición de las grandes alturas, y así fue como, en 1921, se intentó por primera vez el ascenso del Everest. Las tormentas y la falta de oxígeno pondrían límites a este sueño hasta 1953, cuando Tensing y Hillary alcanzarían la cima con la ayuda de botellas de oxígeno.

Otros 82 seres humanos seguirían sus pasos hasta el 8 de mayo de 1978, cuando Messner y Habeler realizarían la proeza de escalar el Everest sin la ayuda de oxígeno artificial. Con ello proporcionaban un excepcional aporte a la medicina deportiva al permitir un mayor conocimiento de la respuesta del organismo humano sometido a situaciones excepcionales.

En 1979 un médico francés, Nicolas Jaeger, logró permanecer durante 60 días a 6.768 metros, en el Huascarán (Peru), realizando estudios científicos. Desgraciadamente, murió al año siguiente en el Himalaya, sin haber podido elaborar un informe de sus resultados.

¹ Este estudio fue elaborado por los doctores Gregorio Martínez Villén y José Ramón Morandeira, del Laboratorio de Cirugía Experimental del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza, Cátedra de Patología y Clínica Quirúrgicas «A». El texto fue redactado por Gregorio Martínez Villén.

Problemas de la altitud

En este contexto, se habla de altitud al referirse a elevaciones superiores a 2.500 metros sobre el nivel del mar. No siempre se trata de montañas: también hay altiplanicies, mesetas y, desde luego, ciudades y poblaciones enteras que viven en ellas. Puede decirse que hasta los 3.000 metros el organismo normal no presenta problemas de importancia. Pero según las investigaciones realizadas en 1986 por el doctor Nultgren, a partir de los 3.000 metros surgen problemas en casi la tercera parte de las personas que ascienden a ese nivel con rapidez, sin la adecuada aclimatación previa. Lógicamente, a partir de los 5.000 metros estos problemas se multiplican, y es necesario poseer una buena preparación física para soportarlos.

Los problemas aparecen debido a la escasez de oxígeno, pues con el aumento progresivo de la altitud se verifica una disminución de la presión del oxígeno ambiental. Se establece entonces el siguiente proceso:

1) *Hipoxia.*

2) *Cambios en el transporte de oxígeno.*

3) *Alteraciones respiratorias, del sistema cardiovascular y de las glándulas secretoras.*

La *hipoxia* o deficiente oxigenación de las células desencadena importantes cambios en el proceso normal del organismo. Los glóbulos rojos, cuya misión consiste en captar y transportar todo el oxígeno que respiramos hasta los más apartados rincones del organismo, experimentan un aumento importante a fin de atraer la mayor cantidad de oxígeno posible. Simultáneamente, la respiración se «acelera», intentando absorber más oxígeno: se incrementan las inspiraciones y espiraciones por minuto, que serán aún más frecuentes si además se está desarrollando un esfuerzo físico, como el que impone la escalada.

La consecuencia lógica de esto es que el corazón trabaja a mayor velocidad y sufre un desgaste mayor. Y obviamente, también el cere-

bro y el resto de órganos de nuestro cuerpo se ven afectados en cuanto a la circulación sanguínea se refiere.

Patología de la alta montaña

Si el ascenso se produce demasiado de prisa, si el organismo no se halla en excelentes condiciones, si el entorno es singularmente adverso o si el período de aclimatación no se ha realizado correctamente, este tipo de modificaciones provocan alteraciones patológicas.

Los efectos negativos de la altura (con su escasez de oxígeno) sobre el cuerpo humano eran conocidos desde hacía mucho tiempo, pero en 1950 pudo obtenerse un testimonio vivo, cuando un montañero, el sacerdote jesuita José D'Acosta, escribió:

Cuando llegué a la cima de esa montaña... me vi sorprendido por tales punzadas de retortijones y vómitos que pensé que iba a perder incluso el alma...

Hoy sabemos que la descripción encaja perfectamente con el denominado «mal agudo de las montañas».

Este trastorno se manifiesta por sensación de malestar, torpeza en los movimientos, náuseas, dolor de cabeza, déficit respiratorio y vértigos. Habitualmente se presenta por encima de los 3.000 metros pero, desde luego, no todos los organismos son igualmente sensibles a las deficiencias de oxígeno; así, algunos poseen un mayor grado de resistencia, y otros comienzan a padecerlo a alturas bastante inferiores.

De acuerdo con los trabajos de Clarke (1984), los síntomas se presentan entre 6 y 36 horas después de haber superado el límite de la altitud, y se mantienen unas 48 horas. Según Nultgren (1986) los síntomas son más acusados si la ascensión se efectúa con rapidez. Los síntomas se van atenuando al perder altura, pero si se permanece en ella pueden prolongarse unos 8 días. Se les combate mediante una dieta controlada, analgésicos y una adecuada aclimatación.

La patología de la montaña puede llegar a derivar en cuadros verdaderamente graves, como el edema pulmonar o el edema cerebral de

altura. Los más frecuentes, sin embargo, no revisten tal gravedad, y son los siguientes:

Afecciones digestivas

La altitud modifica la tolerancia del organismo a los alimentos. Es corriente que se pierda el apetito, la digestión se haga más lenta y el tránsito de los alimentos por el intestino provoque alteraciones en las deposiciones.

Deshidratación

A causa de la extremada sequedad del ambiente ocasionada por la altitud, las pérdidas de agua por la respiración y la transpiración son muy elevadas. Si a ello se agrega el desgaste que impone el esfuerzo físico, se comprenderá por qué las posibilidades de deshidratación aumentan de forma importante.

Bajas temperaturas

Las adversas condiciones de supervivencia, el frío extremo, el déficit de oxígeno y el gran esfuerzo que se exige al organismo aumentan el riesgo de congelación, con diferentes grados de gravedad, y de hipotermia.

Trastornos psicológicos

Sometido a condiciones difíciles y excepcionales, todo ser humano, por fuerte que sea o crea ser y por bien preparado que esté, se halla expuesto a alteraciones en sus hábitos que provocan cambios en su comportamiento. El peligro, el miedo, la soledad, la infravaloración o supervaloración de sus propias fuerzas, alteran su sueño y su conducta, incluso dentro de un grupo.

Alucinaciones

Las alteraciones psicológicas y los trastornos de percepción inducen a la aparición de alucinaciones, es decir a la errónea captación de un estímulo por parte de los sentidos. El sujeto tiene conciencia plena de realidad sin que haya existido ningún estímulo externo. Son numerosos los testimonios al respecto, incluso por parte de personas

que han permanecido a grandes alturas durante un corto período de tiempo.

Agotamiento

El esfuerzo continuado, las condiciones adversas y el déficit de oxígeno pueden llevar a situaciones críticas de agotamiento que impidan una respuesta adecuada a las exigencias.

Aclimatación

En el caso de la altura, la aclimatación debe orientarse hacia los siguientes factores:

- Escasez de oxígeno.
- Sequedad extrema del ambiente.
- Bajas temperaturas.
- Adaptación al esfuerzo extraordinario.

Ya en la montaña, la aclimatación se facilita controlando que el ritmo de la ascensión sea progresivo, a la vez que se instalan sucesivos campamentos de altura, cada vez más elevados. Es aconsejable descender a dormir o permanecer varios días en cotas inferiores a las más altas que se hayan alcanzado, y luego volver a subir, a fin de poder estar durante más tiempo en los límites a los que se llegó anteriormente. Al llegar al último campamento se estará en mejores condiciones para lanzar el último ataque a la cumbre de siete u ocho mil metros.

Esta forma de aclimatación se denomina «diente de sierra», y está considerada como la más eficaz en ascensiones a las montañas más altas de nuestro planeta.

b) La experiencia desde el punto de vista médico

El proyecto de Fernando Garrido ofrecía interesantes posibilidades científicas desde la perspectiva de una evaluación del ser humano

y su comportamiento a grandes alturas. El estudio médico se dividió en tres fases:

1. Pre-expedición.
11. Expedición.
111. Post-expedición.

1 Pre-expedición

Esta parte del estudio se concentró en una revisión y constatación completas de su estado, a fin de obtener valores que sirvieran de referencia para evaluar las modificaciones producidas por la expedición. Se realizaron las siguientes pruebas:

* *Estudio analítico completo de sangre y orina.* Se llevó a cabo una valoración especial del estado hematológico en la suposición de que podía ser un área importante de futuras alteraciones.

- *Radiología de tórax.*
- *Estudio electrocardiográfico y de la tensión arterial.*
- *Revisión del historial clínico.* Se investigó acerca de los factores de mayor incidencia, así como posibles antecedentes de congelaciones, principios de edema pulmonar agudo y otras afecciones padecidas en expediciones anteriores.

Desde el punto de vista de las pruebas médico-deportivas, se realizaron las siguientes valoraciones:

* *Pruebas biométricas y antropométricas.* Peso, talla, porcentaje de grasa, peso de grasa, peso magro corporal, peso muscular, peso óseo, peso residual...

* *Valoración respiratoria en reposo y en ejercicio en cinta rodante.* Medición de capacidad vital, volumen espiratorio en un segundo y flujo espiratorio máximo.

* *Valoración muscular por dinamometría.* Se midió la fuerza por contracción muscular en ambas manos y por tracción dorsal y lumbar sobre un sistema mecánico.

* *Balance morfoestático.*

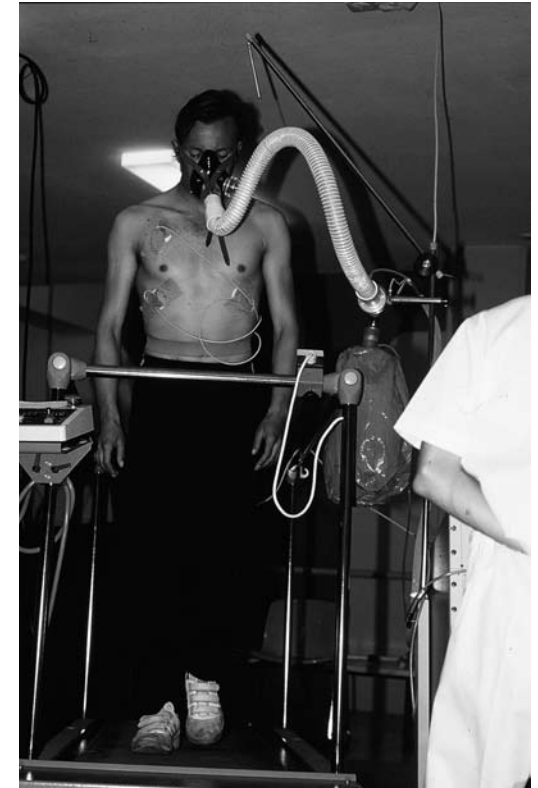
Asimismo, se realizaron otros estudios, como umbral anaeróbico, test anaeróbico aláctico de Margaria y test anaeróbico aláctico de Lewis.

Botiquines y aparatos de medición

De acuerdo con las circunstancias, y con fines prácticos, se decidió establecer un botiquín de primeros auxilios básico y otros dos complementarios, que formarían parte de la expedición. En otra caja iban los instrumentos de medición con los que Garrido haría su propio seguimiento. (Véase el equipo completo en el Apéndice III, «Listas de material».)

11. Expedición

‘ Esta fase dependía exclusivamente de Garrido, y del cuidado que pusiera en realizar su propio seguimiento. A lo largo de la experiencia se realizaron las siguientes valoraciones:



En el Centro de Medicina del Deporte de Zaragoza los médicos estudian concienzudamente al “Conejito de Indias” durante varios días.

- Análisis de orina con tiras reactivas.
- Toma de temperatura axilar por la mañana y por la tarde, todos los días a la misma hora.

○ Medición del pulso y las respiraciones por la mañana (antes de levantarse) y por la tarde.

- Tensión arterial diaria, por tensiómetro eléctrico.
- Temperatura ambiental.
- Capacidad vital cada 6 días, con espirómetro.
- Fuerza manual cada 6 días, con dinamómetro.
- Revisión oftalmológica por tablas.
- Grabación de los sueños, después de levantarse.

III. Post-expedición

La fase iniciada después de bajar del Aconcagua se llevó a cabo en su primera parte pocos días después del descenso, en Santiago de Chile; se prolongó en su segunda parte al regresar Garrido a Zaragoza, y la tercera parte consistió en su seguimiento durante los meses posteriores a la experiencia. Se repitió todo el protocolo previsto y se enriqueció con las siguientes valoraciones:

- Estudio de fondo de ojo, agudeza visual y campimetría.
- Tomografía cerebral computarizada de alta resolución.

○ Punción esternal para estudio de células formadoras de sangre (mielograma).

○ Oscilometría y Doppler computarizados para valorar la i percusión circulatoria de las congelaciones en manos y pies.

○ Radiografía de los pies para valorar repercusión ósca de las congelaciones.



¡Nada grave! Congelaciones de segundo grado que me impiden andar durante varios días pero que no dejarán secuelas.

○ Estudio de O.R.L., debido a una inflamación del oído (t u bari-tis) por descompresión.

Resultados

De la comparación de datos se desprende que, dentro de **los** valores analíticos generales, Garrido presentaba un aumento de tres millones de glóbulos rojos sobre lo habitual, con Incremento de otros valores, como la hemoglobina y las plaquetas. Los leucocitos, los electrolitos del plasma y otros valores se mostraron normales. En el mielograma se advirtió un aumento de las células formadoras de hematíes y plaquetas. A consecuencia de la destrucción celular y la pérdida de masa muscular, se presentó elevado el índice de ácido úrico.

La radiografía de tórax mostró prominencia del «segmento cono pulmonar» (arteria pulmonar) en grados que realmente no revisten importancia. El estudio radiológico de los pies no reveló anomalías.

El electrocardiograma denotó crecimiento ventricular derecho y retardo de la conducción del estímulo eléctrico de la rama derecha, ocasionado por la hipoxia. Las exploraciones sucesivas revelaron tendencia absoluta a la normalización.

La tensión arterial sufrió un pinzamiento destacable, hasta que se normalizó al hidratarse el sujeto correctamente.

Desde el punto de vista de la alimentación, se apreció debilidad y acusada pérdida de peso - 11 k-, períodos de inapetencia y propensión hacia los alimentos dulces.

Los estudios oscilométrico y Doppler computarizados revelaron afectación arteriolar regional, con respuesta disminuida en el proceso de dilatación de los vasos sanguíneos arteriales y alargamiento del tiempo de reaparición del pulso.

El resto de las pruebas no revelan ningún tipo de alteración remarkable.

De la experiencia realizada se deduce la importancia decisiva que tiene la falta de oxígeno en el comportamiento humano a grandes alturas. Parece evidente que la altitud se presenta como un medio definitivamente hostil para el ser humano, suponiendo un deterioro progresivo del organismo, cuyo envejecimiento adelanta, agotando sus reservas y dificultando e incluso impidiendo una recuperación rápida.

c) Peculiaridades del Aconcagua

Al encarar esta experiencia, se ha tenido en cuenta que el Aconcagua reúne una serie de características que lo diferencian de otras cimas, incluso de mayor altura.

El viento, con su sonido constante y desolado, induce a una sensación de aislamiento, temor y depresión psicológica. La cumbre de la montaña, unos 2.000 metros por encima de las

que la circundan, se halla frecuentemente sometida a temporales huracanados que, como si se tratara de un imán, parecen preferir de-

tenerse sobre ella, desencadenando vientos de hasta 200 kilómetros/hora, a temperaturas inferiores a los 40 grados bajo cero. Las condiciones especiales de presión barométrica a sus 7.000 metros (290 mm de mercurio respecto de los 760 mm de mercurio que se constatan a nivel del mar) contribuyen a explicar las dificultades extremas de su conquista y la proeza de sobrevivir en su cumbre.

d) Colaboradores médicos

Profesor Ferreira, Cardiología del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Doctor Gómez Casal, Hematología del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Doctor Fidel Fernández, Oftalmología del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Doctor Marsal, Cirugía Vascular del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Servicio de Radiología del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Laboratorio de Fisiología del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza.

Doctor Terreros, doctor Aragonés y doctor Arnaudás, del Centro de Medicina Deportiva.

Doctor Yarza y doctor Molina, Radiología Computarizada de la Clínica Montpelier de Zaragoza.

Doctor Peña, O.R.L. de Sánitas.

Doctor Castelló, del I.N.E.F. de Barcelona.

Doctor Martínez, de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Santiago de Chile.

APENDICE II

LISTA DE MATERIALES

El material empleado en la prueba de supervivencia se asemeja mucho al usado en las expediciones «normales» a montañas de más de 7.000 metros. Un punto a destacar es que una vez arriba tenía que autoabastecerme ante cualquier eventualidad, pues no disponía de ningún equipo de apoyo en la montaña. Por lo tanto, no podía olvidarme de nada, y debía tener siempre repuestos del material imprescindible.

Utilicé material mío de anteriores expediciones. Lo llevamos todo desde España y en sólo dos mochilas, excepto el material de radiocomunicación y la comida (que fue lo más voluminoso y que conseguí en Chile).

La lista que incluyo corresponde a la prueba de supervivencia en sí (es decir, los dos meses pasados en la cumbre). Durante la primera fase de la expedición (cuando subimos el material) los porteadores llevaron su propio equipo personal, además del material de montaña. Habría que agregar a estas listas una tienda de 4 plazas, material de cocina adicional, sacos de dormir y colchonetas (prestadas por los militares argentinos), que estaban fijas en el campamento base.

a) Equipo personal

Botas de montaña dobles de plástico, con interior de alveolite.

Botas de esquí de travesía dobles de plástico, con interior de alveolite.

Cubrebotas con aislante de suela libre.

Patucos de plumas.

Calcetines gruesos y finos.

Pantalón fino de chandal.

Cubre Pantalón de nylon con cremallera lateral.

Tirantes. Calzoncillos, camiseta de manga corta.
 Polo de cuello alto con cremallera.
 Camisa recia.
 Chaleco de plumas.
 Anorak grande con aislante (y capucha).
 Guantes finos interiores.
 Manoplas de forro polar.
 Cubremanoplas amplio de forro polar y nylon (y otras de repuesto).
 Pañuelo de cuello.
 Pasamontañas.
 Gafas de sol (y otras de repuesto).
 Gafas de ventisca (de esquí).

b) Material de montaña

Piolet con cordino.
 Crampones con fijación de palanca.
 Esquíes de montaña, pieles de foca y cuchillas de hielo.
 Bastones de esquí.
 Cordinos.
 Cuerdecita de 20 metros de largo y 3 milímetros de grueso.
 Mochila grande.
 Mochila de ataque.
 Petate para el depósito de material.
 2 sacos dobles de plumas.
 Funda de vivac.

Esterilla. Linterna frontal y varias pilas.
 Pala de nieve acoplable al piolet.
 Tienda de campaña.

c) Utensilios de cocina

Hornillo pequeño de gas (y otro de repuesto)
 Cacerolita de aluminio con tapa.
 Vasito de aluminio.
 Vaso de plástico.
 Cantimplora de aluminio.
 Cuchara (y otra de repuesto).
 Navaja suiza (y otra de repuesto).
 Abrelatas.
 Trapo de cocina.
 Botecito para el azúcar.

d) Fotografía

Cámara réflex (y otra de repuesto). Objetivo gran angular. Objetivo normal. Duplicador. Filtros Skylight, ultravioleta, polarizador, etcétera. Tornillo «trípode» aplicable al piolet. Flash. Funda acolchada aplicable a la mochila. Carretes de diapositivas de baja sensibilidad. Pilas de recambio.

e) Material de radiocomunicación y eléctrico

2 radiotransmisores pequeños con antena telescópica y baterías recargables. Pequeña placa solar. Batería tipo «moto».

Cable con bombillita para la luz. Cable de unión batería-radio-transmisor. Receptor de radio (FM-AM) con auriculares. Grabadora. Reloj - despertador digital.

f) Material médico

Elaborado por el equipo médico de la expedición (véase Apéndice I).

El material médico utilizado en la prueba en la cumbre del Aconcagua estaba compuesto por dos cajas de plástico de aproximadamente 25 X 20 centímetros - en una iban los instrumentos de medición y en la otra el botiquín principal-, y otras dos cajas pequeñas con los dos botiquines de marcha.

Instrumentos de medición

Tensiómetro de dígitos a pilas. Dinamómetro para medir la fuerza muscular. Espirómetro para medir la capacidad vital. Tiras reactivas para análisis de orina (sangre, cuerpos cetónicos, glucosa, proteínas, pH). Termómetro corporal y ambiental. Tablas oftalmológicas. Gráficas para anotar los datos diarios y lápices de colores.

Fuera de esta caja:

Probeta de medición de líquidos. Báscula de baño.

Botiquín principal

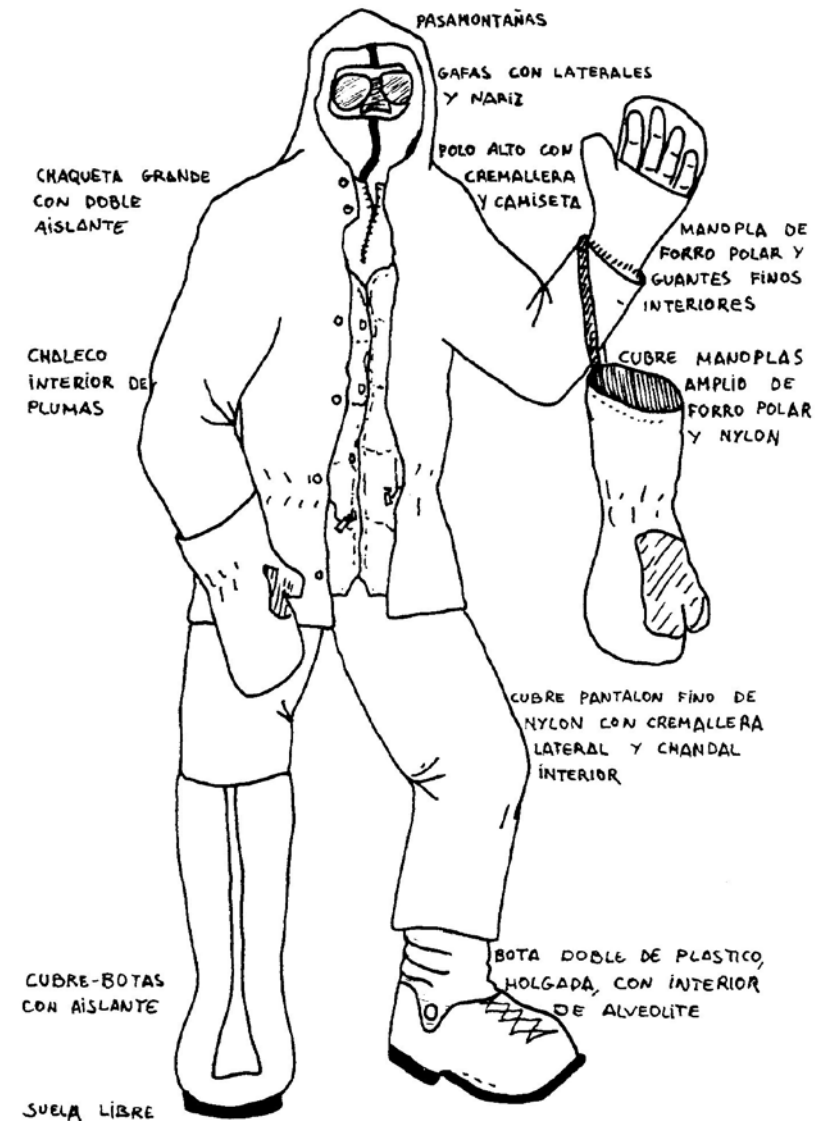
Betadine.

Jabón líquido.

2 vendas elásticas.

Venda pequeña.

Vendas (fuera de la caja).



Esquema del equipo personal.

Esparadrapo de tela ancho.
 Gasas estériles. 4 compresas gasa.
 Compresas metalizadas.
 2 Tu1grasum cicatrizante.
 2 Tu1grasum antibiótico.
 Tiritas abundantes.
 Alcotiras. Steri-strips.
 3 bisturíes estériles.
 Minimanual de primeros auxilios.
 Resumen de las indicaciones de las pastillas.
 Lámpara.
 Cepillito.
 Manta térmica.
 Maquinilla de afeitar.
 Tijeritas plegables.
 Cohortan pomada (antiinfeccioso cutáneo).
 Azol polvo.
 Colircusí antibiótico-sedante (colirio).
 Neo-hubber gotas (oído-nariz).
 Rino vanedif pomada (endonasal).
 Calmatel crema (esguinces, etc.).
 Glucosa. Aspirinas abundantes.
 Ervasil (estómago).
 Fortasec (estómago).
 Pancreoflat (estómago).

Salvacolina (estómago).
 Sintaverín (estómago).
 Primperán (estómago).
 Rinoplex (respiratorio).
 Perduretas codeína (respiratorio).
 Vindacar (mal de altura).
 Feparil (mal de altura)
 Clorato potásico.
 Tranxilium 15.
 Centramina.
 Tonopán analgésico.
 Britapén.

2 botiquines de marcha, cada uno con:

Venda elástica.	Glucosa.
Venda pequeña.	Aspirinas abundantes.
Esparadrapo de tela fino.	Fortasec.
Tiritas.	Ervasil.
Alcotiras.	Tonopán.
Bisturí estéril.	Primperán.
Steri-strip.	Tranxilium 15.
Compresa gasa.	
Mercromina.	
Chibro-uvellina (colirio).	

g) Alimentación

Me encargué personalmente de elaborar las listas de comida.

Al objeto de abaratar costos en el transporte, toda la comida la conseguí en Chile, con las correspondientes limitaciones, pues no había comida especial para altura.

Se hicieron dos grupos independientes de comida. Para la primera fase de la expedición (mientras subíamos todo el material a la cumbre), los cálculos fueron para 4 personas durante un mes y medio, con abundante comida «de marcha».

Para la segunda fase (la permanencia en la cumbre), los cálculos se basaron en las necesidades de una persona durante dos meses y medio (contando comida «extra»). Esta comida se dividió en 5 botes de plástico herméticos, en cada uno de los cuales había alimentos para 15 días.

Otras limitaciones que debía tener esta comida de altura eran: poco peso; que fuera digestible en altura; que fuera cocinable con la poca presión atmosférica; que fuera de larga conservación.

Con todas estas limitaciones, la dieta no podía ser muy variada. El mayor problema radicaba en *la monotonía* de la comida, pues los 5 botes de altura contenían exactamente lo mismo. El estómago aceptaba bien el líquido (mejor tibio o frío), pero apenas el alimento sólido. Se notó una clara tendencia al dulce. Se debían haber llevado más cosas «apetitosas» (latas, galletas, etc.), sin pensar tanto en el peso.

Debo mencionar que alguna expedición me dejó comida sobrante que contribuyó a variar mi dieta (alimentos liofilizados, arroz deshidratado, etc.).

El gas iba fuera de los botes, y el cálculo era de una bombona cada dos días (para derretir nieve para una sola persona).

Lo que mayor éxito tuvo en el aspecto alimentario en esta experiencia fueron los sobres de «alimentación completa» tipo Meritene, por su fácil asimilación, preparación (incluso en frío) y diferentes

sabores. También tomaba diariamente un complejo vitamínico y de sales minerales, aparte mucha vitamina C.

h) Raciones para los dos meses en la cumbre

DESAYUNOS

Leche en polvo (bolsas de 120 g) 60 g/día (muy importante)

Té en polvo

Café instantáneo 100 g/quincena (muy importante)

Azúcar 60 g/día

Cacao en polvo 1.200 g (bueno, incluso frío)

Flan y budín en polvo 600 g (muy bueno)

Cereal tipo Kellog's

Cerelac (papillas de bebé) 1.500 g (muy bueno)

Galletas rellenas 5 por día (muy apetitosas)

Margarina 250 g/quincena (en botes herméticos)

COMIDAS Frías

Pan negro alemán (muy apetitoso, y el que mejor se conserva)

Galletas saladas de soda 1 paquete/quincena

Galletas saladas de soda integral 1 paquete/quincena

Latas de pescado y carne (debí haber llevado más)

Latas de pâté

Queso (se congela) 100 g/día

Salchichón y chorizo (se secan con el tiempo)

«Charqui» (carne deshidratada)

COMIDAS DE MARCHA

Ciruelas pasas, cacahuètes, almendras, nueces 1.500 g

Bolsas pequeñas de patatas fritas, ganchitos, etc. (muy apetitosas)

Galletas con chocolate (individuales) 1 por día

Chocolatinas, caramelos, pastillas de goma, chicles, etc.

Zumos en polvo (no apetecían)

COMIDAS CALIENTES Y CONDIMENTOS

Sopas 1/2 sobre por día (no apetecían)

Sopas individuales instantáneas

Puré de patatas con leche 1.300 g

«Aji-no-men» (pasta deshidratada) 30 unidades

Carne vegetal 750 g

Queso rallado 1 sobre por quincena

Salsa de tomate en polvo 1 sobre por quincena

Cubitos concentrados 1 por día

Sal

Ajo en polvo

OTROS

Estropajos

Papel higiénico 2 por quincena (muy útil)

Encendedores

Velas gruesas

i) Cajita de reparaciones

Agujas, hilo.

Agujas grandes, cuerda fina de liza.

Botones, imperdibles.

Tijeras plegables.

Cuerdecita,

Alambre.

Destornillador normal y de estrella.

Alicates.

Gomas elásticas.

Pegamentos variados.

Celo (cinta “scotch”).

j) Otros

Crema bloqueadora total contra el sol.

Crema hidratante normal.

Labiosán.

Muchas bolsas de plástico de diferentes tamaños.

Altímetro.

Termómetro ambiental.

Diario, lápices y bolígrafos.

Libros para leer.

Mapas.

AGRADECIMIENTOS

EN ESPAÑA:

Al Club *Montañeros de Aragón* y a su presidente, Pepe Díaz, que tanto ayudó desde el principio.

Al Club *Los Mayencos*, de Jaca.

A la *Diputación General de Aragón* y a su Centro de Medicina del Deporte.

A la *Diputación Provincial de Zaragoza*.

Al *Ayuntamiento* y a la *Caja de Ahorros de la Inmaculada*, de Zaragoza.

A las *Federaciones Aragonesa y Española*.

A *José María García*, de *Antena 3*, que fue el «chispazo del boom».

A *El Corte Inglés* y a *Sanitas*, porque dieron el empujón económico final.

A *Iberia* y a *Damart*.

A *Fischer*, *Tyrolia* y *Dinafit* (material de esquí).

A *Hot Line* (ropa de esquí y montaña).

A *Altus* (material de montaña) y a los hermanos Benedí, por el gran apoyo que siempre han concedido al deporte de montaña.

Y EN SUDAMÉRICA...

A todos mis amigos los *radioaficionados*, por su modo de volcarse en la expedición.

A *Pablo Gallias Telecomunicaciones*.

A los *Supermercados Uriarte* y *Garmendia*.

A los *Almacenes Guendelman*.

A *Club de Planeadores* de Santiago de Chile.

A la *Compañía de Esquiadores* de Puente del Inca.

A *Luis Alberto Parra-Aconcagua Trek*.

Y en general a todos los medios de información, que se portaron tan bien, a las personas que me han organizado conferencias, al equipo de médicos, a mi familia, a Fernando Arantegui, que me ayudó con sus dibujos, a mis amigos, y a todos los que de una u otra manera, moral o materialmente, colaboraron en el éxito de la expedición.

RESUMEN BIOGRÁFICO



Fernando Garrido Velasco

- Nacido en 1958. Español. Habla castellano, francés e inglés.
- Guía de Alta Montaña de la Unión Internacional (UIAGM) y Profesor diplomado de la Escuela Española de Esquí.
- En 1979 subió por primera vez al Aconcagua (6.959 m.) en invierno, y desde entonces se especializó en ascensiones en solitario y en invierno.
- Ha estado repetidamente en los Andes, en donde también trabajaba como profesor de esquí, ascendiendo numerosas cumbres de 5.000 y 6.000 metros en Perú, Chile y Argentina.
- En 1982 asciende en solitario al Annapurna III (7.555 m.) en el Himalaya del Nepal, e intenta el Momhil Sar (7.342 m.), en el Karakorum de Pakistán, hasta los 6.800m.
- En 1986 permanece 2 meses en solitario, haciendo una prueba de resistencia, en la cumbre del Aconcagua (6.959 m.) sobre lo que trata este libro. Record del mundo de permanencia en altura que se mantiene hasta la actualidad.
- En 1988 asciende el Cho Oyu (8.201 m.) en invierno y en solitario (primera mundial invernal en solitario a un 8.000). En el 2.002 vuelve a ascender a su cumbre guiando una exp. de Aragón Aventura.
- Ha estado tres veces en el Everest (8.848 m.), una desde el Tíbet, por una ruta parcialmente nueva de la pared norte (Couloir Hornbein) hasta los 8.700 m. sin oxígeno, otra en invierno y en solitario desde Nepal hasta los 7.800m y de nuevo en 2.003 como asesor técnico de un grupo expedicionario.

- Recorrió todo el Himalaya a pie durante un año desde Bhutan a Pakistán.

- Ha ascendido también el Shisha Pangma Central (8.008m.) en 1996.

- Desde 1.998 ha guiado personalmente numerosas expediciones al Aconcagua, Lenin, Muztag Ata, Gyachi Kang, McKinley, etc.

- Tiene otro libro publicado: “8.000 metros, solo y en invierno” Editorial Prames.

Actualmente trabaja en exclusiva de guía en Aragón Aventura y coordina el Departamento de Salidas Extraeuropeas.